



Redoma

Número 3, enero-marzo 2022



*José Antonio Sandoval Iasso Manuel R. Montes Arely
Valdés Karen Salazar Mar Víctor Infante Zamora Daniel
Medina Flores Verónica Alejandra de la Torre Cervantes
Estefanía Vázquez Gurrola Aideé A. Rivas Edgar A. G.
Encina Jean Turpy Adalberto García López Orlando Ortiz
Juan Gerardo Aguilar Elena Bernal Medina Mario Munguía*

Redoma

Revista de la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas
Número 3, enero-marzo 2022



Rector

Rubén de Jesús Ibarra Reyes

Dirección

Mónica Muñoz Muñoz

Secretario General

Ángel Román Gutiérrez

Coordinación

Alejandro García

Secretario Académico

Hans Hiram Pacheco García

Consejo editorial

Beatriz Arias Álvarez (UNAM)

Roger Chartier (L'EHES)

Carlos Lomas (CPR Gijón)

Amparo Tusón Valls (UAB)

Director de Investigación y Posgrado

Carlos Francisco Bautista

Directora de la Unidad Académica de Letras

Mónica Muñoz Muñoz

Cuerpo de árbitros

Martha Cecilia Acosta Cadengo

Javier Acosta

José Enciso Contreras

Carmen Fernández Galán

Maritza M. Buendía

Alberto Ortiz

Fernando Rodríguez Guerra

Isabel Terán Elizondo

Mariana Terán Fuentes

José Carlos Vilchis Fraustro

Comité editorial

Teresa Ivonne Barajas Sandoval

Imelda Díaz Méndez

Estela Galván Cabral

Cynthia García Bañuelos

Edgar A. G. Encina

Filiberto García de la Rosa

Juan José Macías

Valeria Moncada León

Priscila Morales Moreno

Nydia Leticia Olvera Castillo

Sebastián Preciado Rodríguez

Flor Nazareth Rodríguez

Beatriz Elizabeth Soto Bañuelos

J. Turpy

Redacción y logística

Alejandra Bernardette Camarillo Quiñónez

Karla Paola Lechuga Gaytán

Mitzi Jocelyn Mier Ibarra

Christian Alíed Morales Ordoñez

Daniel Alejandro Nava Ortega

Alondra Rosales Gómez

Adriana Ximena Salazar Miranda

Luis Mario Alfonso Silva Gurrola

Verónica Alejandra de la Torre Cervantes

Edición y diseño

José Antonio Sandoval Jasso

Redoma es una publicación trimestral de la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas» que da a conocer productos académicos y de creación literaria de miembros de su comunidad, de la comunidad universitaria y de importantes humanistas de la sociedad civil. Tiene su domicilio en Avenida Preparatoria s/n, Fraccionamiento Progreso. C. P. 98060, Zacatecas, Zacatecas, México. Teléfono: (492) 924 19 16. Correo electrónico: <redoma@uaz.edu.mx>. Editor responsable: Mónica Muñoz Muñoz. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2021-093015164900-203. ISSN electrónico: En trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: José Antonio Sandoval. Fecha de última modificación: 30 de diciembre de 2021. El contenido de los artículos publicados es responsabilidad de cada autor y no representa el punto de vista de la institución que edita. Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los contenidos de la publicación, incluido el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro, citando invariablemente la fuente sin alteración del contenido y dando los créditos autorales.

Esta redoma, rebosando babas,
El cedazo que sabe hacer corvetas;
Éstas, que se metieron a profetas,
con poco miramiento siendo habas
Francisco de Quevedo

Abrió su cajita, sacó una redoma, echó una gotitas del licor rojo oscuro que contenía sobre un poco de azúcar y se lo dio a la enferma. Luego sacó de la mochila una pequeña botella esmerilada de exquisito vino del Rin y le dio un par de cucharadas bien llenas. Ordenó que se tumbara al niño en la cama, recostado junto al pecho de su madre y que se les dejara ambos en paz. Andrés tuvo la sensación de que un santo había bajado hasta aquel desierto para llevarle consuelo y ayuda.

E. T. A. Hoffmann

El caleidoscopio es un ensueño de jardines condensados,
es una redoma de peces y de estrellas amaestradas.
Vicente Huidobro

En cuanto a [Ema Risso Platero] [...], se muestra muy conmovida por estar de nuevo con nosotros y refiere que si amigos japoneses se encuentran después de una larga ausencia pasan dos o tres horas juntos, en un jardín, contemplando en silencio los peces de una redoma; después, pero sólo después, empiezan a hablar.

Adolfo Bioy Cásares

Contenido

6 Presentación

ENSAYE

9 Una novela del Siglo de las Luces:
Manuscrito encontrado en Zaragoza
José Antonio Sandoval Iasso

16 El asesinato de don Quijote de la Mancha
por el cobarde bachiller Sansón Carrasco
Manuel R. Montes

ESCANCIE

23 Silencios: muda mujer migrante marica
Arely Valdés

28 Pan duro
Karen Salazar Mar

29 Cuentos
Víctor Infante Zamora

32 La calle
Daniel Medina Flores

ALAMBIQUE

35 Indicios de una herencia dialógica. Análisis
comparativo de la Nueva Narrativa Argentina en dos
cuentos de Samanta Schweblin y Mariana Enríquez
Verónica Alejandra de la Torre Cervantes

40 Llamada perdida
Estefanía Vázquez Gurrola

41 Olivia «N»
Aideé A. Rivas

ARBITRAJE

47 Relaciones extravagantes notas para el estudio de la bibliofilia y las librerías: el caso Genaro García Valdés
Edgar A. G. Encina

ALQUIMIA

61 Tregua
Jean Turpy

62 Poemas
Adalberto García López

RETORTA

67 Tres cuentos
Orlando Ortiz

71 El último verano con Zafiro
Juan Gerardo Aguilar

DESTILE

80 Una mirada en la memoria de un pueblo con historias que nacen entre las sábanas
Elena Bernal Medina

84 *El beso*, antología
Mario Manguía

VIDAS PARALELAS

87

RECEPTÁCULO

91

Presentación

Sopla el viento frío, cara a veces ruda del invierno. Del año anterior recuerdo la contestación amable de Orlando Ortiz a mi petición de obsequiarnos un cuento para *Redoma*: claro que sí, me interesa publicar estos tres cuentos. Antes aparecieron en un libro de la UAM, con las limitaciones de difusión que todos comprendemos y conocemos. Publícalos y dame tu opinión. Orlando Ortiz falleció el 10 de septiembre del año que recién finalizó. Aquí constan sus historias y podemos leerlas y gozar con su gran dominio del oficio y su fino sentido del humor. Lo acompaña Juan Gerardo Aguilar, sin duda uno de los narradores mexicanos más desafiantes en los últimos años. Reacio a publicar, agradezco su generosidad al otorgarnos este cuento donde se combina la transgresión, el erotismo y algunas escenas desopilantes (RETORTA).

Inicia un nuevo año, 2022. Jean Turpy y Adalberto García López nos entregan muestra de su poesía, de gran factura. Representantes de dos generaciones en la poesía mexicana, no solo se unen por el lazo padre hijo, que luego suele ser elidido de las referencias en un hipócrita afán fraticida o filicida. Dueños de voces precisas y únicas, suelen caminar por la calurosa ciudad de Culiacán y encontrar en el lenguaje la llave del secreto (ALQUIMIA).

Redoma llega al 3. Abren este número José Antonio Sandoval Jasso y Manuel R. Montes con ensayos sobre dos obras monumentales: *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki y *Don Quijote de la Mancha*. El primero muestra algunas de las estructuras novelísticas de tan singular libro, publicado en versiones diversas, y lo lleva a sus laberintos decameronianos. El segundo hace una comparación y una persecución entre personajes cervantinos y los personajes de la cinta *The Assassination of Jesse James by the Coward Robert Ford* (ENSAYE).

El viento del semidesierto trae nuevas voces, descubre mundos. Un cuarteto de egresados de la UAL-UAZ ensaya, poetiza y narra. Arely Valdés nos acerca con lenguaje filoso y desenfadado a la novela *En la Tierra somos fugazmente grandiosos* de Ocean Vuong. Nos invita a entrar en un universo donde el transterramiento, el translingüismo y la transexualidad, aunque no sean exactos los términos, llaman a, mínimamente, toma de posiciones: Vietnam y su más allá, sus mujeres y hombres, su diversidad sexual, revitalizando el peso histórico del sustantivo. Karen Salazar Mar, en verso de aguas tranquilas, cuídate de las aguas mansas, nos obliga a cerrar los ojos y palpar las realidades, los deseos de salir, los imposibles al movimiento, la ceguera, la infancia clausurada, otros ojos también inaccesibles, la fiereza del hoy que se impone en un pan duro. Víctor Infante Zamora, en tres cuentos breves, habla del cuerpo y sus asedios: unos dedos de juguetones a crueles, un domador de cuellos, el cuerpo mismo en busca de un buen túnel. Después vuela la mente y responde, por lo general con una imagen, con un súbito instante chisporroteante que permite

escapar del tedio y reencajarse en la realidad. Daniel Medina Flores nos lleva de una noche de copas a un deambular por calles con sorpresas y diálogos. La ruta se va transformando y diluyendo en sus límites hasta llegar a tocar nuevas rutas, otros viajes (ESCANCIE).

El filo de la barranca zacatecana se deja acariciar por el viento y recoge testimonios y levanta muros donde se consignan injusticias y deudas. Verónica Alejandra de la Torre Cervantes nos brinda un lúcido ensayo sobre la Nueva Narrativa Argentina, no como novedosa, sino como actual, dice una de sus fuentes, a través del análisis, en parte bajtiniano, de un cuento de Samanta Schweblin y otro de Mariana Enríquez. Estefanía Vázquez Gurrola plasma en un poema la posible representación gráfica de un timbre de teléfono, convertida en alarma, en llamada de auxilio, y la alterna con los riesgos de la calle, la voz inocente ante el asedio y la depredación. No es un juego, es una cacería infame. Aideé A. Rivas, a partir de los desencuentros de un día cualquiera, descubre la trama oculta de una mujer desaparecida, violada, golpeada y asesinada. De los maltratos cotidianos y de la separación entre un mundo maltratador y descalificador, pasa a una búsqueda en donde los verdaderos móviles y la violencia más dura se ocultan debajo de la alfombra, como si de basurilla se tratara (ALAMBIQUE).

Un nuevo año será después de meses de rudo encierro, con la nostalgia por el movimiento y un más allá. En novedades bibliográficas, Elena Bernal Medina nos da noticia del libro más reciente del narrador mexicano Javier Báez Zacarías y Mario Munguía hace lo propio con el libro de Beatriz Escalante en que se recopilan textos con una temática común: el beso. Bernal refiere ciudades y habitantes peculiares; Munguía nos da la tentación del más plus significativo de nuestros gestos: el beso (DESTILE).

Sí, sopla el viento frío, cara a veces ruda del invierno. Edgar A. G. Encina escribe sobre la generación, crecimiento y cambios cualitativos de una grandiosa biblioteca y de su destino. También nos habla de Genaro García Valdés, fresnillense a caballo entre los siglos XIX y XX, el creador de tan peculiar obra. No poco de este ilustrador artículo se refiere a la frontera entre la bibliomanía y la bibliofilia, agudo filo donde se pierde la normalidad (ARBITRAJE).

2022, *Redoma 3* queda en tus manos, cómplice lector. Es invierno.

Alejandro García
Coordinador

Ensaye

Una novela del Siglo de las Luces: *Manuscrito encontrado en Zaragoza*

José Antonio Sandoval Iasso

Manuscrito encontrado en Zaragoza es una novela escrita en francés e impresa por primera vez en Moscú en 1805. La escribió el conde Jan Potocki (aristócrata polaco, científico, viajero, ilustrado). La versión «de 1810» que sirvió para la redacción de este texto es, según sus editores contemporáneos, la mejor allegada a las intenciones del autor, o a las últimas, por lo menos. El conde se suicidó en 1815; según una leyenda que se ha unido a la obra misma, tomó su vida con una bala que él mismo había pulido a partir de una tapa de una tetera o azucarera. Algunas versiones de la historia señalan que la bala era de plata y que había sido bendecida por un sacerdote, pues Potocki se creía un hombre lobo.¹ Este episodio, envuelto en un misterio con trama sobrenatural, ha servido o se ha usado para reforzar la presentación de la novela como texto fantástico o introducirla en obras de terceros, como ejemplo de creatividad y paciencia.² Sin embargo, la vida del autor es también un elemento importante a la hora de entender el plan de la novela.

Potocki mismo fue un viajero que recorrió no solo Europa, en un viaje que se circunscribe al trayecto formativo de los jóvenes de la nobleza, sino que, al servicio de Rusia, representó al zar en Asia central y, atendiendo a sus diversos intereses intelectuales, políticos y familiares, pasó temporadas recorriendo Italia, España, las costas del Mediterráneo, o viviendo en Viena, Berlín o París. Alfonso, el protagonista, al pertenecer a una familia no tan afortunada como la de Potocki, recrea un periplo mediante relatos y lecturas. La redacción de la novela tuvo lugar en las etapas más sedentarias en la actividad diplomática de Potocki y cuando estaba casi retirado.

¹ Cfr. Mauro Armiño, «Prólogo», en Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, Valdemar, Madrid, 2004.

² Un ejemplo del uso del suicidio como motivo literario lo encontramos en el cuento «Mano de artista», protagonizado por el comisario Salvo Montalbano; de manera menos explícita, este cuento sugiere una referencia a una de las narraciones que el protagonista del *Manuscrito* escucha durante las primeras jornadas, la del bandido Zoto y una venganza largamente esperada. Cfr. Andrea Camilleri, «Mano de artista» en *Un mes con Montalbano*, Salamandra, Barcelona, 1999 (Letras de bolsillo, 2012), pp. 239-267.

La búsqueda y reconstrucción de un texto³

Manuscrito encontrado en Zaragoza se estructura como un libro de viajes: se divide en jornadas equivalentes a un día; cada diez jornadas forman un decamerón; en total, la obra se compone por sesenta y un jornadas separadas en seis decamerones. Potocki envió a imprenta tres de esos decamerones en dos tiradas que aparecieron en enero de 1805 en San Petersburgo; la primera contiene hasta la jornada décima; la segunda, de la undécima a la trigésima.⁴ De esta manera, publicar avances de una obra en ciernes ayudó a crear el velo de misterio y fantasía con el que se ha visto envuelta la novela, pues la circulación desde entonces ha recaído en fragmentos estimulantes desde varios géneros y registros estilísticos. En 1809, aparece una traducción en alemán de las primeras diez jornadas.⁵ Aunque ejemplares de esa edición no se han encontrado, la noticia es significativa porque prefigura, por el contenido de esas diez jornadas, la posterior fama de la novela.

Con títulos como *Avadoro, historia española* o *Diez días en la vida de Alfonso van Worden* (1813 y 1814, respectivamente),⁶ se publicaron en París fragmentos del *Manuscrito*, mismos que no consignaron el nombre de Potocki. La primera traducción del *Manuscrito* al polaco se publicó en 1847; esta versión, a cargo de Edmund Chojecki y redactada a partir de los manuscritos de Potocki, fue la responsable de la difusión europea de la novela como conjunto; a de-

cir de François Rosset y Dominique Triaire, se trata de un texto que mezcla las dos versiones de la obra: la de 1804, más impulsiva; y la de 1810, más mesurada. Sin embargo, para el *Manuscrito* la fama llegó con la versión que Roger Caillois publicó en 1958 a partir de las impresiones tempranas e incompletas de la novela; a esta edición se deben varias de las traducciones con las que todavía se conoce la obra en varias ediciones modernas. En 1989, René Radrizzani publicó en francés la versión de la novela que confeccionó Chojecki, a partir de la cual se han traducido versiones más completas.⁷ Entre 2004 y 2006, la editorial Peeters, de Lovaina, publicó las obras completas de Potocki, a cargo de François Rosset y Dominique Triaire, quienes, a partir de los manuscritos y las ediciones disponibles, establecieron dos versiones del *Manuscrito* a las que identificaron según los últimos años de redacción: 1804 (texto inacabado) y 1810; en ambos casos, se trata de redacciones no definitivas, aunque esta última, señalan, es la más cercana a serlo.

Así, la lectura del *Manuscrito* inicia al lector en una tradición en la que se encuentra con una de las muchas versiones de la novela; no se trata solo de una multiplicidad⁸ innata al ejercicio de la lectura sino al hecho de que desde la primera impresión, si bien fragmentada, de la novela se han sucedido otras versiones dispares en el contenido. Incluso se han documentado casos de plagio, entre los más notables están los de Charles Nodier y Washington Irving, que tuvieron lugar en los años 1822 y 1840, antes

³ Los datos que se presentan en esta sección se han extraído de François Rosset y Dominique Triaire, «Para leer el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*» en: Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza (Versión de 1810)*, El Acantilado, Barcelona, 2009, pp. 245-247.

⁴ *Ibidem*, p. 780.

⁵ Publicada en Leipzig con el título *Abentheuer in der Sierra Morena*. *Ibidem*, p. 783.

⁶ *Avadoro, historia española* consignaba al autor como M. L. C. J. P. (*Monsieur le comte Jan Potocki*), un ejercicio frecuente entre los impresores del siglo XIX que recurrían a él a fin de evitar o retrasar el pago de derechos; en muchos impresos, como al parecer ocurrió con esta novela, ayudó a extender el misterio de por sí ya sugerente en el texto mismo.

⁷ Por ejemplo: Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, Valdemar, Madrid, 2004.

⁸ El término «multiplicidad» es usado por Italo Calvino para describir la prosa en las novelas de Carlo Emilio Gadda; puede en parte aplicarse a la novela de Potocki: «[...] se vuelca enteramente en la página que está escribiendo, con todas sus angustias y obsesiones, de modo que el dibujo suele perderse, los detalles crecen hasta cubrir todo el cuadro». Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid, 2001, p. 109. Otro término referido por este autor italiano es el del enciclopedismo, y puede aplicarse de igual manera a la obra de Potocki.

de que la novela se publicara de manera completa.⁹ *Manuscrito encontrado en Zaragoza* no se lee solo como novela, pues es innegable que, para muchos de sus lectores y editores, las historias del conde Potocki y de los avatares de sus manuscritos y publicaciones son de igual manera necesarias a fin de lograr una comprensión más completa de la obra.

Como ya se ha apuntado, con la publicación del *Manuscrito* por Roger Caillois en 1958, la difusión de la obra toma fuerza y aparecen nuevas traducciones. Sin embargo, la versión parcial del investigador francés parece justificar enteramente el hecho de que la novela se encuentre encasillada como una obra fantástica, cuando lo es más bien en algunos de sus elementos, que se encuadran en una trama constituida entre la aparente literatura oral precursora de costumbrismo y la ingenuidad del novel protagonista.

Alumbramiento de la novela

El *Manuscrito* narra los primeros días que en España pasa Alfonso van Worden, un joven quien gracias a su padre ha conseguido una capitania de las Guardias Valonas. Todas las jornadas transcurren en diversas partes de Sierra Morena, ubicada en el sur de España, aunque con frecuencia las historias que durante los más de dos meses se van dando a conocer nos llevan a muy variados lugares de España, de Francia e Italia e incluso la Nueva España.

El relato es un viaje de iniciación para el joven Alfonso, quien por línea materna descende de una de las familias más poderosas en la península y del sur del Estrecho de Gibraltar. En las primeras doce jornadas nos enteramos de su educación y de cómo adquirió la capitania. La serie de sucesos y relatos con los que se forma el primer decamerón están en función de esta prueba: se tanea su discreción, su temor, su respeto a la palabra dada; en pocas palabras, su honor. La mayoría de las historias, algunas referidas como lecturas de Alfonso, aparecen como parte

de otras historias, como ocurre en el *Decamerón* o *Las mil y una noches*. Por ejemplo, en el relato que el joven capitán hace de su vida, nos cuenta algunas lecturas macabras con las que su padre ponía a prueba su valor cuando era niño.¹⁰

Estas metahistorias se contienen dentro de un «manuscrito» hallado por un militar francés; lo que nosotros leemos es la traducción que escribe al dictado de un militar español con quien se encuentra durante la campaña en la que se enfrentan. Esta situación es circunstancial para la novela, pues no sabemos nada más de esos militares; es importante, sin embargo, para realzar esa situación de «historias dentro de historias», de la cual estamos advertidos desde el comienzo de nuestra lectura.

En el *Manuscrito* encontramos treinta y un relatos, contados todos ellos a Alfonso a lo largo de las sesenta y un jornadas; algunos fueron referidos por sus protagonistas, pero la mayoría la narró el Jefe de los Gitanos (apellidado Avadero en castellano y Pandesowna en la lengua de los gitanos). Cuando este personaje aparece, Alfonso ya escuchó lo que les ha ocurrido a Pacheco, endemoniado, y a un cabalista judío: ambos pasan la noche junto a mujeres que aman o los aman y también despiertan bajo la horca de la que cuelgan los cadáveres de unos bandidos, los hermanos de Zoto. Estas situaciones son idénticas a la que el mismo Alfonso experimentó. En este decamerón también se dan a conocer los relatos macabros mencionados arriba y el relato del bandido Zoto. En jornadas posteriores, en el quinto decamerón, un nuevo personaje, el geómetra llamado Velázquez, es encontrado bajo la misma horca; su relato es semejante al de los otros:

En una palabra, he aquí su historia: habíamos oído hablar de la horca de los Zoto como un lugar en el que se daban cita todos los diablos, los cuales iban por las noches allí, descolgaban los dos cuerpos y tomaban

⁹ François Rosset y Dominique Triaire, «Para leer el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*», *op. cit.*, p. 745.

¹⁰ Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza (Versión de 1810)*, El Acantilado, Barcelona, 2009, pp. 54 y ss.

posesión de ellos. Empezaba a despuntar el día cuando nos encontramos a la vista de la horca maldita. El joven conde de Peña Vélez observó que los ahorcados estaban descolgados y sintió curiosidad por ir a ver si se hallaban dentro del recinto de la horca. Yo le seguí; nos encontramos los dos cuerpos tendidos y el hombre en cuestión entre ellos.¹¹

Se nos presenta la inmensa familia Gomélez — de la que el geómetra descende, también por línea materna —, una especie de sociedad secreta, sostenida por un vasto tesoro, que le permite pagar y tener a su servicio a una gran cantidad de personas en España. Todas las narraciones del Jefe Gitano así lo evidencian, aunque solo al final comprendemos esa trama.

Al concluir la jornada duodécima nos enteramos de que todos los personajes cuyo relato se ha dado a conocer, con la excepción del endemoniado Pacheco, trabajan para el Gran Jeque de los Gomélez, cuya familia pone a prueba al protagonista. A partir de la siguiente jornada, los relatos que se cuentan son los narrados por el Jefe de los Gitanos y la novela se aleja del carácter fantástico con el que comenzó.

En este momento, la novela se torna en un gran mosaico de la Ilustración, con un lugar especial dedicado a la ciencia, que ocupa tres historias, en todas las cuales los protagonistas, los científicos, sufren penosos accidentes o algún tipo de aislamiento social. De igual modo, se nos presenta en forma de burla o en clave sarcástica. Así, tenemos la historia de Diego Hervás, sabio que desde su juventud se propuso la redacción de una enciclopedia que abarcara todo el conocimiento humano y le diera fama inmediata y riqueza:

Hervás quiso, antes de partir, disfrutar del espectáculo de sus cien volúmenes alineados en una sola estantería. Poseía una copia del

¹¹ Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza (Versión de 1810)*, El Acantilado, Barcelona, 2009, p. 491.

mismo formato que habrían de tener una vez impresos; se los entregó al encuadernador. [...] Hervás colocó en ella esa imponente serie e hizo una hoguera con todos los borradores y las copias parciales. [...] Retoma el camino de la capital, llega a su casa, encuentra intacto el sello en la puerta, abre... y ve los cien volúmenes hechos pedazos, sin su encuadernación, con todas las hojas esparcidas y revueltas por el suelo... [...]

¡Ay!, la causa de aquel desastre había sido la siguiente: Hervás no comía nunca en casa. Los ratones, tan numerosos en todas las casas de Madrid, se guardaban mucho de frecuentar la suya: no habrían encontrado más que algunas plumas que roer. [...] los ratones, atraídos por el olor de la cola, incitados por la soledad [de la casa], se reunieron en multitud, derribaron, royeron, devoraron...¹²

El conocimiento planteado en esta obra parece insertarse dentro de la corriente de conocimiento hermético-cabalístico que surge durante el neoplatonismo italiano del Renacimiento a partir de Pico della Mirandola y Marsilio Ficino y que recorre la historia de Occidente a través de diversas personalidades, entre quienes destaca Isaac Newton, estudioso de la cábala y la alquimia.¹³ Sobre este tema, hay que recordar la historia del Cabalista.¹⁴

¹² *Ibidem*, pp. 405-406.

¹³ Cfr. Frances A. Yates, «La tradición hermética en la ciencia renacentista», pp. 333 ss, y «¿Relaciona Newton sus matemáticas con la alquimia?», pp. 396 y ss, en: *Ensayos reunidos, III. Ideas e ideales del Renacimiento en el norte de Europa*, FCE, México, 1993; Frances A. Yates, *El iluminismo Rosacruz*, FCE, México, 1981, pp. 238 ss.

¹⁴ En la versión de 1804, también tenemos la historia del Judío Errante — el que maltrata a Jesús camino al Calvario y es condenado a vagar hasta el Día del Juicio Final —. En esa historia, Potocki hace descender a Asuero de judíos asentados en Egipto y, por diversas referencias, parece vinculado con el origen de la filosofía hermética.

La primera historia que refiere el Jefe de los Gitanos cuando está contando la propia es la de Giulio Romati, de quien la escuchó en su niñez. La historia es la única en la que a un científico le ocurren sucesos que pueden calificarse como fantásticos — en apariencia, al geómetra le ocurre también, aunque el desenlace parece desmentirla —:

En el año del Señor de 1503: Elfrida de Monte Salerno, llevando su impiedad hasta el exceso, se vanagloriaba de poseer el verdadero Paraíso y de renunciar voluntariamente al que se espera en la vida eterna. Pero en la noche de Jueves al Viernes Santo un terremoto destruyó su palacio, y sus ruinas se han convertido en morada de Satanás, en donde se han instalado unos demonios que han asaltado y asaltan aún a todos aquellos que se atreven a acercarse al Monte Salerno [...]¹⁵

En la visión que le ocurre a este científico, tiene oportunidad de ver autómatas en un jardín artificial. Según la historiadora Frances Yates, estos artificios fueron más o menos populares en el Renacimiento, gracias a Vitruvio y a los rosacruces.

Finalmente, el tercer científico que aparece en la trama es el mencionado Velázquez. En este personaje pueden verse los ideales de la Ilustración mejor reflejados, más puros, sin mácula por lo que ya en esa época comenzaba a verse como superstición: la filosofía y las ciencias herméticas. Velázquez representa el racionalismo llevado al límite que pocas veces se considera. El pasaje que se cita en seguida no carece de ironía:

Entonces, Rebeca, dirigiéndose a nuestro desconocido, le dijo:

— Señor, ¿no creéis que el amor es el más poderoso móvil que puede llevarnos a la gloria y a las grandes acciones?

— Señora — le respondió —, la cuestión que me planteáis presenta dos casos muy distintos. [...] Entonces, de acuerdo con las reglas de la mecánica, el hombre ganará quince octavos de velocidad, lo cual es favorable a nuestro sistema. Pero este caso es muy raro; en cambio, es muy común que el amor sea una verdadera perturbación que desvía del camino de la gloria. A partir de ese momento el hombre enamorado no seguirá ya ni la dirección del amor ni la de la gloria, sino una diagonal resultante de lo que crea el movimiento. Augusto no perseguía más que su ambición; Antonio, por el contrario, gravitando hacia Cleopatra, obedeció a dos atracciones distintas y siguió en el espacio una curva tendente hacia el amor.¹⁶

Esa situación respecto a la ciencia resulta muy curiosa, porque, de considerarla con algo de seriedad, la novela se vuelve un puente, no solo entre el conocimiento cabalístico (que será despreciado y olvidado a partir de entonces) y la ciencia del siglo XIX, sino también entre el movimiento estilístico que comenzará el siglo venidero y el que concluye (la leyenda sobre la muerte del autor, por ejemplo, tiene mucho de romántica).

Una de vampiros

En esta redacción de «historias dentro de historias» cada relato constituye una unidad narrativa, como si se tratara de cuentos, lo que permite una lectura «aislada» de cada parte. Esto permitió a Calvino extraer del *Manuscrito* la «Historia del endemoniado Pacheco» para una antología de literatura fantástica del XIX.¹⁷ La parcialidad o «aislamiento» le dan un valor por sí mismo a cada narración. Aparte de la mencionada historia de Pacheco, en la novela encontramos

¹⁵ *Ibidem*, p. 182.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 526-527.

¹⁷ Italo Calvino, *op. cit.*, p. 101.

otros siete relatos que, así aislados, podríamos considerar fantásticos. En la trama, como se ha dicho antes, sirven para aleccionar o poner a prueba al protagonista, y todas se cuentan en el lapso que transcurre entre su aparición bajo la horca y su descubrimiento de que los Gómez son una inmensa red.

En la novela, después de que el Cabalista, de nombre Uzeda, cuenta su historia, a Alfonso le llega una notificación que le dice que ha ofendido a la Santa Inquisición y que tiene que atrasar su llegada a Madrid por espacio de dos meses. Entonces, Uzeda le ofrece alojamiento en su castillo, al que acuden también Pacheco y un ermitaño, quien cura de espanto al endemoniado. La estancia es breve, pero mientras dura tiene lugar una curiosa discusión respecto a la naturaleza de los vampiros.

Pero admito que en el mundo demonagórico se han producido grandes cambios. Los vampiros, por ejemplo, son, si puedo decirlo así, una invención nueva. Yo distingo dos especies de ellos: los vampiros de Hungría y de Polonia, que son cadáveres que abandonan sus tumbas por la noche y van a chupar la sangre de los hombres; y los vampiros de España, que son espíritus inmundos que animan el primer cuerpo que encuentran, le hacen adoptar todo tipo de formas, y ...¹⁸

Si seguimos esta definición, en el *Manuscrito* la única historia de vampiros es la de los aparecidos bajo la horca y la lectura que Uzeda hace, en *La vida de Apolonio de Tiana*, del conocido pasaje de Menipo de Licia, quien está enamorado de una empusa, una serpiente.¹⁹ La historia de los ahorcados que se descuelgan en la noche prefigura un mito, que durante el Romanticismo vivirá su época dorada. Hay otras

¹⁸ *Ibidem*, pp. 150-151.

¹⁹ La historia de Menipo sirve a Jacobo Siruela para determinar en Occidente el origen de las narraciones de vampiros. Cfr. Jacobo Siruela, «Prólogo», en: *Vampiros*, Atalanta, Girona (Vil·laür), 2010, pp. 14-16.

historias melancólicas o diabólicas que pueden considerarse antecedentes de la muerte para el siglo que comienza. Esto se lee en la historia de Trivulzio de Rávena:

Una tarde Trivulzio, que no había dormido la noche antes, se adormeció junto a la tumba, y al despertarse vio que la iglesia estaba cerrada. De inmediato decidió pasar la noche allí, porque le gustaba mantener viva su tristeza y alimentar su melancolía. Oía dar una tras otra las horas, y hubiera querido que llegase la de su muerte.

[...]

Después de haber salmodiado un rato, un muerto revestido con roquete y estola subió al púlpito y dijo:

— Hermanos, voy a notificaros las amonestaciones de Tebaldo y de Nina dei Gieraci, condenando Trivulzio, ¿os oponéis a ello?²⁰

La historia de Thibaud de La Jacquière relata el castigo que un impío recibió por sus soberbios pecados: un amante cuya pareja resulta ser Satanás. Este cuento fue tan popular y convincente durante el siglo XIX que fue plagiado por Charles Nodier para su *Infernalía*.

Mario Vargas Llosa, al comentar el *Decamerón* de Boccaccio, señala que en el marco general de la obra se representa «en un escenario algo que, mientras dura, es vida que reemplaza a la vida real». ²¹ Esta condición se conserva, aunque por una razón diferente, en la trama del *Manuscrito*, en el que, en cambio, el relato se da como una prolongación del viaje que lleva fuera del hogar familiar al joven Alfonso en su camino a convertirse en guardia en la corte de Madrid. Esta prolongación, narrativa y temporal, se sostiene

²⁰ Jan Potocki, *op. cit.*, pp. 65-66.

²¹ Mario Vargas Llosa, «Boccaccio en escena», en *Letras Libres*, No. 185, año XVI, mayo 2014, p. 35.

en una tensión entre lo dicho (todos los cuentos y relatos que son referidos en las sucesivas jornadas) y lo que vive el protagonista, una experiencia que se conserva para sí y que no comparte con sus compañeros de viaje o anfitriones, algunos de los cuales han vivido situaciones semejantes a las del joven guardia.

«Los excesos ocurren en los cuentos, son atributos exclusivos de la ficción»,²² continúa Vargas Llosa refiriéndose a los relatos contados por los jóvenes que, escapando de la peste, encuentran como recreo a su encierro contar historias. En el *Manuscrito*, dicha condición se presenta en los mismos dos planos: el de los relatos y el de la experiencia; para la novela, sin embargo, hay una diferencia tipológica. Por mencionar un ejemplo: los relatos que se pueden clasificar como fantásticos son contados por personajes que se encuentran en una posición racional desde la que sería difícil creer en aparecidos u otros seres, pues todos son educados cuando menos, o muy instruidos; tal es el caso del cabalista, Pedro de Uzeda y su hermana Rebeca, quienes, como Alfonso, experimentan lo sobrenatural al haberse hospedado en Venta Quemada y gracias a la intervención de los cadáveres de los colgados hermanos de Zoto. Otra forma en la que se introducen los relatos fantásticos es mediante libros que son leídos en voz alta por algún personaje — las historias de Trivulzio de Ravena, de Landolfo de Ferrara, de Menipo de Licia y del filósofo Atenágoras — o en silencio por el protagonista — la historia de Thibaud de La Jacquière —; es decir, se requerían los accesos básicos de apropiación material y simbólica: poder comprar (poseer) y poder leer.

Con Potocki estamos frente a un narrador fino, con humor y sarcasmos sutiles, apenas perceptibles en varios pasajes y, en otros, capaz de recrear at-

²² *Ibidem*, p. 36.

mósferas de suspenso, erotismo o de un prematuro romanticismo en el que, entre sentimientos de melancolía, se muestran individuos — protagonistas de sus propios relatos — reflexionando frente a la naturaleza sobre el devenir de sus existencias. Al terminar la lectura de esta monumental obra, se tiene la sensación de que el autor, y aquí uso palabras de Harold Bloom, tiene ganas de «poner todo el cosmos en un libro». ²³ Aunque en ocasiones Potocki parece no impresionarse por nada y sí descreer de mucho de lo que narra su novela, la sensación de poner todo su mundo en la novela siempre está presente.

Fuentes

Armiño, Mauro, «Prólogo» en: Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, Valdemar, Madrid, 2004. Bloom, Harold, *El futuro de la imaginación*, Anagrama, Barcelona, 2002. Calvino, Italo, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid, 2001. Potocki, Jan, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, Valdemar, Madrid, 2004. Potocki, Jan, *Manuscrito encontrado en Zaragoza (Versión de 1810)*, El Acanalado, Barcelona, 2009. Rosset, François y Dominique Triaire, «Sobre el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*» en: Jan Potocki, *Manuscrito encontrado en Zaragoza (Versión de 1810)*, El Acanalado, Barcelona, 2009. Siruela, Jacobo, «Prólogo», en: VV. AA, *Vampiros*, Atalanta, Vilaür (Girona), 2010. Yates, Frances A., *El iluminismo Rosacruz*, FCE, México, 1981. Yates, Frances A., *Ensayos reunidos*, III. *Ideas e ideales del Renacimiento en el norte de Europa*, FCE, México, 1993. Vargas Llosa, Mario, «Boccaccio en escena», en *Letras Libres*, No. 185, año XVI, mayo 2014, pp. 34-40.

²³ Harold Bloom, *El futuro de la imaginación*, Anagrama, Barcelona, 2002, p. 10.

El asesinato de don Quijote de la Mancha por el cobarde bachiller Sansón Carrasco

Manuel R. Montes

It was one of his guys, called Little Robert Ford
And he shot Jesse James on the sly.
Donald Christopher Barber

I

Aventuro aquí algunos inquietantes paralelismos entre *Don Quijote de la Mancha* (1615) y la cinta *The Assassination of Jesse James by the Coward Robert Ford* (2007), atendiendo a la fatídica relación de amistad que une al bachiller Sansón Carrasco y Alonso Quijano como un precedente de arquetipo narrativo que reproduce la *biopic* dirigida por el neozelandés Andrew Dominik, la cual ilustra ciertos episodios de la saga de Jesse James, el infame *outlaw* de Missouri, y la perfidia de Robert «Bob» Ford, su devoto admirador, eventual cómplice y asesino a sangre fría.

El origen y la proximidad geográfica de Carrasco y Quijano (ambos manchegos) y los de Bob y Jesse (que proceden de Little Dixie) comportan apenas una entre las muchas coincidencias que merecen interpretarse como claves de un palimpsesto fílmico-literario. «Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha», declararían el bachiller, descrito por Cervantes como *atrevido, mal aconsejado, de muy buen entendimiento*. Charlie Ford, en la película, delinea el carácter de su hermano con estos epítetos: «He's smart too, he's about as intricate as they come».

Bob admira incondicionalmente a Jesse, tanto como Carrasco a Quijano, al punto de albergar, el pistolero y el bachiller, el contradictorio deseo de deshacerse de sus héroes aunque solo después de haberlos imitado y de abrazar sus peligrosas ocupaciones: Bob convirtiéndose, metódico, en un despiadado sicario y Sansón, bajo dos emblemáticos disfraces, en caballero andante.

Bob se ve continuamente impelido a demostrar su valentía, como muestra el diálogo que sostiene con Frank, el segundo al mando de la organización delictiva de los James: «I could show you how special I am [...] I've also the appetite for greater things». A lo que Frank replica: «You don't have the ingredients, son», desconcertándolo la grandilocuencia con la que Bob enuncia sus frases alambicadas: «The way you talk gives me the willies».

Carrasco ha experimentado las aventuras y hazañas de Quijano no más que vicariamente y por vía de la lectura. Bob, por su parte, colecciona numerosos cómics que inmortalizan las atrocidades y los atentados de Jesse. Y Carrasco, como Bob, posee una «condición maliciosa», es «amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas», alabando a Quijano («solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes»), y a la Primera Parte de la novela en la que, *myse en abisme*, el propio Carrasco es un personaje: «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran».

Bob atesora ejemplares de la mítica serie *Jesse James Stories* e incluso escribe sus propias crónicas, en las que su futura presa descuelga como rival invencible. Al igual que Carrasco, a quien fascina la creciente fama de Quijano, Bob le declara su fervor a Jesse: «Many days at night I'd stay up, my eyes open, my mouth open, reading about your escapades in the Wide-Awake Library», y confiesa: «You know what I got right next to my bed? Is *The Train Robbers, or A Story of the James Boys*, by R. W. Stevens».

Bob planea su estratagema de homicidio junto con un desertor del clan James, Dick Liddil, y con su hermano Charlie, auspiciados los tres por el gobernador de Missouri, Thomas T. Crittenden, y por el *sheriff* James Timberlake. A cambio del asesinato, Bob recibirá un perdón total por sus trapacerías y una recompensa de diez mil dólares en efectivo.

En la cima literaria de Cervantes, a Carrasco también lo asisten otros dos confabuladores que lo respaldaron a la caza de Quijano: el cura y el barbero. La fantasía que alimenta en Bob el ánimo de acabar con Jesse no dista, una vez avalada por el gobernador de Missouri, del móvil de Carrasco, *de la proeza por la que tiene apetito* (si parafraseamos la frase del bandolero). Carrasco pretexta su acecho a Quijano con miras a «curar» su demencia, tras «haber entrado en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar» para obligarlo «a que se estuviese

en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotaron sus mal buscadas aventuras». Thomas T. Crittenden, al conspirar con los Ford y Dick Liddil, en parecido tenor asevera: «I say Jesse James is a desperate man who needs a desperate remedy».

Carrasco emprende la tarea de capturar a Quijano y de privarlo de su célebre identidad como Don Quijote, quien por cierto se ha involucrado en algunos abusos y violaciones en su singladura. Carrasco aspira, enconadamente, a redimir a Quijano y a revertir la *locura* y la *sandez* «que mueve a que le tengamos lástima todos»; lástima que, manifiesta, «entre los que más se la han tenido he sido yo».

El desprecio de Carrasco hacia Quijano, y el de Bob hacia Jesse, se cifran en un fanatismo exacerbado que deviene imitación y que desemboca en una simbiosis casi absoluta. En la película, durante una cena, Charlie se burla de su hermano en presencia de Jesse, a quien le relata: «He was what? Eleven or twelve? You were by far, his most admired personage. He couldn't get enough. It was Jesse this and Jesse that. From sunrise to sunset». Luego, agravando a Bob: «Why don't you tell us how you and Jesse have so much in common?». Bob supera su timidez patológica y su molestia y alude a su parecido físico con Jesse, al mismo número de calzado, al mismo color de ojos, azul, a las mismas tallas de ropa y estatura y a las profesiones religiosas de los padres de ambos: pastores baptistas. Jesse sonríe («Ain't that something?») y rememora la tentativa de aquel *naïve scallawag* George Shepherd quien ambiciona sumarse a su pandilla arguyendo, también, similitudes intrascendentes como razones de peso para ser admitido. Jesse, intencionadamente, desenmascara la hipocresía de Bob y se pregunta cómo es que un impostor de la calaña de George Shepherd pretendió engañarlo: «How could I have known he had a grudge against me? How could I have known he was lying to get on my good side?».

Los capítulos XII al XV de la Segunda Parte del clásico de Cervantes narran el ataque de Carrasco, bajo el seudónimo y el atavío de un Caballero de los

Espejos, contra Quijano, quien contraproducentemente lo derrota y aún reconoce al término de la célebre contienda. «¿Quién podría decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren?», leemos en el pasaje, ya que Quijano se percata de que no a otro sino a su «amigo» es a quien ha vencido. Su estupefacción es palmaria. La debatirá con Sancho Panza: «Ven acá: ¿en qué consideración puede haber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿He dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza?».

Carrasco se había mantenido irreconocible bajo la imponente apariencia del Caballero de los Espejos, rogando a quienes encontraba en el camino que no le revelaran al hidalgo el artificio: «Suplicoos que no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy». Su categórico disfraz («una sobrevista o casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos») amerita un comentario, en tanto el uso de los espejos, por obvia correspondencia, implica un rasgo más con el cual Carrasco anhela mimetizarse y literalmente reflejar, al asaltarlo, a Quijano, del mismo modo en el que Bob enfatiza o considera de crucial simbolismo sus equivalencias con Jesse, quien como Quijano al encarar al Caballero de los Espejos, es decir a Carrasco, se ha visto a sí mismo duplicado hasta cierto punto en Bob, descubierto en la cena por Charlie.

El proceso de metamorfosis de Bob es explícito a lo largo de la sinuosa cinta, en la que la voz en off que complementa ciertas escenas puntualiza: «If Jesse palavered with another person, Bob secretaried their dialogue, getting each inflection, reading every gesture, and tic, as if he wanted to compose a biography of the outlaw or as if he were preparing an impersonation». Jesse, consciente de la meticulosa falsificación con la que Bob lo duplica y ambiciona hurtarle su aura de villano immortalizado, lo ataja: «I can't figure it out. Do you wanna be like me, or do

you wanna be me?». La respuesta de Bob («I'm just making fun, that's all») es un eco de los calificativos ya citados con los que Cervantes moldeara el temperamento de su bachiller, el ingenio de su *condición maliciosa* y su proclividad a *donaires* y *burlas*.

Los capítulos III y IV de la Segunda Parte de la inagotable novela cervantina refieren la intimidad hospitalaria con la que Quijano alberga como anfitrión a Carrasco, pidiéndole que «se quedase a hacer penitencia con él», a lo cual el falso Caballero de los Espejos accede. Tiene lugar un «envite» al transcurso del cual «tratóse en la mesa de caballerías», y en el que Carrasco «siguió el humor» a Quijano hasta que, finalizado un banquete al que se añadieron «un par de pichones», el adalid y su fanático «durmieron la siesta».

Bob y Charlie permanecerán asimismo varios días en un *cottage* de Jesse donde temporalmente se ocultará según las cautelas y las precauciones que dicta el nomadismo del hampa, la *wandering existence* de los hombres buscados por la ley quienes, aclara la voz en off, «can't afford to remain in one place for very long». La coexistencia de los Ford con Jesse, amigable, frisa la hostilidad y preocupa no poco a la esposa del enemigo número uno de América, Zeldra Mimms, quien propicia las comodidades de los invitados aunque trata de mantener al margen a sus hijos Jesse and Marym. Detalla la voz en off:

Jesse was increasingly *cavalier* [itálicas mías], merry, moody, fey, unpredictable [...] he camouflaged his depressions and derangements with masquerades of extreme cordiality, courtesy, and good will towards others [...] Jesse would look at Bob with melancholy eyes as if the two were mashed in an intimate communication [...] Bob was certain that the man had unriddled him.

La delicada y compleja cercanía concluirá con el predecible y al mismo tiempo inverosímil asesinato. En una gran escena en la que confluyen quietud, sobrie-

dad y tensión psicológica, Jesse, solemne y sumiso, perecerá debido al disparo a quemarropa con el que Bob lo ultima, apuntándole con el mismo revólver que Jesse le regalara un *April Fools' Day* o Día de los Inocentes.

El criminal más buscado por la policía de Missouri, epítome de la crueldad y el valor exaltados en los *Western comics* o libros de caballería norteamericana, se desabrocha el cinturón y se desarma. Bob observa con aprehensivo escepticismo cuando le da la espalda, sube a una silla para fingir que ajusta el marco de un óleo — «Don't that picture looks dusty?» — en el que un purasangre inmóvil pasta dentro de un cobertizo, tal vez al descampado. Seco, inaudible casi, el trueno del balazo reverbera en la sala de la que Charlie sale con sigilo, la malevolencia desfigurando al fin el rictus de afabilidad mantenido durante las previas adulaciones al hombre que ahora se desploa, exánime.

Jesse Woodson James ha muerto a los 34 años.

El resto del trabajo filmográfico de Dominik (otra *myse en abyme*) se ocupa de la gira de los Ford por Estados Unidos en la que recrean, en teatros llenos, el atentado letal. Bob hace de sí mismo y Charlie de Jesse. La producción y las actuaciones de los hermanos desbordan mediocridad. La obra, en un acto, cierra en el momento en el que Bob posa en el proscenio y presuntuosamente desenvaina el revólver legendario ante la expectante audiencia: «And that's how I killed Jesse James».

En una de las desangeladas funciones, un enfurecido asistente grita, desde una localidad en penumbra: «Murder! Coward!». Bob se abalanza sobre los asientos de la primera fila y amenaza, colérico: «Do you wanna investigate my courage? Find out».

La voz en *off* recapitula:

By his own approximation, Bob assassinated Jesse James over 800 times [...] he suspected no one in history had ever so often, or, so publicly, recapitulated an act of betrayal [...] he imagined that they were

grateful to him [...] he was ashamed, of his boasting, his pretensions of courage and ruthless.

Pese a creer que se le concedería el honor de la gratitud («You know what I expected? Applause»), Bob se arrepiente de su traición y es, explica el narrador omnisciente, «largely discredited by rumors and scornful gossip, due to his making himself a name that inspired disrespect and disdain rather than admiration».

Robert «Bob» Ford es liquidado a los treinta años por el ex convicto Edward O'Kelly, quien le descarga un escopetazo en el salón en el que periódicamente recogía las cartas de odio que se le dirigían desde distintas ciudades y en las que se le reprochaba la bajeza de traicionar al forajido a quien idolatraban innumerables lectores devotos de la épica de pillaje y terrorismo de los James.

II

La serenidad escalofriante del actor Cassey Affleck (1975) en el papel de Robert «Bob» Ford catalizó imprevistamente mi escrutinio de la psique desalmada y ruin del bachiller Sansón Carrasco.

Algunas otras correlaciones entre ambos personajes remiten a los capítulos LXIV y LXXIV de la Segunda Parte del *Quijote*, en los que discernimos, quizá de una manera más contundente, la perversidad sutil de Carrasco a la luz de su semejanza con el ominoso Bob, quien paga su hipocresía con la vida, no así el apócrifo Caballero de los Espejos, a quien su autor exonera de una culpa magistralmente velada y eximida de castigo.

El capítulo LXIV, «Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido», narra el segundo ataque con el que Carrasco abate a Quijano, quien «vio venir a un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente». Carrasco, anteriormente derrotado y reconocido por Quijano en la primera batalla, de-

serta de su alias y de su atuendo previos y los reformula, vengativo, retando a Quijano como Caballero de la Blanca Luna, comprometiendo de inmediato la retribución por la que contendrán: «y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que, dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año». La disputa es atestiguada, entre otros, por el virrey, aunque nadie sabe quién es en verdad el oponente que trama el desafío ni si era esta «de burlas ni de veras». Carrasco reclama, tras derribar a Quijano y satisfacer su desagravio: «Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío». Quijano, con patética renuencia, le implora sin transigir: «Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra».

Tras la debacle, Quijano desanda con su confidente Sancho Panza el retorno a la villa (es decir, a la realidad) en la que posteriormente le ordenará: «cuélguese mis armas por trofeo».

En el capítulo LXXIV, «De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte», Cervantes distrae nuestro interés en Carrasco en tanto nos aflige la tristeza de ver morir a Quijano, su vida tardíamente tumultuosa llegando «a su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba», postrado irreparablemente, quizá, por «la melancolía que le causaba el verse vencido», quizá «por la disposición del cielo, que así lo ordenaba». Nuestra consternación como lectores, de la que difícilmente pudiéramos deslindarnos, obra como un poderoso y eficaz distractor que vela la insidia de Carrasco, justo al delinearse los últimos acabados a su perfil de psicópata, ya que Quijano, postrado en su cama, «fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero [...] creyendo [todos ellos] que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea» eran los causantes de la irreversible decaimiento. ¿Pero cómo es que Carrasco *cree* que son esas las razones por las que su vecino languidece? ¿Cómo es que Cervantes no nota que su bachiller *sabe*, como los otros dos «amigos»,

el porqué de tal agonía? Es en verdad extraordinario cómo, casi por sí misma, sin intervención de Cervantes, la vileza de Carrasco se hace patente, murmurándole a su víctima «que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio», y para lo cual adquiriera ya «dos famosos perros».

Son estas las irrealizables promesas que Quijano escucha justo antes de dormir «de un tirón, como dicen, más de seis horas», para despertar «al cabo del tiempo dicho» aliviado de alucinaciones de ser un caballero andante y de dar continuidad a sus empresas pendientes, proteger princesas indefensas y arremeter contra monstruos y hechiceros y consagrarse al ejercicio de las armas en honor a su Dulcinea utópica.

Alonso Quijano deja repentina e impersonalmente de ser, para siempre, Don Quijote.

«¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho!», exclama Quijano «El Bueno». «Yo tengo juicio ya libre». A continuación, le pide a su sobrina que le procure las condiciones para proceder a la confesión y redactar su testamento, exigiendo para ello la presencia de sus «amigos», entre los que se debe convidar, por supuesto, a Carrasco. Y es justo aquí cuando éste corrobora que su veneno histriónico, sus camuflajes han sido exitosamente mortíferos, propiciando el sarcasmo de gracia con el que lapida el portentoso imaginario del cincuentón ya cuerdo: «—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? [...] Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos».

Luego de oír tal exhortación, Quijano repone, sin caer en la trampa del oscuro bromista: «déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento [...] que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma», siendo el propio victimario quien «fue por el escribano y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza».

Cervantes no profundiza en la baja de Carrasco sino que nos infunde una suerte de misericordia por

Sancho Panza, por la conmovedora zozobra y el desconsuelo que transmiten estas líneas indelebiles: «Si es que muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa [...] cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana». La conmiseración de Sancho Panza imposibilita que percibamos con suficiente nitidez el estoque del Carrasco, el regodeo irónico que lo divierte ante la tristeza del que fuera el escudero del desahuciado: «— Así es [...] y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos».

«El Bueno», en su testamento, consigna que sus albaceas deben ser el cura y el bachiller, «que están presentes». La infamia merece un incentivo y, como Bob al cobrar los diez mil dólares que Thomas T. Crittenden le salda, el cobarde Sansón Carrasco es retribuido nada menos que por el propio Alonso Quijano por haber asesinado, en él, a Don Quijote, testándole sus muebles y todos los volúmenes de la envidada librería privada que lo enloqueció.

Cerró con esto el testamento, y, tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama [...] En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de

caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió.

Carrasco, como última broma y mordaz homenaje, redondeará los epitafios de Los de Argamasilla, acuñando el suyo propio tras atestiguar el *rigor mortis* de su presa, del héroe purificado de *locura* y de *sandez* al que adjetiva de «fuerte, valiente», aunque no se prive de insultar: «espantajo», «coco del mundo». Entre líneas, sería plausible percibir el nervioso timbre de Bob, mascullando la ya transcrita excusa con la que justificara sus argucias: «I'm just making fun, that's all».

Fuentes

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, 2004. Andrew Dominik, *The Assassination of Jesse James by the Coward Robert Ford*, 2007, Warner Bros.

Escancie

Silemcios: muda mujer migrante marica

Arely Valdés

I wonder if there might not be another idea of human order than repression, another notion of human virtue than self-control, another kind of human self than one based on dissociation of inside and outside.

Anne Carson, *The Gender of Sound*

Hacia el final de *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, novela de Ocean Vuong, después de enterrar a su abuela, el protagonista abandona la cama de hotel y sale a la noche de Saigón. Fuera hay una algarabía como de festival: vendedores de fruta, abuelas en pijama, alguien repartiendo pollo asado, niños, luces, un escenario improvisado donde cantan *drag queens*. Cuadro surreal que cubre solo una manzana. Más allá, hacia el final de calle, habita el silencio, la noche que avanza de acuerdo a la hora. Hasta donde él sabe, no hay festividades en el calendario. Al acercarse, nota que cuatro personas rodean una mesa de plástico donde yace un cuerpo envuelto en una sábana blanca.

Líneas abajo, el protagonista confiesa que

[...] más tarde descubriría que esto era algo habitual en la noche de Saigón. Los forenses de la ciudad, siempre escasos de fondos, no siempre trabajan día y noche. Cuando alguien muere de madrugada, se ven atrapados en un limbo municipal en el que el cadáver permanece dentro de su muerte. Como reacción se formó un movimiento de base a modo de bálsamo comunitario. Los vecinos, al saber de una muerte súbita, recaudaban dinero en menos de una hora y contrataban a una troupe de *drag performers* para lo que llamaban «posponer la tristeza».¹

¹ Ocean Vuong, *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, Anagrama, Barcelona, 2020, pp. 143-144. «Travestidos» en la traducción de Jesús Zulaika, «*drag performers*» en el original. Opté por cambiar al fraseo original porque encuentro problemática la traducción: además de la cacofonía generada entre «troupe de travestidos», me parece que en la construcción puede connotarse algo despectivo que definitivamente no existe en el original *troupe of drag performers*. Al buscar ahorro en el número de palabras, Zulaika dejó fuera el vitalísimo *performers*. Para evitar que el presente ensayo se convierta en una suerte de traducción comentada de *On Earth we're briefly gorgeous*, me tomé la libertad de

Esta escena me desencajó completamente. Debatida entre la fascinante confusión de acudir a un carnaval mínimo y nocturno, de una consistencia propia de los sueños, y la conmoción al descubrir párrafos después la particular naturaleza del suceso, lloré poquito.

Los dolientes sollozan y su comunidad, rebosante de vida, revolotea alrededor de la muerte. Es conmovedor y bello que desde el estar-juntos, y a pesar de la pérdida, surja una intención de resistencia que enfrente al dolor y a la tristeza al mismo tiempo que apela a las pasiones alegres. Resistirse no es lo mismo que oponerse. El canto de las *drag queens* no ahoga los lamentos y la convergencia de ambos sonidos no anula el hecho de que «la muerte es el silencio definitivo».²

Protagonista, madre y abuela saben sobre silencios.

*

Lan, abuela de Perro Pequeño —apodo con que ella y su hija se refieren cariñosamente al narrador de *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*—, pasa sus últimas semanas de vida tendida en el suelo de casa. El cáncer de hueso le ha devorado la rótula, parte del fémur y la cadera. Hijas y nieto intentan explicarle que la enfermedad ha hecho metástasis, que no vivirá. Delirante y moribunda, parece entender que le hablan de brujería y no de la vida que comienza a apagarse desde los pies después de tragar su última cucharada de arroz en té, que ella cree recién cortado de una región vietnamita.

Abandonó su país natal en compañía de su familia y tras arribar a Estados Unidos, aun a pesar de los

alterar la traducción ahí donde no coincido con ella. Las cursivas delatan el desencuentro. Y el tachado propondrá lecturas alternativas: Cito desde la traducción al español por comodidad: evito que el cuerpo principal del ensayo salte del español al inglés y me salvo de sentirme una esnob al aparentemente asumir que todos los posibles lectores de este trabajo dominan esta lengua si hubiese decidido citar en ella. El epígrafe es la excepción a la regla.

² Audre Lorde, *La hermana, la extranjera, horas y HORAS*, Madrid, 2003, p. 20.

años, se dedicó a buscar al soldado americano con quien contrajera matrimonio en medio del fragor de la guerra, hombre que dejó el frente para volver a su país tras un «imperante llamado familiar».

La narración del nieto, una carta dirigida a su madre en la que repasa la vida de ambos, entera al lector sobre la mente de Lan, transida por la guerra: confunde la pirotecnia del 4 de julio con bombardeos, entra y sale constantemente de un parloteo esquizofrénico; los silencios inconexos de sus recuerdos los rellena cada vez con información distinta. El estado de excepción que viviera durante su juventud apisonó el resto de su existencia, pero no mermó su pasión por las flores ni su capacidad para la ironía ante las agudas condiciones de pobreza y discriminación que experimentó al lado de sus hijas y su nieto.

«Es nuestra comida rápida, Perro Pequeño. ¡Nuestro McDonald's!»³ le dice a su nieto mientras comen arroz bañado en té de jazmín, para después tirarse un pedo.

Audre Lorde, al inicio de su ensayo «Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia», explica que aquellos para quienes la opresión es una cosa normal, se ven obligados a familiarizarse con el lenguaje y las maneras del opresor, llegando incluso a adoptarlos para lograr una protección ilusoria.⁴

Quizá la ilusión de ser protegida por aquel que invadía su país movió a Lan al matrimonio, más que el amor mismo. Quizá la ilusión de encontrar resguardo en la tierra madre de aquellos que invadieron el país que dejó atrás movió a Lan a persistir con la búsqueda de un hombre vuelto a casar, más que el amor enterrado ya bajo las ruinas de la posguerra.

*

Es en Rose, hija de Lan y madre de Perro Pequeño, donde la descripción de Audre Lorde se recrudece a la vez que se transforma: reconoce y aprende las maneras del opresor, y por doble partida, pero no así la totalidad del lenguaje. Su marido la violenta verbal y

³ Vuong, *op. cit.*, p. 18.

⁴ Lorde, *op. cit.*, p. 126.

físicamente; el prometedor país americano le ofrece oficios ya estereotipados para mujer migrante oriental. Sabe reconocer cuándo callar para evitar problemas, discusiones y golpes. Así que calla, produce silencio. Y aun si decidiera hacerse escuchar, nadie le atendería: no domina el inglés, pero tampoco el vietnamita. Sí domina, en cambio, el lenguaje de la violencia. Cuando la furia la desborda, se desquita con su hijo.

¿Por qué no te defiendes? Le recrimina tras abofetearlo cuando este le cuenta acerca de los *bullers* que le exigen en la escuela que hable inglés. Pero también, cada mañana, cuando sale rumbo a la escuela, le pide que trate de que no se fijen en él, porque, le insiste, «ya eres vietnamita».⁵ Le pide pues, como bien expone Lorde cuando describe cómo las diferencias se convierten en distorsiones, que se aísle voluntariamente, que pretenda que las evidentes diferencias entre él y el resto de los niños blancos de su escuela no existen.⁶ Le pide que también haga silencio.

Sin embargo, él mismo, al recordar su infancia, narra algunos eventos en los que no puede mudar y dejarse atrás, como lo hiciera su abuela; tampoco puede quedarse varado entre dos lenguas, como su madre, pues ambas mujeres necesitan auxilio para sobrevivir en su marginalidad. En la escuela, donde padece acoso y discriminación, ocurre su aprendizaje inicial de los lenguajes y modos del opresor, ya engastados en las infancias americanas blancas. Para Rose, que su hijo acuda a la escuela es el progreso del que ella careció. «Sabes muchísimo inglés [...] Y tienes que usarlo, ¿vale?»⁷, le asevera.

Y justo eso realiza. Aprende inglés. Lo domina. Lo usa: escribe. Reta al silencio generacional y le escribe a su madre. Repasa su vida al lado de ella. No reprocha ni la locura de la abuela, ni la furia de su progenitora. Antes bien se cuestiona al respecto del sistema que sostiene y permite sus silencios: «¿y si la lengua materna está atrofiada? ¿Y si esa lengua no es

solo el símbolo de un vacío sino el vacío en sí mismo? ¿Y si esa lengua está amputada? [...] El vietnamita que yo poseo es el que tú me diste, el vietnamita cuya dicción y sintaxis llega apenas a los primeros años de primaria».⁸

En este punto, el narrador, de quien no se llega a conocer el nombre, salvo el apodo, cuenta cómo su madre presenció el derrumbe de su escuela tras un ataque norteamericano con napalm mientras continúa sondeando el estado de su primera lengua:

A los cinco años, nunca volviste a pisar un aula. Nuestra lengua materna, por tanto, no es madre en absoluto: es huérfana. Nuestra lengua vietnamita es una cápsula del tiempo, una marca del momento en que tu educación llegó a su fin, reducida a cenizas. Mamá, hablar en nuestra lengua materna es hablar en vietnamita solo en parte, pero enteramente «en guerra». [...] Así que empecé mi carrera como intérprete oficial de nuestra familia. De allí en adelante, llenaría todas nuestras lagunas, nuestros silencios y tartamudeos, siempre que me fuera posible. Cambié el código. Me quité nuestra lengua y llevé el inglés como una máscara, para que los demás vieran mi cara, y por tanto la vuestra.⁹

El estado de excepción del conflicto bélico que atravesó para siempre la vida de Lan, Rose y Perro Pequeño se extiende y engarza hasta la lengua. Como mujeres iban ya sistemáticamente silenciadas. Como migrantes, el silencio se agudiza, casi ensordece. Y no es hasta la adopción de una segunda lengua que se incrusta en el lugar de la materna-huérfana, que mana por primera vez el vocabulario para nombrar aquello que no fue dicho al haber sido trastocado por la guerra. «La transformación de silencio en palabras y obras es

⁵ Vuong, *op. cit.*, p. 140.

⁶ Lorde, *op. cit.*, p. 123.

⁷ Vuong, *op. cit.*, p. 23.

⁸ *Ibidem*, p. 26.

⁹ *Ibidem*, pp. 26-27.

un proceso de autorrevelación». ¹⁰ Al escribir su vida y la de su ascendencia, a Perro Pequeño se le revelan intermitentemente las cicatrices del vietnamita, y es a través del inglés que consigue nombrarlas. Al escribir su vida, se revela su relación con su masculinidad y con el reconocimiento de su homosexualidad.

*

Mediante el repaso de su infancia, Perro Pequeño descubre que el silencio que guardó frente a sus acosadores, por ser diferente, es donde radicaba el poder para movilizarse. Su visible diferencia era su mayor vulnerabilidad, pero también su principal fuente de poder. ¹¹ Cuando vuelve sobre su propia vida, en lugar de que ocurra ese común fenómeno de sustitución de la autoescritura, en el que se pasa de ser sujeto que experimentó a objeto de disección y estudio, Perro Pequeño describe, en esta carta de largo aliento, a su madre, los eventos de su vida, inmersos en discriminación por raza, sexo y clase, pero no acusa ni culpa. Ausculta con sosiego la inmaterialidad del sistema que le oprime por todos los frentes, incluido el amor de pareja.

Trevor, americano hasta la médula, adicto, a quien conoce durante un trabajo de verano en una granja de tabaco, le advierte con cierta frecuencia que no se comporte «raro», que en lo que hacen no hay nada de malo, que en la relación él es el hombre y Perro Pequeño, la mujer. En su momento guarda silencio por miedo al desprecio, al abandono. Se deja llevar por el torbellino de Trevor. Cuando le escribe a su madre acerca de él, lo hace con devoción y aceptación ante las complejidades humanas: el mismo chico que practica tiros a campo abierto y maneja desbocado entre maizales con aliento alcohólico y fentanilo en la sangre, hábito que lo llevará a estrellar y partir su vida contra un roble, es el mismo chico que habla con fervor sobre los girasoles, sus flores favoritas, que se niega a comer ternero porque jamás se comería a un bebé.

¹⁰ Lorde, *op. cit.*, p. 21.

¹¹ *Ibidem*, p. 22.

Se ven por última vez en una cafetería. Perro Pequeño viene a despedirse. Parte a Nueva York para iniciar sus estudios universitarios. Poseen un acuerdo: jamás decir adiós, ni hasta luego. Amigos y conocidos caen muertos como moscas por las drogas, por pandillas. Hola es el saludo. Hola es la despedida. Hola para dejar las conversaciones suspendidas, para retirarse con la ilusión de retomarlas, pero también con la certeza de la posibilidad de un Hola que se queda como boca abierta, que ya nada dirá.

Perro Pequeño evidencia, a través de su lenguaje adoptivo, el del opresor, los padecimientos que alcanzan, por clase, incluso al hombre blanco. A través de este uso que da a la palabra, como escribe Lorde, se está comprometiendo a recuperarlo y analizar la verdad de lo que narra, pero también la verdad del lenguaje con el que habla. ¹² Tira de su pasado para extraer retazos. Narrarlo es oponerse al silencio al mismo tiempo que se exhibe.

Sin embargo, a pesar de la importancia del ejercicio de escritura que hace el narrador al dar voz desde la prosa poética a todos aquellos silenciados por la estructura patriarcal, me parece que quedan padecimientos de los que las palabras alcanzan tan solo a cubrir la superficie, porque su profundidad, aunque común por sistemática, es de unicidad intransferible. A falta de la plasticidad de las palabras para nombrar y describir al dolor es que surgen momentos de calidad surrealista, como explica Perro Pequeño al respecto del festival funerario y mínimo de Saigón:

Es a través de la vestimenta y de los gestos explosivos de las *drags*, de sus caras y voces excesivas, de su transgresión del tabú del género, como este espectáculo *extravagante* procura consuelo. Al tiempo que útiles, pagadas e investidas de autoridad como dispensadoras de un servicio vital en una sociedad en la que ser *queer* sigue siendo pecado, las *drag queens* constituyen, mientras los muertos yacen a cielo abierto, un espectáculo

¹² *Ibidem*, p. 23.

lo de la *otredad*. Su supuesta, fiable fraudulencia es lo que hace su presencia necesaria para quienes lloran a sus muertos. Porque la pena, en su peor cara, es irreal. Y requiere una respuesta surrealista. Las *drag queens*, pues, son unicornios.

Unicornios que trotan con estrépito en un cementerio.¹³

Que estos unicornios sean llamados por la colectividad para «retrasar a la tristeza» no implica que sean aceptados. No se nota, escurridizo como es, pero aquí está también el silencio. El narrador salva de la escena la función social que cumplen las figuras más vistosas de la comunidad a la que él también pertenece. Pero ¿desearán los vecinos de Saigón a estos mismos unicornios, cantando y contoneándose a plena

¹³ Vuong, *op. cit.*, p. 144.

luz del día, en una fiesta donde nadie llora y donde no hay tristeza alguna que retrasar?

Audre Lorde asegura que «hay una multitud de silencios que deben romperse».¹⁴ A Perro Pequeño no le interesa, por principio, acabar con los silencios, sino mostrar que, por encima de la discriminación, de la violencia y del desconsuelo, hay té de jazmín, girasoles y unicornios. Trocitos de vida, fugaces y bellos, a los cuales sujetarse.

Fuentes

Lorde, Audre, *La hermana, la extranjera*, horas y HORAS, Madrid, 2003. Vuong, Ocean, *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, Anagrama, Barcelona, 2020. Vuong, Ocean, *On Earth We're briefly gorgeous*, Penguin Press, Nueva York, 2019.

¹⁴ Lorde, *op. cit.*, p. 24.

Pan duro

Karen Salazar Mar

Cierro los ojos y suplico la oportunidad del navegante
pisar tierras nuevas con la devoción de quien es creyente
tomar un puño y bendecir la vida venidera de los que están conmigo
pero atrás de mí no hay veleros, ni padre ni amigos
estoy solo en un cuarto sin techo y solo una ventana, estoy ciego

Han pasado los días y los recuerdos permanecen
algunos se ciñen más a lo que se añora, no a lo que fue
digo extraño, cuando quiero decir: permanezco
no se puede romper aquello que se riega cada día
ni quemar las cenizas cuando ya han sido fuego antes

Cierro los ojos para imaginar que puedo ver algo
para recordar el amanecer reflejado en unos ojos cafés
y el ondulante pelaje que iza antes de la tormenta
¿Dónde quedaron los niños que vieron el horizonte?
¿Dónde las promesas? Ni siquiera tengo ojos para ver mis cicatrices

Soy Nadie, lo pienso, mientras muerdo un pedazo de pan duro
y humedezco los labios con agua estancada
Soy Nadie, me digo, mientras de las cuencas en mi cara
sale el mar putrefacto y las moscas hacen su morada

Cuentos

Víctor Infante Zamora

Clarooscuro

Estás solo en medio de la habitación. No recuerdas en qué momento te has levantado de la cama. Respiras con dificultad, pero cierras los ojos y consigues dominarte. Una angustia incomprensible invade tu cuerpo. Te llevas la mano a la altura del corazón, hurgas en el bolsillo de la camisa, en los pantalones y en la cazadora que cuelga de la silla que está junto al librero buscando un cigarrillo. Finalmente, en uno de los anaqueles de la parte baja, encuentras una pipa que hace tiempo tu impaciencia condenó al olvido. Junto a ella, prematuramente envejecido por la espera de una amorosa combustión, yace un paquete de tabaco inglés. Recuerdas el sonido de tus pasos en la escalera que hay en el patio y que conduce a un modesto aunque confortable cuarto de estudio. Ana, como era frecuente desde que decidieron mudarse y vivir juntos, te había alcanzado antes de entrar. Sus dedos, que semejaban las cabezas de una hidra, rehuían con sobrada agilidad tus intentos de captura hundiéndose alternativamente en tus costillas, encima de la cadera o debajo de las axilas. El humo denso y aromático te produce cierto alivio, pues aminora la incipiente culpa que suscitan en ti las imágenes que han comenzado a unirse en la dócil pantalla de tus ojos. El juego, que seguías divertido en un principio, acabó por exasperarte. Ella, obedeciendo las contracciones de tu rostro, que le parecían cada vez más cómicas, no dejaba de hostigarte. Como ninguno de tus argumentos conseguía finiquitar el implacable asedio, sujetaste sus brazos con vehemencia. Permanecieron así un momento, y al cabo mitigaste la presión creyendo que cejaría al fin de importunarte. Al empujar la hoja de aluminio, confiando en que la amonestación había finiquitado su impetuosidad, sentiste de nuevo en el costado la presencia onerosa de sus dedos. Un afilado insulto humedeció tu lengua, pero agonizó de impotencia en la maliciosa dulzura de su rostro. A pasos cortos, con el corazón martillándote los oídos, te acercas a la ventana. Miras con detenimiento las blancas y polvorientas persianas de madera. Tiras de ellas y adviertes la escalera verdinegra y el oxidado pasamanos cuya pigmentación has diferido para un mañana en postergado advenimiento. Recuerdas las manos en sus hombros, el círculo sanguinolento sobre las baldosas, las hebras oscuras de su cabello sumergidas en esa tinta profusa que fluía por debajo

de su cráneo... Cierras los ojos buscando evadir la siniestra y repulsiva imagen. Solo te basta mirar por la ventana para comprobar que todo ha sido una abyecta fabulación. Tus ojos descienden indecisos, pesadamente, cada uno de los escalones... Cierras de un golpe las persianas, te sientas en la orilla de la cama e inhalas maquinalmente las últimas briznas de tabaco mientras una súplica sin voz recorre tus oídos. Te levantas, las manos trémulas y contraídas, muerdes la boquilla de plástico y te quedas mirando la ventana, las cálidas y luminosas persianas de madera por donde penetra la luz indiferente del ocaso. Dejas caer las hebras carbonizadas sobre el suelo y vuelves a llenar la pipa que sostienes con la mano izquierda. Esperas, sabes que no resta sino esperar ese cálido cuerpo que habrá de reposar a tu lado cuando la ilusión se desvanezca.

A contraluz

Perdido en la diurna oscuridad azul, esperando el momento oportuno para recobrar su posición, mi cuerpo deambula por el orbicular infinito que lo contiene. Paseo por el bosque mirando de hito en hito a las aves que surcan el cielo y a las parejas que, tendidas a la sombra de un árbol, sucumben al intercambio amoroso de las miradas. Lamentablemente, ninguna figura turba la quietud del cielo. Un lejano e ininteligible susurro asalta mis oídos. Mi esperanza se remueve con el movimiento. Miro en todas direcciones intentando encontrar al emisor y tropiezo con el vacío del paisaje sin alteraciones. Espero la oportunidad que presagian mis oídos. Sin ubicar el sitio del que proviene la voz, guiado por el débil y persistente murmullo, avanzo abriéndome paso entre los árboles y los arbustos. Los pasos inician su travesía. El ruido sobre la tierra cifra una esperanza que se desvanece a cada momento. Atraído por la sonoridad, prosigo mi trayecto e indago en el paisaje. Al cabo mis pies se hunden en el fango que ciñe el contorno de un estanque vagamente circular que había pasado ajeno al escrutinio. Instantáneamente, como si un antiquísimo conjuro hubiera abierto los ojos al acercarme, quedo prendido en el anzuelo de la contemplación. En la superficie, emergiendo de la oscuridad en perpetuo duermevela, advierto un hueco sobre el agua, un orificio oscuro y diminuto sobre el cielo. Acomodo los anteojos y me acerco al borde para observar con parsimonia la imagen que ha irrumpido en la quietud del agua: negro y desordenado, el cabello de la figura caracteriza su azoro estremeciéndose serpentinamente con el viento; las cejas, cual arcos en tensión prestos a lanzar una saeta imaginaria, se mantienen al acecho midiendo la distancia, calibrando la fuerza precisa para no errar el disparo. Mis ojos ascienden con sigilo, y es así que veo una figura a contraluz que socava el firmamento. Siento ganas de lanzar un puñetazo sobre el rostro de aquel hombre, extraordinariamente parecido al mío, de no ser por la impronta de esperanza que lo cubre y que yo he perdido casi por completo, y acabar con él. ¿Cuántos como yo habrán caído en la oscuridad del túnel? ¿Cuántos habrán logrado salir y cuántos aún estarán luchando por escapar? Una mano desciende desde las alturas y se tiende sobre la mía. Las entrañas de la tierra permanecen al acecho de mi cuerpo; su fuerza se contrapone al celeste deseo de atracción, y el universo opta por el salomónico decreto que me divide con su porción de olvido. De tal suerte prosigo la trayectoria instigado por la ley de gravedad que rige mi contemplación: la fuerza de una mano tendida es igualmente proporcional a la mano que la recibe, de tal suerte el ascenso implica la caída, al igual que al descenso corresponde la elevación. Desconcertado y satisfecho, percibo su rostro en mi prisión. Nada ha cambiado, excepto que

ahora no soy yo quien otea la imagen, es ella quien me observa desde las alturas al reflejarme. Un hombre estupefacto me mira en silencio desde el fondo. Mi salvación precisa su condena. Echo a caminar juzgando que lo más apropiado es no volver a mirarme sobre el agua. Sin embargo, días después caigo presa de la melancólica voz que me llama y es así que regreso y vuelvo a ocupar mi antigua posición. Ahora lo sé, quien ha mirado el abismo está condenado a permanecer en él. Pese a todo, y henchido de repulsiva obsesión, aún conservo una brizna de liberadora esperanza: la unión de la imagen bifurcada, la comunión definitiva de los cuerpos que se perderán para siempre al encontrarse.

Paramento

Estimado y afligido comprador, antes que nada permítame felicitarlo a la distancia, y en nombre de la compañía que tengo a bien representar, por tener entre las manos uno de nuestros productos, el cual, no está por demás decirlo, tiene en su haber las más diligentes y exhaustivas revisiones, mismas que aseguran su calidad y nos permiten proclamar con orgullo su eficacia. Recientemente, y merced al éxito obtenido, ha despertado la envidia de la competencia que enseguida ha iniciado la producción en serie de vulgares y negligentes imitaciones, suscitando, como era de esperarse, la inconformidad y molestia de los incautos compradores, quienes lejos de encontrar remedio a sus penalidades no han hecho sino incrementarlas. Nuestra empresa, pendiente a la dificultad que tal decisión presupone, incluso para los espíritus más valerosos y resueltos, garantiza que en caso de un imprevisto apego y ante cualquier otra contingencia, el artículo, siempre y cuando no exceda un año desde su compra y haya sido cuidadosamente empaquetado, conservará intacta su efectividad. Sin más, y aguardando su silencio, prueba inequívoca y gratificante de su conformidad y beneplácito, he aquí las instrucciones que habrán de acabar en definitiva con sus innumerables y cotidianas tribulaciones. Después de levantarse y realizar las pertinentes abluciones de la mañana, vista, si es de su agrado, el fino traje sastre que según las medidas proporcionadas en la solicitud nos hemos tomado la libertad de obsequiarle, o bien el atuendo que juzgue más conveniente para la ocasión. Acto seguido, tome la caja y proceda a desenvolverla sin premura. Si llegara a observar alguna alteración, cosa inusual pero posible, reciba de antemano nuestra más sentida disculpa y proceda a enviarlo a nuestras oficinas. A los pocos días recibirá, completamente gratis, un nuevo producto de suntuosa manufactura que excederá por mucho el costo del anterior, además de un estupendo arreglo floral que haremos llegar a usted en el momento oportuno. De no ser así, extraiga el objeto y anúdelo según la usanza inmemorial sobre cuello. No es necesario excederse, pues el producto habrá de suministrarle por sí mismo la presión requerida. Ahora, auxiliándose de las normas fonéticas incluidas en la penúltima hoja del presente instructivo, pronuncie las palabras que reposan en la sedosa etiqueta. Una ligera sacudida en el cuello confirmará que el encantamiento ha sido proferido correctamente. En caso contrario, relájese, deguste sin prisa cada palabra, y al cabo y sin titubeos vuelva a pronunciar *sotto voce* y con toda claridad. Luego de la citada opresión yugular enfúndese el saco y emprenda con toda normalidad sus labores cotidianas confiando en que antes de terminar el día, y tras una paulatina e imperceptible oclusión, no volverá usted a ponerse una corbata.

La calle

Daniel Medina Flores

Necesitábamos jugo y más alcohol. Salimos del departamento y cruzamos la calle. Escucho disparos, no me gusta este barrio. Beatriz me dijo que conocía una tienda cerca, pero ya llevamos un rato caminando bajo la noche y no encontramos nada.

¡Beatriz!, le grito mientras trato de alcanzarla. Debe estar enojada porque me reí cuando se cayó a media calle. No es para tanto, sí me reí, luego fui a ayudarla, yo no le dije que se emborrachara. Ya Beatriz, perdón. Espérame. La intento alcanzar, pero cada que acelero el paso ella también lo hace. Mejor la dejo en paz.

No sé qué tipo de tienda sea. Más vale que esté abierta porque ya llevamos mucho caminando. Además, estos barrios no los conozco. Tampoco es que quiera andar en modo turista porque, a juzgar por las fachadas todas despintadas, las cuarteaduras en las paredes y los vidrios estrellados, no estamos en un lugar muy seguro. Aquí nos van a robar todo lo que traemos.

La calle está desierta. Cuando miro el cielo ni siquiera puedo ver la luna; esas nubes están muy densas. A lo lejos escucho ladridos; son varios perros. No me gustan los perros, siempre les he tenido miedo y, a juzgar por el ruido que estos producen, deben ser bravos. Ojalá que el expendio esté antes de encontrarnos con ellos.

¡Beatriz!, le grito cuando se detiene y luego comienza a bajar por la misma calle, ahora empinada, ¿dónde está la pinche tienda?

En la bajada la calle está peor. Hay casas tan dañadas que, si les dan un golpe, por leve que sea, se vendrán abajo. En algunas partes hay escombros arrumbados; en otros, las casas están abandonadas y han de ser puro cascarón, por dentro todas destruidas. Yo creo que por aquí no es por donde debíamos venir. En este lugar parece que el tiempo se detuvo, está solo y callado.

¿Va para allá? La voz de un hombre me saca de los pensamientos. Me asusta al inicio porque pensé que estábamos solos. Juega con una moneda que arroja y luego atrapa con su mano derecha.

Sí, le respondo por mero reflejo. Intento verle la cara, no alcanzo a notar ningún rasgo. Oiga, ¿no le da miedo andar por aquí a esta hora y con esa ropa? Lo pueden asaltar.

No me dice nada y continúa jugando con la moneda. Dejo que se una a mí. Al menos tendré otra compañía. ¿Usted a dónde va? Le pregunto. Allá, me señala hacia un espacio que abarca la calle empinada pero no encuentro nada llamativo.

Pues vámonos juntos. Mi amiga y yo vamos por jugo y alcohol, estábamos en una fiesta. No calculamos bien y ya casi se nos terminaba todo; es muy temprano para irnos a casa. Ella me dijo que por aquí podíamos comprar, aunque llevamos un rato caminando y nada. ¿Usted ha visto alguna tienda?

No, me responde con voz seca. Los ladridos aparecen de nuevo y me provocan un pequeño espasmo. ¿Sí escuchó? Le pregunto. No dice nada. ¿A usted no le dan miedo los perros? Esos sueñan bravos, ojalá no estén sueltos. El hombre ni me hace caso. Ladridos. El sonido que producen es extraño, no sé cómo explicarlo: cavernoso, con un gran eco, parecido a un trueno. Yo me tapo los oídos y cierro los ojos. Cuando me recupero me siento extraño, algo me falta.

Y usted, ¿cómo llegó acá? Me pregunta el hombre sin siquiera voltear a verme. Ya le dije. Venía a... venía... ¿a qué venía? Me rasco la cabeza. Bueno, iba con ella con... trueno los dedos en busca de responder, con la que va adelante. Apunto a Beatriz, venimos... no logro recordar bien, venimos de allá, digo.

¡Ah!, me responde. La soledad hace palpar el corazón con todas mis fuerzas. Él parece no inmutarse. La calle sigue, no se acaba. Mientras más avanzamos, las casas están peor, todas derruidas, todas polvorientas y a punto de caerse. ¿Trae una moneda?, me pregunta. No traigo, perdón, busco en mis pantalones y saco un billete. ¿Le servirá esto? Le acerco el dinero. ¿No trae moneda? Insiste. No, perdón, repito. Ah, bueno, se encoge de hombros.

Oiga, le llamo la atención y luego señalo a Beatriz, vamos caminando más aprisa porque este lugar es muy peligroso y no quiero que mi amiga ande sola ¡Oye, Beatriz!, le grito, pero no hace caso.

Escucho el sonido de agua, al principio me parecía baja, es una corriente. No sabía que por estos lugares pasara un río. Es abajo, donde por fin se ve el final de la calle o eso creo. Ese espacio me provoca miedo. Luego aparecen otras voces, algunas las entiendo, otras parece que hablaran lenguas distintas. Al final de la calle se reúnen muchas personas. No quiero seguir, pero mis piernas no responden a la orden que da mi cabeza.

Ella viene contigo, ¿verdad? Me pregunta el hombre mientras apunta adelante. Asiento. ¿Ella tampoco trae una moneda? Los ladridos ahora son más fuertes. Mi cabeza da vueltas. Siento como si hubieran chasqueado los dedos y me recordaran todo. La fiesta, el alcohol, la salida, la tienda que buscamos, la calle que cruzamos, los disparos... ¡Beatriz!, le grito. Ella sigue caminando hasta mezclarse con esos entes.

Ustedes no traen moneda, dice el hombre. Entre las voces y los ladridos incómodos, escucho el chapoteo del agua. Después, una figura diminuta comienza a crecer hasta tomar la forma de una barca. El hombre que caminaba a mi lado, ahora avejentado, con barba blanca, cara amarga, ojos que muestran el largo paso del tiempo, grita a las personas de la orilla.

Mi cuerpo tiembla. Siento como si toda mi fuerza me abandonara. Busco a Beatriz, no la encuentro entre el mar de gente. Las piernas flaquean e intento correr hacia la calle empinada. Tres veces quiero subir; las mismas veces fallo. Los ladridos están del otro lado del río, retumban en mis oídos. El barquero está en la orilla y no tengo moneda.

Alambique

Indicios de una herencia dialógica. Análisis comparativo de la Nueva Narrativa Argentina en dos cuentos de Samanta Schweblin y Mariana Enríquez

Verónica Alejandra de la Torre Cervantes

[...] pero sentía que las sabía, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la ramera porque de noche refrescaba.

Mariana Enríquez, «El aljibe»

El traumático suceso encuentra sus secuelas en una derrota imprevista. Así la vuelta a la democracia sufre las consecuencias de la dictadura militar argentina, llamada Proceso de Reorganización Nacional. La entrada total de las políticas neoliberales motivó el progreso del caos anteriormente plantado. La temprana edad de la democracia, el populismo de Alfonsín y el neoliberalismo de Menem significaron para las nuevas generaciones de escritores argentinos, adolescentes en esas épocas, una ruptura con el violento trauma, cuyo origen les antecedió. Así lo declara Elsa Drucaroff en *Los prisioneros de la torre*, nombrando a una nueva generación de narradores: la Nueva Narrativa Argentina (NNA). Según tal autora, el trauma cobra cierta esencialidad para entender a estas nuevas generaciones, aclarando el significado de «nuevo» no como novedoso, sino como actual, pues «[...] no supone nunca [...] una invención en términos absolutos, sino apenas una reelaboración que dialoga productivamente con algo anterior».¹ Drucaroff habla desde el dialogismo bajtiano y la actuación ética que supone el otro en la construcción de subjetividades. El diálogo con distintos discursos y enunciados no queda desatendido en las narraciones de la NNA, sino que conforma un carácter fundamental figurando el fantasma traumatizante y caótico hasta la actualidad.² El contexto histórico, social y político no queda aludido, sino que se dialoga con él, con aquella totalidad que para Bajtín es necesaria para comprender el sentido concluso, es decir, el punto donde este es definitivo.

¹ Elsa Drucaroff, *Los prisioneros de la torre*, Emecé, Buenos Aires, 2011, p. 18.

² Por ejemplo, Mariana Enríquez —autora de uno de los cuentos a analizar—, en su última novela, *Nuestra parte de noche* (2019), retorna a la dictadura militar después de treinta años de que terminara.

Por otro lado, no muy alejada de tales supuestos, Alejandra Amatto distingue que la narrativa latinoamericana actual comprende la condición de superficie lacerante en la escritura, bajo la unión de los conceptos tradicionales y estructuralistas: forma y fondo. Denominando una «literatura del descontento realista», Amatto declara que el modelo de este actual fenómeno en la literatura latinoamericana «[...] nos <dice algo> de una manera en que ninguna otra disciplina lo hace, aunque lo que se nos diga también esté relacionado con otros discursos como la historia, la filosofía o la sociología».³ Así, se puede suponer que efectivamente este tipo de nueva literatura, yendo más allá de aquella original de Argentina, establece un diálogo.

Regresando al texto de Elsa Drucaroff, los escritores que conforman la NNA nacieron alrededor de la década de los sesenta y empezaron a publicar después de los noventa, es decir, vivieron a una edad temprana la dictadura. Asimismo, este movimiento o fenómeno literario se sintetiza en una clasificación de dos generaciones, marcadas por hitos generacionales a partir de fechas históricas. Así pues, a la primera generación de postdictadura le es particular la fecha 1982, cuando la guerra de las Malvinas sucede; de la misma forma, a la segunda generación de postdictadura le competen la crisis y las manifestaciones, ocasionadas por el llamado «corralito» de 2001. Sin embargo, estas particularidades no definen completamente a estas nuevas generaciones de narradores. Drucaroff considera la aparición de distintas manchas temáticas que sugieren una interpretación social y política en la literatura de la NNA. Una de ellas es el «filicidio», que alude a «[...] la pulsión filicida que el imaginario de los prisioneros de la torre atribuye a sus progenitores».⁴

Es pertinente citar en específico esta mancha temática que menciona Drucaroff para situar a las au-

³ Alejandra Amatto, «Transculturación del debate. Los desafíos de la crítica literaria latinoamericana actual en dos escritoras: Mariana Enríquez y Liliana Colanzi», en *Valenciana* no. 26, 2020, p. 215.

⁴ Elsa Drucaroff, *op. cit.*, p. 334.

toras y a los textos que convergen a este ensayo. Tal cual, Mariana Enríquez (1973) y Samanta Schweblin (1978) pertenecen a la segunda generación de la NNA. Los textos seleccionados, «El aljibe» y «Nada de todo esto», de cada autora, respectivamente, ejemplifican esta mancha temática de la que habla Drucaroff, pues llevan a cabo la herencia progenitora como temática que concluye en el atentado contra, en este caso, las hijas. Ambos relatos ponen de manifiesto una relación hereditaria, de madre e hija, abuela y nieta, haciendo hincapié en la confrontación dialógica de los personajes principales con el contexto que las abarca. Como primera observación, tal enfrentamiento es más contundente en el cuento de Enríquez que en el de Schweblin, porque en «El aljibe» existe una relación específica con la realidad: el territorio argentino. Sabiendo que es posible encontrar un carácter dialógico, a partir de los textos de Drucaroff y de Amatto se estudiará el argumento de la herencia desde la propuesta bajtiniana, el dialogismo. Esto último no solo como temática sino desde los distintos procesos dialógicos que pueda llegar a contener.

Las posturas del soviético Mijaíl M. Bajtín (1895-1975) contienen proporcionada significación para los postulados teóricos desarrollados en el siglo XX, así sean literarios, estilísticos, filológicos, sociolingüísticos, etcétera. La estética de la creación verbal se construye a partir de los inicios académicos del autor. Desde la interdisciplinariedad — filosofía, sociología y lingüística —, Bajtín construye una crítica a las teorías del lenguaje imperantes en su época, es decir, al aislamiento de elementos en el que se fundamenta el formalismo y el estructuralismo de Saussure (1916). Así, Bajtín «[...] iba a repensar las diversas disciplinas filosóficas, desde la ontología hasta epistemología, pero basadas todas ellas en una concepción ética global que conferiría al conjunto una unidad de principios propia de una *prima philosophia*».⁵ El teórico soviético propone la percepción de la totalidad, aquella desde la cual se encuentra la integridad del

⁵ Tatiana Bubnova, «El principio ético como fundamento del dialogismo en Mijaíl Bajtín», en *Escritos*, no. 15-16, 1997, p. 259.

sentido, sin prescindir de la comprensión o relación con el mundo a partir del otro: los enunciados ajenos. El camino para el entendimiento del dialogismo encuentra, en este ensayo, un primer paso en el esclarecimiento de la discursividad bajtiniana.

El proceso discursivo equipara los procesos oral-verbal y la escritura bajo sus caracterizaciones de enunciados, sin disociarlos en polos completamente distintos. Hablar de dicho procedimiento refiere a aquel «[...] construido sobre el intercambio, sería una realización efectiva [...] llevada a cabo en las condiciones de un diálogo, del sistema abstracto de la lengua subyacente en toda emisión verbal»;⁶ que adquiere caracterizaciones genéricas, ejemplos de la insistente heterogeneidad o diversidad de los discursos. Los géneros discursivos otorgan sentido al discurso, cuya unidad mínima a modo de concreción es el enunciado. Estos refieren a los «[...] tipos temáticos, composicionales y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables».⁷ Así, en primer lugar, hay que tener en cuenta la clasificación de géneros primarios simples y secundarios complejos, es decir, aquellos utilizados en el habla cotidiana y aquellos que surgen de una comunicación cultural más compleja, desarrollada y organizada, hablando principalmente de la comunicación escrita «artística, científica, sociopolítica».⁸ Dados contextualmente y dignos de una relativa estabilidad, los distintos géneros discursivos encuentran concreción en los enunciados, la unidad mínima del discurso que exige una respuesta.

Desde Mijaíl Bajtín, toda comprensión está preñada de una respuesta. La expresión de un enunciado hipotético que contiene a un hablante exige la respuesta del otro receptor, figurando al mismo tiempo otra respuesta dirigida hacia enunciados ajenos. Al concluir en una totalidad, el enunciado encuentra la plenitud del sentido, es decir, conecta con una reali-

dad figurada por el otro ajeno y alcanza una actitud y expresión, en definitiva, se refiere a la postura y la evaluación respectivamente que concibe el hablante. La actividad del otro en la postura bajtiniana es esencial, ya que a partir de él el enunciado se construye como parte de una cadena que lo relaciona con otros enunciados, pues el hablante «[...] cuenta con la presencia de ciertos enunciados anteriores, suyos y ajenos».⁹ El otro, en Bajtín, mantiene una calidad de constructor de subjetividades, por lo que la experiencia discursiva individual forma parte de una cadena discursiva que lo relaciona con enunciados ajenos y con la realidad, adquiriendo matices dialógicos, porque «[...] se origina y se forma en el proceso de interacción y lucha con pensamientos ajenos, lo cual no puede dejar de reflejarse en la formar la expresión verbal del nuestro».¹⁰ El enunciado es análogo a la construcción dialógica ya que mantiene el papel activo del otro en su formación, que se manifiesta en distintos niveles: «El discurso ajeno, pues, posee una expresividad doble: la propia, que es precisamente la ajena, la expresividad del enunciado que acoge el discurso ajeno».¹¹ Esta multiplicidad de interacciones con la realidad lo hace pertenecer precisamente a una cadena, con enunciados que le anteceden y preceden.

En los géneros secundarios complejos, especialmente en la literatura, la idea de la concepción del destinatario/receptor se encuentra presente. Así pues: «[...] la obra más compleja y de múltiples planos de un género secundario viene a ser en su totalidad, y como totalidad: un enunciado único que posee un autor real».¹² Como enunciado adquiere esta multiplicidad de interacciones. Así pues, hablando directamente de la novela y de la propuesta teórica para su análisis, el dialogismo, el texto literario deja de tener la condición de abstracto, separado de una realidad, y es

⁶ Tatiana Bubnova, «Los géneros discursivos en Mijaíl Bajtín. Presupuestos teóricos para una posible tipología del discurso» en *Discurso cuadernos de teoría y análisis*, no. 4, año I, 1984, p. 30.

⁷ Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, México, 1999, p. 252.

⁸ *Ibidem*, p. 250.

⁹ *Ibidem*, p. 282.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Ibidem*, p. 283.

¹² *Ibidem*, p. 289.

[...] un proceso discursivo abierto y en movimiento activo en el que participan varios sujetos (a través del sujeto principal que es el autor); es decir, sujetos determinados ubicados socialmente, porque las voces del *héroe* y del *otro*, con su influencia, directa o no, evocan la presencia del sujeto hablante.¹³

La novela como enunciado social e históricamente determinado le otorga el carácter dialógico, que, al igual que la movilidad con la que el enunciado se construye, mantiene distintas orientaciones o actitudes dialógicas, a partir de las relaciones con enunciados ajenos. Así, el dialogismo es la representación de la pluralidad discursiva dentro del texto literario, que se puede percibir a partir de distintas configuraciones narrativas. Una de ellas, los discursos de los personajes que organizan la pluralidad discursiva: «El personaje de la novela, antes que actor, es ideólogo [...] [y] habla para explicarse así mismo y al mundo que lo rodea».¹⁴

Los cuentos de Enríquez y de Schweblin no tienen, por supuesto, la extensión de una novela. No cumplen una recreación exacta de la propuesta bajtiniana, pero sí aluden al dialogismo para la construcción de sus personajes, donde a partir del argumento existe una realización ontológica para la formación de subjetividades. «Nada de todo esto», de Samanta Schweblin, narra el transcurso de una madre e hija, el deambular de una madre y su hija, a través de una zona residencial, donde cumplen con distintas tareas con el fin de desestabilizar aquel lugar pulcro y ordenado. Así, ellas, manchadas de lodo, interrumpen en una de las casas, formulando una crítica a la desigualdad económica. Narrado en primera persona por la protagonista como ideóloga principal, el relato resalta la construcción dialógica. La protagonista comprende a su madre, sin que se haga explícitos los

actos de esta última, porque concientiza el contexto en el que está ubicada:

No va a decir mucho más. Quizá no sabe qué más decir. Pero esto es exactamente lo que hacemos. Salir a mirar casas. Salir a mirar casas de los demás. Intentar descifrar eso ahora podría convertirse en la gota que rebalsa el vaso, la confirmación de cómo mi madre ha estado tirando a la basura mi tiempo desde que tengo memoria.¹⁵

Al final lo comprueba; directamente en las aseveraciones de la protagonista se leen las ideas de la madre, al hallarse con la dueña de la casa donde antes madre e hija habían interrumpido:

Así me doy cuenta de qué es lo que quiero. Quiero que revuelva. Quiero que mueva nuestras cosas, quiero que mire, aparte y desarme [...] Y quiero que entre mi madre. Porque si mi madre entra ahora mismo [...] La aliviará ver cómo lo hace una mujer que no tiene sus años de experiencia.¹⁶

A pesar del estancamiento que sobreviene con la vida que le ha impuesto su madre, al final la protagonista acepta su destino. La herencia es determinativa en la personaje.

Por otro lado, en «El aljibe», de Mariana Enríquez, queda más sustentado el dialogismo, ya que, a diferencia del relato de Schweblin, en este existe una contextualización en un tiempo y lugar específicos. Así, cuando es una niña, Josefina, la protagonista del cuento, viaja a Corrientes en un Renault 12, auto que llega a Argentina en la década de los setenta. Es en esa provincia donde la madre, la abuela y la hermana de la protagonista, que sufren un inusitado miedo, heredan sus males a Josefina:

¹³ Tatiana Bubnova, «El espacio de Mijaíl Bajtín: filosofía del lenguaje, filosofía de la novela», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX, 1980, pp. 88-89.

¹⁴ *Ibidem*, p. 104.

¹⁵ Samanta Schweblin, *Siete casas vacías*, Páginas de Espuma, Madrid, 2015, p. 16.

¹⁶ *Ibidem*, p. 27.

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y en La Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cucullas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta [...]. Recordó que su madre miraba por la ventana con los ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle [...] porque todos los terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina recién empezaban.¹⁷

La herencia del miedo en este punto es ocasionada por un hecho insólito, La Señora de Corrientes es una bruja que participa en este proceso filicida como mediadora, recordando la mancha temática de Druca-roff. Sin embargo, el diálogo no termina ahí. Adquiere importancia en la construcción del personaje, por esta razón que Josefina «sabe», así en cursivas, las leyendas surgidas en el contexto que la abarca: «[...] las sabía, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla».¹⁸

En la NNA, ejemplificándolo con estas dos autoras, existe una búsqueda de sentido. Un sentido total, como lo llama Bajtín, que lo conecte con una realidad a partir de enunciado ajenos. Así, Scheweblin se atreve a considerar en su relato la polarización, que según su contexto, podría interpretarse desde la crisis argentina de desocupación que hubo en el gobierno menemista y que trasciende esta época. La interpretación queda un tanto floja, pues falta una contextualización directa para fundamentarla. En Enríquez sí que se puede fundamentar esta búsqueda de sentido

¹⁷ Mariana Enríquez, *Los peligros de fumar en la cama*, Anagrama, Barcelona, 2017, p. 66.

¹⁸ *Ibidem*, p. 59.

a partir de realidades externas al texto narrativo. Así, cuando escribe «No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla»,¹⁹ confirma las sugerencias dialógicas, pues es una referencia a la dictadura militar acontecida en Argentina entre 1976 y 1983, fechas que abarca el cuento. Aunque no de manera uniforme, existe un diálogo con la realidad política y social en estas autoras, como también una pretensión de encontrar la totalidad del sentido.

Fuentes

Amatto, Alejandra, «Transculturación del debate. Los desafíos de la crítica literaria latinoamericana actual en dos escritoras: Mariana Enríquez y Liliana Colanzi», en *Valenciana*, no. 26, 2020, pp. 207-230. Bajtín, Mijaíl, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, México, 1999. Bubnova, Tatiana, «El espacio de Mijaíl Bajtín: filosofía del lenguaje, filosofía de la novela», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX, 1980, pp. 87-114. Bubnova, Tatiana, «El principio ético como fundamento del dialogismo en Mijaíl Bajtín», en *Escritos*, no. 15-16, 1997, pp. 259-273. Bubnova, Tatiana, «Los géneros discursivos en Mijaíl Bajtín. Presupuestos teóricos para una posible tipología del discurso», en *Discurso. Cuadernos de teoría y análisis*, no. 4, año I, 1984, pp. 29-43. Druca-roff, Elsa, *Los prisioneros de la torre*, Emece, Buenos Aires, 2011. Enríquez, Mariana, *Los peligros de fumar en la cama*, Anagrama, Barcelona, 2017. Scheweblin, Samanta, *Siete casas vacías*, Páginas de Espuma, Madrid, 2015.

¹⁹ *Ibidem*, p. 60.

Llamada perdida

Estefanía Vázquez Gurrola

Ring, Ring,
el teléfono suena,
en la otra línea una niña espera.

Ring, Ring,
y nadie contesta,
un auto en la esquina va tras ella.

Ring, Ring,
un hombre se acerca
y buenas intenciones consigo no lleva.

Ring, Ring,
alguien contesta,
pero el silencio al otro lado resuena.

Olivia «N»

Aideé A. Rivas

Ese día desperté más agotada de lo usual, parecía que un taladro en mi cabeza intentaba llegar al núcleo de mi conciencia. Tomé un baño, me vestí, encendí la cafetera, esperé y llené mi termo. Agarré las llaves y salí corriendo de casa: 9:32 a.m. Subí al autobús y me olvidé del día y la hora. Los rayos de sol embestían mis pómulos y lo disfrutaba en exceso; me sentí llena de dicha por sentir el sol, la prisa de mi caminar y por escuchar las monedas en mi bolsa. El autobús iba vacío, pero un hombre de cincuenta años, aproximadamente, se sentó a mi lado. Moví las piernas a la derecha para que no rozaran con las de él, pero antes de percatarme su mirada yacía sobre mis pechos. Ese día, como de costumbre, no usaba sujetador y él lo supo desde que abordó el camión, no era casualidad que eligiera, entre todos los asientos, el mío.

Cuando bajé en el centro de la ciudad me sentí perseguida e insegura; mis pezones se habían puesto duros de miedo. Es extraño cómo funciona el cuerpo, cómo todo se tensa cuando tienes terror; caminas rígida, la mandíbula se tensa y no subes la mirada, te sientes culpable de ser mujer, de tomar ese autobús, de no haberte cambiado de lugar, de salir a esa hora, de despertar ese día. Mi respiración se volvió tan acelerada que podía escucharla aun con los audífonos puestos. Crucé la calle y el hombre estaba atrás de mí, intenté caminar un poco más deprisa y lo perdí. Al llegar al segundo semáforo el miedo se fue diluyendo conforme más caras pintaban la calle y el ruido comenzaba a llegar de todas partes.

Alcé la mirada en un acto heroico por recuperar la fuerza con la que inicié el día cuando el sol quemaba mi piel. Entonces, crucé miradas con una pareja que llamó mi atención. Quizá fue por la forma en la que él la llevaba del brazo, un poco inusual para la hora del día, aunque no presté mucha atención a ese detalle porque me perdí en la forma en la que miraron mi cuerpo al interrumpir su paso. Él medía cerca de 1.80 m, llevaba una sudadera gris de capucha, pantalón de mezclilla azul claro, botas industriales amarillas. Su piel era algo rojiza y arrugada; tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Me vio como quien se sabe descubierto de algo, como quien teme de la verdad y está muerto de furia por hallarse vulnerable, por sentir que mis pupilas observan su fisionomía por unos segundos que parecen fracción de hora. Es curioso lo que uno puede recordar después de tiempo. Por ejemplo, yo aún recuerdo el hedor del hombre que me observó los pechos

esa mañana, olía a humedad, como aquello que se ha mantenido hermético mucho tiempo, también recuerdo su verruga cerca del meñique.

Ella era algunos años más joven que él. Había diferencias gravitacionales entre ellos. La mujer vestía una playera de cuello alto color café, pantalones de vestir negros con botín de tacón ancho negro; su suéter era color mostaza. Su cabello era crespo, mediano y teñido de un borgoña brillante; su piel era mucho más pálida y con menos relieves. Llevaba un maquillaje de oficina, de esos productos antiquísimos que se pueden oler a metros de distancia, chapitas palo de rosa, ojos delineado de gato y labios rojo terracota. Su perfume lo recuerdo bien: las principales notas eran de azucenas, canela y almizcle, una combinación peculiar para un encuentro casual donde la jalaban del brazo, donde los cuerpos estaban tan cerca y tan rígidos, como en una especie de trampa corpórea de la que si te alejas te derriban. Un encuentro con cuchillo en mano, una amenaza asfixiante o tal vez una advertencia cumplida.

Continué caminado, pero algo mucho más grande que yo me siguió. Luego de caminar uno o dos metros del punto de encuentro entre la pareja y yo, me detuve y miré hacia atrás, ya no había nada, solo un frío mezclado con incertidumbre, algo se adhirió a mí, era como un presentimiento, como el terror que viví en el autobús o el impacto cuando un auto está a punto de arrollarte porque nadie respeta aquello de «primero el peatón». Mi día transcurrió como todos los otros; llegué al trabajo, encendí la computadora y luego salí a comprar un cuernito para desayunar. El trabajo ese día era escaso y aburrido, así que para pasar el rato entré a Facebook toda la mañana, vi algunas publicaciones y me llamó la atención una noticia que publicó *El País*. Trataba de una chica que habían encontrado destripada en una carnicería que estaba a unos cien metros de su casa, al parecer salió a la tienda y uno de los empleados la raptó, abusó de ella y luego la destripó y colgó como un trozo de carne.

Me sentí asqueada y afligida, todo ese día había sido por alguna u otra manera demasiado incomo-

do y turbio. Pensé lo que uno a veces piensa, que el mundo es un asco, que la gente está loca y enferma y que nada era justo. Olvidé a la mujer que vi en la mañana por la rabia que sentí por aquella chica, por mis pechos mutilados con la mirada de un viejo y por lo incómoda que me sentía con la ropa que llevaba puesta. Luego salí del trabajo y fui a la escuela. En el camino observé a otra pareja, en este caso eran unos conocidos, amigos de otros amigos; ellos eran de esas parejas perfectas y tiernas que uno siempre idealiza, aunque ese día, en un abrir y cerrar de ojos, en lo que llegaba el camión, tuvieron una discusión y él la llamó puta mal agradecida y luego le dio un puñetazo sutil. Fue como una ráfaga; ella intentó abrazarlo para contenerlo; él abrió los brazos y en el movimiento golpeó su nariz a propósito. La tomó de las mejillas y jaló su mochila hacia el autobús; ella lo siguió y desaparecieron de lo público. No imagino lo que pudo seguir en su casa.

Ese día la escuela fue un asco, como siempre desde que llegó el nuevo compañero, un tipo que inició la carrera hace veinte años pero que hasta ahora se dignó a concluirla por una cuestión económica. Desde que el tipo entró, lo único que recibimos las compañeras y las maestras fue una serie de insinuaciones: comentarios machistas y agresivos sobre nuestros cuerpos, insinuaciones sexuales como si le debiéramos algo; siempre era lo mismo, igual que el camino de regreso a casa, donde tenía que sacar un tenedor de mi mochila y quitarme los audífonos para estar alerta por si acaso algo raro llegara a pasar o solo para estar atenta a los movimientos bruscos de los demás pasajeros. En fin, ese día fue casi igual a los demás, excepto por la pareja que encontré en la mañana, aquella que me había dejado algo del misterio que ellos irradiaban.

Pasó un día y luego otro; la misma rutina que ya les conté, hasta que el viernes antes de salir de clases un post llegó a mi cuenta. Era un aviso que tenía el rostro de una mujer. Ella era de tez blanca, cabello borgoña brillante y crespo. En la foto llevaba un maquillaje muy polvoso, con chapitas palo de rosa y una blusa color café; decían que el último día que

la vieron fue el martes por la mañana que salió muy temprano al seguro y de ahí a su trabajo, pero nunca llegó a ningún lado. Ese día, Olivia vestía un suéter color mostaza, pantalones de vestir y una blusa de cuello alto café; como señas particulares se indicaban un lunar en el cuello, el maquillaje que es muy característico de ella y una cascada de flores que siempre colgaba de su bolso. Olivia era madre de cuatro: dos adolescentes de dieciocho y quince años; y dos niños: uno de diez y una nena de cuatro años; divorciada, trabajadora de oficina, tejedora de profesión y miembro de un club que apoyaba a madres solteras.

Oli, como todos la solían llamar, era muy religiosa, le tenía miedo al mar y a las alturas; su comida favorita era la birria de chivo y el menudo. Como dato innecesario que la familia aportó, Oli estaba saliendo con un hombre más joven que ella y temían que se hubiera fugado con él dejando solos a sus hijos, hecho que las amigas cercanas a ella calificaban de imposible, puesto que todo lo que ella hacía era en pro de sus hijos. Dados los rumores que surgieron en torno a Olivia, las autoridades no hicieron mucho al respecto, la difusión de la imagen se dio dos días después de su desaparición y el reporte hasta el lunes de la siguiente semana. El caso no fue muy difundido por muchas razones; entre ellas, que el novio es hijo de un abogado reconocido en la ciudad, que la familia estaba enojada con ella y que la única noticia sobre su desaparición se tiñó por una serie de chismes en torno a su persona; el encabezado era como: «UNA MADRE ZACATECANAS SE DA A LA FUGA CON UNO DE SUS AMANTES, DEJANDO A CUATRO NIÑOS DESPROTEGIDOS».

El rostro de Olivia me parecía conocido sobremedida, pero no sabía de dónde; podía ser que nos hubiéramos topado en el autobús, en el mercado o en la calle, a pesar de que siempre voy cuidándome de no ser atropellada, asaltada, tocada o hasta secuestrada. Como aún estaba en clase ese día, mi mejor amiga notó que la noticia de la desaparición de Oli me dejó atónita y lo reportó a un grupo formado por cerca de quince chicas que se dedicaban a dar apoyo a las víc-

timas de abuso y visibilizar a las mismas, ya que las autoridades siempre hacían de todo para justificar las agresiones o, en casos extremos, las muertes.

El rostro de esa mujer inundó mis sueños todo el fin de semana. Mi cuerpo se sintió cansado y un dolor punzante proveniente de mi estomago me acompañó, al punto de inmovilizarme el lunes y tener que ir al médico. Al final, este concluyó que era psicósomático, que debían ser los nervios o el estrés y me recetó unas pastillas naturistas e ir a terapia. Ese mismo día visité a mi psicóloga y le conté, en pocas palabras, lo que había pasado en la semana, lo insegura que me sentía y lo agotada que estaba, que mi cuerpo trataba de decirme algo, pero que no lograba descifrar qué era, luego mencioné el rostro de Olivia y lo poco que recordaba de los sueños. En ellos se encontraba atrapada en una especie de cajón, luego en otros solo estaba su rostro y una escena de sangre como aquella que aparece en *El resplandor*; el último sueño solo era sobre mí sosteniendo un cartel con letras sin aparente sentido, pero sabía que algo tenía que ver con los demás sueños.

La recomendación de mi terapeuta fue alejarme por algunos días de las redes sociales, los periódicos y las noticias «negativas». Dados mis antecedentes de paranoia y obsesión, creí que sería lo mejor, así que eliminé las redes sociales por diez días, en lo que todo mejoraba. Pero el cambio no fue mucho, seguía sintiendo que algo quedaba pendiente siempre, que tenía que averiguar por qué aquella mujer no me dejaba tranquila. Cuando volví al mundillo de la información, mis redes sociales parecían detenidas en el tiempo; el mismo rostro y más noticias y supuestos sobre Olivia y más mujeres encontradas muertas o niñas desaparecidas.

Dos semanas después de que dejó su casa, volví al trabajo, tomé el mismo autobús, esta vez llevaba una minifalda y medias; me sentía linda y segura, al parecer, todo estaba bien. No hubo acoso ni miradas juzgonas; era yo libre y hermosa caminando por el centro, yendo temprano a trabajar. Obviamente, tenía que disfrutarlo al máximo, así que subí a mi cafe-

tería favorita y compré café, un cuernito y un delicioso panqué de plátano. En lo que la barista preparaba mi manjar, me senté al lado de la ventana y miré por ella mientras hacía un movimiento coqueto y simpático a los peatones, cuando por cuestión de destino reconcí un rostro en la calle. Era un hombre entre sus cincuenta, con un subtono de piel rojizo y botas industriales amarillas. En ese momento, todo tomó sentido: era el hombre que vi aquel martes con la mujer y ella era Olivia, la señora desaparecida que todo mundo creía se había fugado con un amante o se había vuelto loca.

Todo en mi cabeza comenzó a tomar forma; cada pieza se imantaba a otra mientras daban secuencia a un rompecabezas nada grato. Mientras recordaba a aquella pareja, el tiempo se detuvo y un helado viento picaba mis mejillas, como si cientos de agujas impregnaran mi cuerpo de susurros con mensajes ocultos, esos que no acababa de entender. La barista del otro lado del mostrador agitaba su brazo y me llamaba por mi nombre con una serie de cambios en su voz, luego tocó mi brazo y una pequeña llama se incendió. Era posible que yo fuera de las pocas personas que vieron a Olivia el día de su desaparición y tal vez yo era la única que la había visto con su posible agresor y, más importante aún, me había aprendido su rostro a la perfección, sabía que tenía las orejas grandes y gruesas igual que la nariz, tenía labios delgados, ojos grandes y saltones, arrugas a los lados y un gran lunar en la barbilla, del lado izquierdo; en la oreja derecha tenía una herida, imagino que causada por algún arete o algo así porque el lóbulo se veía partido por la mitad, por eso aquel parche tan mal puesto y seguramente purulento.

Como una mala broma, antes de que yo saliera de la cafetería, el hombre de cara roja entró con una caja de herramientas a reparar la fuga del baño del establecimiento, hasta ahora sigo creyendo que no logró verme cuando entró ni cuando estaba fuera del local, de otra manera hubiera notado la especial atención que presté a su rostro. Salí despavorida y estuve ausente toda la mañana en mi empleo. Cuando llegué a la

universidad, le conté a mi amiga Anita lo que acababa de presenciar, luego ella me llevó con la abogada del colectivo y comencé a contar esta misma historia. Y seguíamos sin noticias sobre Oli. Martina, otra asesora del colectivo y reportera de oficio, se dio a la tarea de averiguar quién era aquel hombre de cara roja, y no tardó mucho en dar con su paradero. Al parecer, era Rogelio, el esposo de la mejor amiga de Olivia y compadre de la misma.

Rogelio Marqués vive a dos calles de donde Oli, plomero y taxista de oficio, apostador compulsivo y, últimamente, tenía problemas con el alcohol y alguno que otro vicio inocente —esto fue dicho por su propia esposa, quien afirmó que fue de las primeras personas en poner el reporte de desaparición—. Padre de seis hijas, cuatro en el primer matrimonio y dos en el último. Según la esposa, no es una persona violenta, a menos que esté cansado y bajo los efectos del alcohol: en siete ocasiones, el hombre ha sido llevado por los policías municipales luego de varias pugnas y peleas domésticas. Se dice que Rogelio llevó aquella mañana a Olivia al seguro para que no tuviera que usar autobús; se dice que la dejó en la puerta de urgencias y luego se dirigió hacia Guadalupe a reparar un tinaco. Se dice que la reparación jamás fue hecha y que el señor Marqués no llegó a ninguno de sus empleos ese día, que se le vio cerca de su casa en la noche bajo los efectos de alguna sustancia nociva —en palabras de la señora Lupita «N»—.

La investigación presente fue realizada por las chicas del colectivo, quienes se dedicaron a investigar discretamente sobre las personas que rodearon a Olivia el día de su desaparición, pero nada se podía hacer porque no había pistas ni un cuerpo para poner una denuncia formal. Poco o mucho lamentamos las últimas palabras, ya que al día siguiente se reportó que en una casa de las afueras de Guadalupe un hedor fétido estaba incomodando a los vecinos. La policía llegó y encontró el cadáver en descomposición de una mujer en los cuarentas; tenía cerca de diez días de haber fallecido. El cuerpo se encontró de la siguiente manera: femenina de cuarenta años, aproximada-

mente, encontrada en estado de descomposición, con manos mutiladas, señales de asfixia, golpes en el rostro y el cuerpo, con notorias señales de abuso sexual *post mortem*. Una parte de su pierna derecha fue posiblemente comida por perros callejeros. La víctima fue identificada por familiares; era la mujer que se dio a la fuga con el amante, su nombre es Olivia Esther «N» de cuarenta y dos años, madre de cuatro.

La noticia nos dejó heladas, como si la obviedad del caso y lo poco o mucho que sabíamos respecto al agresor se hubiera dado a cuenta gotas, porque pese a los condones usados que se encontraron en el lugar, las botellas de cerveza y el último testigo que la vio con vida, el titular de los periódicos que anunciaron el hallazgo del cuerpo de Oli decía lo siguiente: «ESTA MAÑANA SE ENCONTRÓ EL CUERPO DE OLIVIA N, MUJER REPORTADA COMO DESAPARECIDA DOS SEMANAS ATRÁS» y la foto que acompañaba la nota era la de las botellas de cerveza que se encontraron en la casa donde localizaron su cuerpo.

La fiscalía del estado declaró que nada se podía hacer en este caso, ya que la víctima se había ido con el agresor por cuenta propia, que se divirtieron y que luego algo salió mal, que pudo haber sido obra del narcotráfico, de algunos drogadictos del barrio, pero que tristemente jamás se sabría con exactitud su para-

dero. Al final, lamentaron la pérdida de Oli y mandaron sus condolencias a la familia. El gobernador regaló a los hijos una computadora y se dio por cerrado el caso. Cuando las colectivas feministas se enteraron de los hechos, la abogada se encargó de exigir justicia y se llevaron a cabo una serie de manifestaciones, pero Olivia ya estaba enterrada, su agresor libre y su nombre manchado por todo lo que se dijo sobre su desaparición, nada que le fuera a regresar la dignidad ni que narrara los últimos días y horas de Olivia.

Olivia Esther «N» fue asesinada el 13 de septiembre; fue violada, mutilada y su cuerpo fue parcialmente devorado por animales. A Oli la secuestraron y drogaron durante días, por ser libre, por disfrutar las cosas que le gustaban y por decir «no» a su agresor.

Sé que los nombres de las mujeres solo son letras y palabras que forman expedientes, que sus restos se van y navegan quién sabe por dónde como poemas escritos en hojas de árbol, como olas rompiendo en los peñascos; que sus rostros y su sangre tiñen los panteones y los lamentos de sus nombres forman baladas hermosas en el cielo, y los gritos de las vivas se oyen como estruendos hasta el centro de la tierra, donde no retumba el sonoro rugir de ningún cañón, solo el hartazgo y la furia que nos dejan las que se van.

Arbitraje

Relaciones extravagantes

notas para el estudio de la bibliofilia y las librerías: el caso Genaro García Valdés

Edgar A. G. Encina

Resumen

Genaro García Valdés nació en Fresnillo, Zacatecas, en agosto de 1867 y murió en 1920 en la Ciudad de México. Fue hijo de Trinidad García (1823-1886), ex gobernador del estado de Zacatecas. Estudió en la Escuela de Jurisprudencia y fue diputado entre 1882 y 1889. Su biografía profesional está vinculada a la academia y la política. La página electrónica de la biblioteca «Genaro García» de la Universidad de Texas ofrece un panorama sucinto pero preciso de la carrera individual del personaje.

El presente documento es elaborado a partir de notas y conjeturas biográficas, bibliográficas y hemerográficas del personaje desde tres ópticas: bibliomanía y bibliofilia, mercar libros y la librería-biblioteca. El interés es dibujar un panorama estructurado de algunos perfiles que el personaje desarrolló como amante de los libros y coleccionista de joyas bibliográficas y partícipe de un capítulo internacional al trasladar su obra (biblioteca) a una universidad norteamericana para su resguardo y administración. Aquí no interesan los pormenores del traslado de la biblioteca sino la forma de construcción, cómo García Valdés hizo para armar el importante volumen gráfico-impreso y lo que pudo, imaginemos, inquietarle a su partida. Es uno de los bibliófilos más importantes del siglo XIX mexicano.

Palabras clave

Bibliomanía, Bibliofilia, Coleccionismo, Librería, Biblioteca

Abstract

Genaro García Valdés was born in Fresnillo, Zacatecas, in August 1867 and died in 1920 in Mexico City. He was the son of Trinidad García (1823-1886), former governor of the state of Zacatecas. He studied at the School of Jurisprudence and was a legislator between 1882 and 1889. His professional biography is linked to academia and politics. The library's website of the Genaro García Collection at the University of Texas offers a succinct, but accurate overview of the character's individual career.

This document has been prepared from notes and bibliographical, bibliographic and hemerographic conjectures of the character from three perspectives: bibliomania and bibliophilia, to buy books and the library. The interest is to draw a structured panorama of some profiles that our character developed as booklover and collector of bibliographic jewel and participant in an international chapter by transferring his work (library) to a North American university for its protection and administration. Here it's not the details of the transfer of the library that are interested, but the way of construction, how García Valdés made to put together the important graphic-printed volume and what he could, let us imagine, disturb him his departure. He is one of the most important bibliophiles of the Mexican 19th century.

Keywords

Bibliomania, Bibliophilia, Collecting, Bookstore, Librar

[...] del donoso y grande escrutinio
que el cura y el barbero hicieron
en la librería del ingenioso hidalgo.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*¹

Uno. bibliomanía y bibliofilia

Amén de no citar datos biográficos más o menos conocidos de Genaro García Valdés,² es pertinente anotar que su línea de vida comparte atributos con

¹ Miguel de Cervantes y Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, Verbum, Madrid, 2015, p. 45.

² Genaro García Valdés nació en Fresnillo de 1867, Zacatecas, y murió en la Ciudad de México en 1920. Fue hijo de Trinidad García (1823-1886), ex gobernador del estado de Zacatecas. Su biografía profesional está vinculada a la academia y la política. La página de la Colección Genaro García de la Universidad de Texas ofrece un panorama sucinto, pero preciso de la carrera individual del personaje.

gran número de intelectuales e historiadores de su tiempo, como «el origen provinciano; el traslado temprano a la capital; la carrera de abogacía; la incursión en el campo de la política; [y] su integración a la administración pública»,³ donde legó su mirada valorativa a la cultural nacional.⁴ Se añade que:

fue autor de una amplia obra bibliográfica con una particular visión de la historia de México. Destaca también el tema de la mujer en sus textos; la personalidad de coleccionista y bibliófilo [...] [que] lo llevó a realizar la que se considera su obra máxima: su biblioteca. Tuvo también un papel protagónico en la formación de una nueva generación de intelectuales bibliógrafos y bibliófilos tan destacados como Juan B[autista] Iguíniz o Genaro Estrada [Félix].⁵

La trayectoria le correspondió con el reconocimiento público de su maestría al ser visto, detalla Luis González Obregón, como «uno de los últimos representantes de aquellos insignes y preclaros bibliófilos y eruditos, que como García Icazbalceta, Del Paso y Troncoso, Hernández y Dávalos, Ágreda y Sánchez, han desaparecido sin dejar hasta ahora, sino uno u otro sucesor distinguido por su ciencia en la historia y su amor por los libros». ⁶ Esa pasión le certificó

³ Carmen Ramos Escandón, «Genaro García, historiador feminista de fin de siglo», en *Signos históricos*, México, núm. 5, enero-junio de 2001, p. 98.

⁴ Respecto a los aportes a la mirada cultural nacional, rescato su legado en el Museo Nacional, en 1907, donde facilitó los trámites para la expedición de Manuel Gamio que en 1908 descubrió las ruinas de Alta Vista en Chalchihuites; mismo año en que planteó a Justo Sierra la convención a Monumentos Históricos y Artísticos de los templos coloniales, que lo llevó a la expedición de la Ley de Conservación de Monumentos Históricos y Artísticos y Bellezas Naturales, en 1914.

⁵ Daniel de Lira I, «Últimas noticias sobre una historia antigua: la biblioteca de Genaro Estrada», en *Boletín*, vol. X, núm. 1 y 2, primer y segundo semestre de 2004, p. 194.

⁶ Luis González Obregón, «Genaro García, su vida y su obra», en *México Moderno*, año 1, núm. 6, enero de 1921, p. 356.

como notorio devoto y minucioso pesquisador, con recalcadas habilidades para cazar manuscritos, libros raros y archivos, que solía «acudir a las testamentarias para enterarse de los remates de bibliotecas de personas fallecidas, lo que contribuyó al crecimiento de sus colecciones».⁷

En esa breve escena general, es preciso detenerse en tres retratos que permiten configurar la silueta bibliófila de García Valdés, interés general de este apartado. El primer retrato es nota autobiográfica cargada de sentimentalismo en la que sostiene que fue a los catorce años cuando inició su «coleccionismo» de libros.⁸ La manera semántica «coleccionismo», objeto dinámico-colectivo,⁹ está formada por las raíces latinas *collect, us*, que derivan en, por ejemplo, cosecha, juntar, congregar o inferir;¹⁰ expresa la elección, selección y formación de un conjunto ordenado de cosas, en este caso las impresas, y manifiesta apego a las hechuras físicas por su tangibilidad en menos-

Entre esos pocos bibliófilos «herederos» se debe anotar el nombre de Guillermo Tovar de Teresa, nacido el 23 de agosto de 1956 en la Ciudad de México y muerto el 10 de noviembre de 2013 en el mismo lugar. De su extensa producción personal y colaborativa destacan dos trabajos: *Bibliografía novohispana de arte. Impresos mexicanos relativos al arte de los siglos XVI, XVII y XVIII*, en dos tomos (FCE, 1988) y *Catálogo de colección de exlibris de Guillermo Tovar y de Teresa* (Universidad Iberoamericana, 2002).

⁷ Cfr., Daniel de Lira, *op. cit.*, pp. 197-198.

⁸ Para el diccionario de la RAE el «coleccionismo» o «práctica de coleccionar» se vincula a la técnica de ordenar adecuadamente una colección. Para el diccionario técnico-especializado de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad de Granada el término está relacionado con palabras como ensamblaje, recaudación de depósitos, almacén de información y recopilación de datos, entre otros, siendo más enfáticas las acciones de recogida y agregación en la formación de repertorios.

⁹ Cfr. Max Bense y Elisabeth Walther (dirección), *La semiótica. Guía alfabética*, Barcelona, Anagrama, 1975, pp. 114-115.

Para el pragmático y semiólogo Charles Sanders Peirce, el objeto dinámico colectivo comprende la colección de objetos sin importar el número ni el orden.

¹⁰ Matías Calandrelli, *Diccionario filológico comparado de la lengua castellana*, tomo quinto, Buenos Aires, Imprenta de Biedma, 1882, p. 1313.

cabo de otras de carácter etéreo. Estamos frente a la clásica tensión entre la bibliomanía¹¹ y la bibliofilia,¹² circunstancia que no exentó nuestro personaje que vivió entre la búsqueda, recopilación y acopio bibliográfico, y la exploración y ejercicio del conocimiento.

La colección «Genaro García», resguardada en el Repositorio Nattie Lee Benson Latin American Collection en la Universidad de Texas en Austin,¹³ exhibe las faenas bibliófilas que superaron la ostentación de «lomos huecos en los estantes como si fuesen libros» o la reunión de estériles bibliotecas «por la sola razón del prestigio»,¹⁴ como dice Jaime Moreno Villareal en *De bibliomanía: un expediente*, y resguarda la preocupación formal de agrupar el conocimiento ordenado en un corpus coherente con temática definida.

El segundo retrato toma la situación en que ubica Luis Vicente Cabrera Lobato a *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. Entre distinciones estratificadas de la sociedad Porfiriana como «científicos», «intelectuales» o «plumas de alquiler» y «barriletes», aparece García Valdés clasificado entre los «sabios a sueldo» a lado de Ezequiel Antonio Chávez.¹⁵ Aunque la clasificación peca de subjetiva, pues fue elaborada a partir de las relaciones, necesi-

¹¹ La bibliomanía fue categorizada como enfermedad en el siglo XVII por Gui Patin (Francia, 1601-1672) y generalmente la representaba como impostura. Es también a este personaje que se le atribuye la procedencia de la palabra que aparece mencionada en la segunda edición del *Dictionnaire de Trévoux* en 1723, según la referencia más antigua.

¹² Francisco Mendoza Díaz-Maroto en *(La pasión por los libros. Un acercamiento a la bibliofilia)*, Espasa, 2002 en su conclusión definitoria semántica de la palabra bibliofilia anota que esta «además de admirarlos, olerlos, acariciarlos... los lee» (p. 44), los libros.

¹³ La Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson se encuentra resguardada por la Universidad de Texas desde 1926, para fomentar la investigación sobre América Latina. El detalle de la información se puede obtener desde: <<http://lanic.utexas.edu/project/lucasalaman/docII-espanol.html>>.

¹⁴ Jaime Moreno Villarreal, «Introducción: un fin que no acaba», en *De bibliomanía: un expediente*, México, UV, 2006, p. 36.

¹⁵ Esta clasificación aparece en *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, según Cosío Villegas que copia la lista en *Historia moderna de México*.

dades, creencias e ideología de tintes maderistas de Cabrera Lobato,¹⁶ los elementos dispuestos reflejan la posición política, social y cultural, guardada por el de Fresnillo con el sistema político imperante, al situarle como «pensador» de Estado, en los orígenes de la intelectualidad orgánica.¹⁷

El tercero es la memorable escena descrita por González Obregón donde pinta a García Valdez como:

[...] un enamorado de los libros. Los estimaba por su contenido, por su rareza, por su precio, por la belleza de las ilustraciones, por la hermosura de su impresión y por lo artístico de las encuadernaciones.

Olvidaba todo por los libros. Los buscaba en los mercados de viejo y en las librerías. Viajaba en busca de ellos regresaba feliz con sus conquistas... Ese gusto, este placer que no pueden comprender sino lo que lo han sentido, le costó a Genaro una fortuna; y su pasión extremada por los viejos libros, no le abandonó ni en los últimos días, pues todavía una o dos semanas antes de su muerte, le ofreció al heredero de un bibliófilo amigo [...] la suma de 700 pesos por una *Doctrina* de Zumárraga y una *Crónica* de Cogolludo [...]

Su afán de coleccionista no se limitó a las

¹⁶ Cfr. Joe Mendoza Ruiz, «La construcción de la ética y el cambio social como tarea pendiente, en la reconstrucción del México posrevolucionario», en *Revista IAPEM*, núm. 93, Toluca, enero-abril de 2016, pp. 65-81.

¹⁷ Cfr. Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.

En la década de 1930 Antonio Gramsci publicó *La formación de los intelectuales*, elaborando una tipología de los usos del pensamiento y saberes. En ella anota a los «intelectuales orgánicos» como categoría de individuos, junto al de «tradicionales», para establecer un grupo identitario conectado a partidos políticos, corporaciones y formaciones sociales dominantes. Su función principal, destaca, es la de asimilar y producir con rapidez y eficacia la ideología del grupo en el poder, ejerciendo influencia política sobre otras agrupaciones como los técnicos o rurales, con el fin de subordinar.

clásicas ediciones de los grandes impresores; coleccionaba diversas ediciones, a fin de agotar un asunto o de formar una bibliografía completa, o por lo menos copiosísima.¹⁸

Distinguimos la representación que satisface la visión pública-romántica que se ha construido de García Valdés, pero no es exponencial ni alcanza a distinguir la amplitud total del personaje, dejando, como fue en general, «lo conocido hasta ahora sobre este aspecto de la conformación y venta de su biblioteca... [como] parte ya de una leyenda un tanto mítica y fabulosa, exagerada y lamentable»,¹⁹ aduce Daniel de Lira en las «Últimas noticias sobre una historia antigua: la biblioteca de Genaro Estrada». Esta biblioteca-colección referida — de la que se acota esporádica y transitoriamente — destaca por el repertorio de impresos y manuscritos mexicanos que exhiben singulares periodos históricos. Su contenido expone el conocimiento humanista de la sociedad mexicana y, a la vez, se muestra como herencia nacida del ejercicio y pensamiento bibliófilo hispanista. Es uno de los mejores y mayores archivos de cultura impresa mexicana,²⁰ prodigiosa labor reflejada en la biblioteca como obra monumental al resguardo de originales invaluable.²¹

¹⁸ Luis González Obregón, *op. cit.*, pp. 362-363.

¹⁹ Daniel de Lira, *op. cit.*, pp. 197-198.

²⁰ Cfr. Genaro Estrada, 200 *notas de bibliografía mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935. Rescato la nota 15 en la página 123 una acotación que esclarece el valor de la colección:

La biblioteca de don Genaro García, que constituye la mejor colección mexicana del mundo, fue vendida a la Universidad de Texas en 1921. La Universidad pagó cien mil dólares por esta colección. Si actualmente [en 1935] la misma biblioteca se anunciara a su venta en las librerías anticuarías de Londres, de Leipzig o de París, se pediría por ella una suma no menor de ochocientos mil pesos.

²¹ Cfr. Genaro García y Carlos Pereyra, *Correspondencia secreta de los Intervencionistas Mexicanos 1860-1862. Vol I de la Colección Documentos inéditos para o muy raros para la historia de México, publicados en 1905 por Genaro García Luna y Carlos Pereyra*, México, Librería de la Vda., de Ch. Bouret, 1905.

Dos. mercar libros

El proceso de configuración de la biblioteca personal de Genaro García Valdés retrata situaciones específicas que aluden a momentos históricos por los que se nutre y transita. Como se ha visto en anteriores líneas, se sugiere la gran afición del personaje por la constante expedición bibliográfica; ir de librería en librería a mercados, por zaguanes, puestos semifijos, en las tiendas de los seminarios y conventos; detenerse en exposiciones callejeras, en cordeles, banquetas o de mano en mano, en constante búsqueda de impresos originales viejos o antiguos que tratasen particularidades mexicanas.

Junto a este distintivo evento hubo discusiones y singularidades en el tema de la oferta, venta y consumo de libros en México. Se trató de un conflicto que corrió todo el siglo XIX y terminó por resolverse hasta entrada la década de 1920. Este enfrentaba una profunda escisión, pues planteaba distinguir a quién sí podría llamarse librero y a quién negarle el título. Por ejemplo, en anónima opinión en el diario conservador *La Orquesta* se preguntaba:

Si se podía llamar librero a quien era dueño de una librería o era mejor denominarlos especuladores que traficaban con productos ajenos. A su juicio, la palabra debía asignarse, en contra de la opinión mayoritaria, a los ciudadanos que ponían un pequeño puesto ambulante con libros usados, que llevaban cultura sin dar sablazos a los clientes.²²

Parfraseo de la página 4 una condición subrayable que afirma que entre lo que es posible destacar está la *Colección de Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* publicada entre 1905 y 1911 y la colección de más de 40 volúmenes, donde cada uno de sus títulos se refiere a un aspecto y obra específica y constituyó una obra monumental en su momento, pues daba a conocer acervos documentales hasta ese momento desconocidos. El primer volumen, por ejemplo, consiste en la correspondencia de los intervencionistas mexicanos de los que García afirmó que las cartas incluidas le fueron regaladas por un anónimo.

²² Anónimo, *La Orquesta*, México, 21 de febrero de 1866.

A la evidente provocación retórica cargada de prejuicios vestidos de preocupaciones y debatibles discernimientos, justificada en determinar quién da «sablazos a los clientes», se agregó un par de tópicos a la discusión. Por un lado, la pertinencia de considerar o no a los vendedores semifijos y ambulantes, la mayoría de lance y viejo, con reducidos valores en existencia. Por el otro, en qué lugar ubicar a quienes ampliaban la oferta comercial a otros bienes e insumos como enseres caseros y de trabajo manual, a peucederos, de vestir y decorativos.²³ Cabe aclarar que no todos los juicios iban en ese sentido. En el *Diario de México* se fija otra posición más gentil:

Al público interesa un almacén de reunión donde la confianza y la buena fe, proporcionen la venta y la compra de toda clase de libros, para que el que no los necesite o quiera deshacerse de ellos, los entregue; y el que los busca los encuentre, dándolos aquel con la equidad que hace el desinterés, y de lo que se llama en el tráfico, sobrante; y hallándolas éste con la comodidad de no pagar los gastos y ganancias del mercader.²⁴

En general, asistimos a un acento excluyente que distinguía desde el foco del provecho económico-empresarial formal que, con el consentimiento del Estado, buscaba influir en la tipología del tema para ganar terreno y asirse con el mercado.²⁵ Fue a:

finales de la década de 1920, [que] las fuentes oficiales optan por la palabra librero para referirse a estos pequeños comer-

²³ Cfr. Edgar A. G. Encina, «La librería, entre el relato literario y los rastros históricos», en *Biblioteca Universitaria*, México, vol. 22, núm. 1, UNAM, 2019, p. 74.

²⁴ Anónimo, «Consignatario de libros», en *Diario de México*, lunes 5 de octubre de 1807, p. 138.

²⁵ Cfr. Olivia Moreno Gamboa, «Hacia una tipología de libreros en la Ciudad de México (1770-1778)», en *Estudios de Historia Nohispana*, México, núm. 49, 2009, UNAM, pp. 121-146.

ciantes. Aunque el término continuaba socialmente en disputa y hubo quienes rechazaron que los sencillos y poco higiénicos puestos de algún mercado pudieran ser atendidos por libreros, tal y como lo eran las librerías de textos nuevos, que comenzaban a abrir sus estantes al público o recurrían a elegantes vitrinas de cristal. Las jerarquías del medio se traslucen especialmente en las apreciaciones y prejuicios de los cronistas y periodistas del periodo.²⁶

Con ese panorama, Genaro García vivió la discusión fijando su postura. Es de suponer, teniendo en cuenta su pasión coleccionadora y su formación como libre pensador, que le habría parecido infructuoso y vil estimar que el oficio de librero estuviera superpuesto a intereses alejados de los ideales propios de la cultura escrita y al ejercicio libre de la transmisión del conocimiento. En el desenlace — como más o menos estimamos en la actualidad — se definió y declaró que librero es todo aquel que vive u oferta material impreso, exclusiva o esporádicamente del almacén, compra y venta de libros, acabando con la obsoleta discusión en un siglo xx que se abría a la modernidad.

En medio de la enmarañada atmósfera, el de Fresnillo alimentó su biblioteca personal con la adquisición de valiosos impresos ofertados en una respetada cantidad de librerías. Para finales de la década de 1860, tiempo del nacimiento de nuestro personaje, Juan N. del Valle y Marcos Arróniz, contabilizaron 21 librerías como las principales en la Ciudad de México. Estos negocios los pudo visitar García Valdez en los viajes infantiles y juveniles que realizó con la

²⁶ Sebastián Rivera Mir, «El expendio de libros de viejo en la Ciudad de México (1886-1930)», en *Información, cultura y sociedad*, Buenos Aires, núm. 36, UBA, junio de 2017, p. 45.

Se ha visto en algunos rastreos que, por ejemplo, en ciertos lugares de la provincia en México se llegaron a ofertar libros, la mayoría devocionarios, en lugares para el aseo personal o donde las mujeres acudían a cortarse el cabello. En ese sentido, la posibilidad de encontrar oferta bibliográfica se abría en todos sentidos y por todas partes.

familia y probablemente algunos de ellos, de resalta-da trayectoria decimonónica, despertaron su interés bibliófilo. Las librerías eran las de:

1. Francisco Abadino, en Santo Domingo.
2. José María Aguilar y Ortiz, en Santo Domingo 5.
3. Antonio Alcántara, en calle de San Andrés.
4. José María Andrade y Cía., en portal de Agustinos 3.
5. Buxó y Cía., en Coliseo 13.
6. Simón Blanquel, Coliseo 13.
7. Mariano Galván, en callejón del Espíritu Santo 5.
8. Eugenio Maillefert, en Tiburcio 2.
9. Agustín Massé, en portal de Agustinos 1.
10. Juan Moncaian, en Santa Tereza la Nueva.
11. Testamentaria Murguía, en portal del Águila de Oro.
12. Guadalupe Pesado de Segura, en Santo Domingo.
13. Antonio de la Torre, en portal de Mercaderes y Agustinos.
14. Testamentaria Cristóbal Torre, en portal de Agustinos 5.
15. Rosa y Bouret, en Mercaderes y Agustinos.
16. Ignacio Cumplido, en la calle de Rebeldes núm. 2.
17. Guillet, en la calle del Arzobispado.
18. Madrileña, de Juan Buxó.
19. Besserer, en los bajos de la Bella Unión.
20. Mexicana, en esquina de portales de Mercaderes y Agustinos.
21. De Ambos Mundos de Masselin.²⁷

²⁷ Cfr. Juan N. Andrade, *El viajero en México. Completa guía de forasteros para 1864. Obra útil a toda clase de personas, formada y arreglada por Juan N. del Valle*, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1864, p. 172. Cfr. Marcos Arróniz, *Manual del viajero en México*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Colección facsimilares, México, 1991.

La numeración solo da fe de las librerías establecidas, de considerables dimensiones físicas y con nutrido repertorio bibliográfico en Ciudad de México. Faltan a esa estampa las librerías medianas, pequeñas y más pequeñas, como les ha llamado Lilia Guiot de la Garza y en las que García Valdés debió curiosear. Entre ellas estuvieron las ubicadas en portales, puestos y oficinas de periódicos; en reducidos espacios, tiendas, imprentas, oficinas, cajones, alacenas y los gabinetes de lectura,²⁸ situados en vestíbulos, plazas y mercadillos,²⁹ como el inaugurado al lado de Catedral en 1886 *exprofeso* de Libros Viejos, donde la cantidad de negocios fue copiosa, y las de provincia. Desde esa escena que parece hervir en libros la Ciudad de México al arribo del fresnillense, entre las décadas de 1870 y 1880, la efervescencia se mantuvo.

Vale la pena abrir algunos paréntesis para sumar a la trama dos elementos que detallan lo que fue la compleja, selecta y vigorosa circulación bibliográfica en el último tercio del siglo XIX mexicano. El primero, para detallar que:

Los cajones eran pequeños puestos que estaban sobre ruedas para transportarse con facilidad, y en los que se expedían variadas mercancías; las alacenas eran tiendas de mayor tamaño, estaban conformadas por anaqueles y armarios fijos, tenían mostrador para atender al público y puertas y, lógicamente, su mercancía era más abundante, además, tenían en sus lados y al frente mesitas y otros recipientes con vendimias y juguetes.³⁰

²⁸ Cfr. Lilia Guiot de la Garza, «El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la Ciudad de México, 1821-1855», en *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre (coord.), México, Instituto Mora, 2003, pp. 437-510.

²⁹ Cfr. José María Pérez Mendoza, «Algunas notas de bibliografía mexicana», en *Relaciones*, México, vol. VII, no. 27, Colmich, verano de 1986, p. 159.

³⁰ Lilia Guiot de la Garza, *op.*, cit. pp. 439-440. A su vez, citado

El segundo elemento, para exponer las singulares maneras de los gabinetes de lectura, que fueron punto solaz para socializar y leer, administrados por privados de los que se sabe poco. Su esfera vinculaba la actividad de la moderna biblioteca privada con amplio catálogo para la lectura en el sitio, el alquiler de obras para llevar y las sociabilidades de un club con renta mensual. Penosamente, su vigencia fue a menos hasta extinguirse con la centuria decimonónica. Por ejemplo, para cerrar el paréntesis, en una redacción de *El siglo XIX*, al hablar del gabinete en la calle de San José el Real, se anunciaba que:

La lectura se paga a razón de dos pesos mensuales, y para que todos participen de las grandes ventajas que ofrece el gabinete de lectura, las obras sueltas se alquilan por un real tomo. La lectura en el mismo gabinete, en el cual se encuentran todos los periódicos de México y de la república con sus colecciones completas, se paga a razón de un real, sea cual fuere el tiempo que el lector permanezca en el establecimiento.³¹

En esta nutrida y variopinta escena, García Valdés acometía sus cacerías librescas. Hay que recordar que la segunda mitad del siglo XIX fue época importante para la comercialización de impresos y manuscritos novohispanos; con las Leyes de Reforma, algunos bienes eclesiásticos quedaron sin reserva y disponibles, provocando un pico de ofertas no siempre benéfico. Algunas de esas consecuencias Hugo Diego Blanco las describe como pesadillas.³² Será hasta, por lo menos, la década de 1880 que continúan existiendo relatos bibliómanos que aluden a las posibilidades de encontrar «verdaderas joyas», alcanzando el

del Archivo Histórico del Distrito Federal, fondo del Ex Ayuntamiento de la ciudad de México, «Portales», vol. 3692, exp. 28.

³¹ *El siglo XIX*, 11 de noviembre de 1845, p. 4.

³² Cfr. Hugo Diego Blanco, «La biblioteca sitiada», en *Vuelta*, número 198, mayo de 1993, pp. 67-71.

declive a principios de 1900.³³

Un par de relatos de Salvador Novo en *Nueva grandeza mexicana*³⁴ permiten suponer un cuadro entrando el siglo XX, en el que el maduro García Valdés bien podría incluirse:

[...] ahí, atalaya firme, avanzada de la preparatoria, sigue como en más tiempos y como antes la antigua Librería de Porrúa Hermanos, cuya callada contribución a la cultura mexicana ha justipreciado tan bien en sus *Monografías* de «1915» Manuel Gómez Morín. Entremos en ella. Saludaremos a Pan-chito y a José Antonio, los jóvenes patronos herederos de los viejos Porrúas que ya descansan. Respiremos el aire venerable de sus altos estantes, que han acariciado las manos golosas de los coleccionistas; escuchemos el apagado eco de una discusión entre las sombras de Genaro [García] Estrada y de Joaquín Ramírez Cabañas. Y veamos cómo entran y salen los jóvenes estudiantes que vienen a buscar un libro de texto, o a informarse de si ya llegaron más ejemplares de la tradición del *Ulises* español.

Pasemos, con mi corazón sacudido por

³³ Cfr. Jaime Moreno Villarreal, *De bibliomanía: un expediente*, op., cit.

La oferta de calidad obviamente tuvo fecha de caducidad. Esta será, como mucho, a mediados del siglo XX. Un crudo relato anónimo titulado «Para decirlo pronto», expone el decaimiento del mercado bibliográfico que trajo desgracias como en: «Los libros de don Carlos María de Bustamante [que] son, como dice Guillermo Prieto, un nido de urraca en el que juntamente con un encaje de Flandes se ve en guiñapo de mendigo, con un tapiz de guadamacil lleno de dorados arabescos se revuelve un peto de aguador, y en el que, en suma, yacen mezclados y confundidos el oro y el cobre, las pelus y la basura, la verdad y la mentira, lo sublime y lo ridículo».

³⁴ Salvador Novo (Ciudad de México, 1904-1974) fue cronista de la Ciudad de México en 1965, sucediendo a Artemio del Valle Arispe (Saltillo, 1884-1961). En 1947 publica *Nueva grandeza mexicana* como parte de su actividad como historiador, documento trascendental que retrata parte de la vida cotidiana en la capital del país en el primer tercio del siglo XX.

el jugo violento de la nostalgia, frente a la Antigua Librería de Robredo. Nos falta la figura sensorial de don Pedro, en charla con don Carlos González Peña; nos falta don Artemio, de palique con aquel viajecito dulce y mínimo que sabía tantísimo de todas las cosas, y de *Las calles de México*, y que tenía insuperable biblioteca en la amplia, oscura casa a que don Artemio le acompañaba por las noches, y que hoy lleva su nombre de Luis González Obregón. Porque el Tiempo pasa, y vamos quedando pocos al margen de su inexorable torbellino, y es una dicha que don Pedro, que nos falta de su librería, se encuentre atareado en su Imprenta Aldina, dando a la estampa con el auxilio del rubicundo Perico tantos y tan excelentísimos libros de la historia de México.³⁵

La referencia permite allanar el cierre del presente texto por un par de asuntos. El primero es que estas librerías serán piedra angular del comercio libresco a lo largo del siglo XX. De la época que interesa vale anotar que al menos este par de ejemplos sentaban los cimientos para un catálogo diversificado con libros nuevos, de reciente circulación, de lance, doble uso y para coleccionistas bibliófilos, como el fresnilense, que motivan estas líneas. No son los únicos casos, Rivera Mir señala a María Hernández, José Curiel y Abadino y Hernández como otros ejemplos de libreros más o menos en condiciones estables, en clara diferencia con otra legión que pasaba las de Caín. Por su parte, el trabajo de Juana Zahar Vergara detenta la gran actividad histórica y libresca de la Ciudad de México³⁶ en la que es notoria la disipación, surgimiento o consolidación de negocios que compran, intercambian y venden material bibliográfico. El segundo tema es la profunda intensión en

³⁵ Salvador Novo, *Nueva grandeza mexicana*, México, CONACULTA, 2001, pp. 53-54.

³⁶ Cfr. Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2000, 216 pp.

ambos autores que describen un escenario en el que adquirir libros va más allá del acto bibliófilo o de solaz esparcimiento para un segmento cultural determinado. Lo que buscan retratar es a la compra de libros como acto democrático, como lo ha sido desde la invención de la imprenta. Visto desde este balcón, la colección legada por nuestro personaje entreve múltiples itinerarios de la cultura impresa mexicana que vinculó las clases sociales con las abstracciones utópicas personales y de grupo, remarcando la sustancia representativa de los libros y trazar el mapa librero que vivió.

Tres. El bibliófilo editor y la librería biblioteca

Genaro García Valdés no solo dedicó esfuerzos a alimentar su biblioteca y a allanar colecciones con temas mexicanos de su interés. También escribió cantidad considerable de artículos y libros y editó 113 obras, en las que es notoria la influencia de sus lecturas. Este es un tema pendiente de estudio, pues en la variada información y escritura que existe en tono y del personaje, aún faltan temas por asir. Del mar de títulos en los que participó destacan *El carácter de la conquista española en América*, editado en 1901 por Tipografía Millar Hermanos; *Leona Vicario, heroína insurgente*, impreso en el Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía en 1910; y la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*, elaborado en los Talleres del Museo Nacional en 1911, del que todavía es posible adquirir alguna versión facsimilar.³⁷

³⁷ En la página electrónica de Los libros del dr. Sámano se ofrecen dos ejemplares distintos de *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*. Una agotada reimpresión facsimilar fechada en 1991 por el Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX en 307 páginas. Está en encuadernación rústica con mínimos detalles de uso y fotografías en blanco y negro. Su costo es de \$ 2,000.00. Otra, tercera edición facsimilar de 2010. Encuadernado en pasta dura en negro con encuadernación holandesa, con el lomo y las puntas en textura de madera. El precio es de \$ 1,500.00. Información consultada en: <<https://librosdrsamano.com/>

Del estilo de su escritura, Víctor Manuel Chávez Ríos ha escrito en «Un zacatecano y su pasión por los libros» que:

La obra de Genaro García tiene influencia muy notable de Voltaire, Montesquieu y, Darwin, Engels, Spencer. A siempre vista parecería una gama de posibilidades muy diferentes y, sin embargo, al acercarse a cada uno de los autores, se ve una evolución, que está marcada también con el movimiento y la madurez del pensamiento de Genaro García. Las influencias de estos filósofos van desde la ilustración europea del siglo XVII, al romanticismo inglés del siglo XVIII, el evolucionismo positivista inglés y, por su puesto, el materialismo histórico de esencia innegablemente marxista, todos reunidos en un eclecticismo muy particular, tomando de cada autor lo que considera conveniente en una clara muestra de continuar el eclecticismo criollo de principios del siglo XIX mexicano.³⁸

Escritor de pensamiento ecléctico y abundante que en *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México* concibió su labor más ardua y fundamental. Allí retrató su análisis particular de la concepción de la memoria nacional en el régimen porfirista, elaborada en los Talleres del Museo Nacional de Antropología e Historia, donde era director. La obra, que le fue concedida por mandato oficial, le supone amplia trayectoria y erudición pública, pues no se constriñe a las instituciones o la crónica

products/cronica-oficial-de-las-fiestas-del-primer-centenario-de-la-independencia-de-mexico-genaro-garcia-1, noviembre de 2021.

³⁸ Víctor Manuel Chávez Ríos, «Un zacatecano y su pasión por los libros», *Labor Vincit Omnia. Estudios de literatura zacatecana, siglos XVII-XXI*, Salvador Lira, Irma Guadalupe Villasana Mercado, Carmen Fernández Galán Montemayor y María Isabel Terán Elizondo (coords.), Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 2021, pp. 134-135.

per se, sino que se hace de acopio de información por sapiencia y busca alimentar el proceso de construcción nacional. En ese sentido, el conocimiento y su condición de sabedor, le permite observar el poder político que, sin renunciar al pasado novohispano, precolombino y decimonónico, integra la primera idea general de la historia mexicana en el siglo xx.

Otra obra trascendental, pero políticamente poco leída son los 38 *Documentos inéditos o muy raros de la Historia de México* de Genaro García, comprendidos en 36 volúmenes de la primera época y dos en la segunda, impresos en Biblioteca Porrúa, reeditados en 1975 y 2004. Éstos vieron la luz entre 1905 y 1911. El valioso ejemplar comprende, entre otras cosas, la *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tejas y Nuevo México* por el capitán Alonso de León (siglo xvii); *Papeles inéditos y obras selectas del doctor Mora*. *Cartas íntimas que durante los años de 1836 hasta 1850 le dirigieron los sres. Arango y Escandón, Couto, Gómez Farías, Gutiérrez de Estrada, Lacunza, Ocampo, Peña y Peña, Quintana Roo, Etc.*, y *El clero de México y la Guerra de Independencia*. *Documentos del Arzobispado de México (1810-1811)*.³⁹ En general, se trata de «preciosos manuscritos, fuentes indispensables para la historia patria, [que] se perderán del todo o permanecerían indefinidamente desconocidos [...] tesoros de esa inestimable colección de manuscritos vuelven hoy a abrirse».⁴⁰

Entre ese inestimable cúmulo gráfico llama la atención el documento titulado: «Biblioteca o librería», arropado en el «Apéndice Histórico» que informa «sobre la antigüedad y otros particulares intereses [...] [que] contienen noticias muy curiosas sobre los primeros colegios de la Ciudad de México».⁴¹ Temporalmente habrá que ubicarlo entre 1621 y 1625, después del agrupamiento de los colegios de San Pedro, San Pablo, San Gregorio, San Miguel y San Ildefonso, en el rectorado de Pedro Velazco, cuando la:

[...] librería [de San Ildefonso] recibió un considerable aumento, y esto es lo que el autor de la historia de su vida tuvo por uno de los principales motivos, para recomendar su generosidad.

Más la de su alumno después arzobispo y capitán general de Manila, el Ecsmo. é Yllmo. Sr. Dr. D. Manuel Antonio, Rojo, Rio y Viera, fue tanta, que la librería empezó a merecer el nombre de Biblioteca. Dicho Señor, el 23 de enero de 1759 que celebró en la capilla del colegio de Pontifical, la festividad de S. Yldefonso, hizo la de su copiosa y esquisita librería, haciendo pasar inmediatamente a la del colegio la mayor parte en muchísimos cuerpos.⁴²

A la donación de Manuel Antonio Rojo se sumaron las de Pedro Pablo del Villar Santelises y Juan Francisco de Castañiza, Obispo de Durango, las cuales, junto con otras adquisiciones bibliográficas, terminaron por contar, a finales del siglo xviii cuando fungió como rector Pedro Rangel, con «cincuenta estantes de cinco cajones y más de cuatro mil y trescientos cuerpos».⁴³ Empero, el aumento de capital impreso no contribuyó a fijar la idea, pues se tenía que «ni aun merece esta librería con el rigor debido el nombre de biblioteca»,⁴⁴ porque no existía edificio ni local digno que cumpliera con las conveniencias, pues el inmueble carecía de un área acondicionada.⁴⁵ Tema que quedará medianamente subsanado hasta la segunda mitad del siglo xix, cuando el inmueble se recompone como Escuela Nacional Preparatoria y en el xx se integra al patrimonio de la UNAM.

¿Cómo habría leído este documento Genaro García? Es probable que la primera reacción fuese en tono donoso e hilarante, pero —si se me permite

³⁹ Cfr. Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México*, México, Editorial Porrúa, 60 2004.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 905.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 905-906.

⁴² *Idem*. Se mantiene ortografía original.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 970.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 970.

el desliz literario — también con acento de zozobra. Aquel individuo formado en la autonomía de pensamiento que encontró en los libros la mayor de las libertades; coleccionista de toda la vida y pesquisidor profesional de joyas bibliográficas, pudo albergar un halo de incertidumbre frente al futuro y fin de sus preciados libros. Situados en el enfoque semántico-filológico planteado aquí, habría que decirle al espíritu de García Valdés que sus labores y material gráfico han pasado al resguardo por la palabra. Por un lado, la colección llevó al reconocimiento de librería, al contener material en suma considerable y formar parte de un *corpus* mayor. Por otro lado, es biblioteca porque el espacio material y digital que le custodia y soporta las funciones específicas de acopio, administración, resguardo y consulta. Todo esto es enunciado y realizado en conjunto en The Nettie Lee Benson Latin American Collection, cuando es colección, librería y biblioteca a la vez, con el fin único de resguardar la memoria, incentivar la intelectualidad y difundir el conocimiento. Esta es la otra parte de su versión de la historia nacional, la que no alcanzó a escribir, pero sí leer, almacenar y ordenar.

Fuentes

Hemerografía

Anónimo, «Consignatario de libros» en *Diario de México*, lunes 5 de octubre de 1807, México, pp. 138-139.

El siglo XIX, 11 de noviembre 1845.

La Orquesta, México, 21 de febrero 1866.

«Para decirlo pronto» en *Almanaque literario. Espejo del Siglo XIX para 1960*, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de literatura, México, 1959, 319p.

Bibliografía

Arróniz, Marcos, *Manual del viajero en México*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Colección facsimilares, México, 1991. Bense, Max; Walther, Elisabeth (dirección), *La semiótica. Guía alfabética*, Anagrama, Barcelona, 1975. Blanco, Hugo Diego, «La biblioteca sitiada» en *Vuelta*, número 198, mayo 1993, pp. 67-71. Cabrera, Luis, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1960. Calandrelli, Matías, *Diccionario Filológico Comparado de la Lengua Castellana*, Tomo Quinto, Imprenta de Biedma, Buenos Aires, 1882, Belgrano 135 a 139. Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior*, Tomo II, Editorial Hermes, México, 1972. Chávez Ríos, Víctor Manuel, «Un zacatecano y su pasión por los libros», *Labor Vincit Omnia. Estudios de literatura zacatecana, siglos XVII-XXI*, Salvador Lira, Irma Guadalupe Villasana Mercado, Carmen Fernández Galán Montemayor y María Isabel Terán Elizondo (coord.), Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 2021, pp. 127-142. De Cervantes y Saavedra, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, edición de José Manuel Lucía Megías, Editorial Verbum, Madrid, 2015. de Lira I, Daniel, «Últimas noticias sobre una historia antigua: la biblioteca de Genaro Estrada» en *Boletín*, vol. X, núm. 1 y 2, primer y segundo semestre, 2004. Estrada, Ge-

naro, 200 *notas de bibliografía mexicana*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1935, 123p. Fernández de Córdoba, Joaquín, *Tesoros bibliográficos de México en los Estados Unidos*, México, Editorial Cvltvra, México, 1959, 151p. García Encina, Edgar Adolfo, «La librería, entre el relato literario y los rastros históricos. Rastros, peripecias e inconvenientes para una narración sin conjeturas» en *Biblioteca Universitaria*, México, vol. 22, núm. 1, UNAM, enero-junio 2019, pp. 70-78.

García Valdez, Genaro, *El carácter de la conquista española en América*, Tipografía Millar Hermanos, Ciudad de México, 1901. Leona Vicario, *heroína insurgente*, Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía, Ciudad de México, 1910. *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*, Centro de Estudios de Historia de México, 1991, 307p. *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*, Facsimilar, Talleres del Museo Nacional, 1911, Tercera Edición Facsimilar, 2010, 476p. *Documentos inéditos o muy caros para la Historia de México*, México, Editorial Porrúa, 60 2004.

García, Genaro y Pereyra, Carlos, *Correspondencia secreta de los Intervencionistas Mexicanos 1860-1862*. Vol. I de la Colección *Documentos inéditos para o muy raros para la historia de México, publicados en 1905 por Genaro García Luna y Carlos Pereyra*, Librería de la Vda., de Ch. Bouret, México, 1905. González Obregón, Luis, «Genaro García, su vida y su obra» en *México Moderno*, año 1, núm. 6, enero 1921. Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, México, 1967. Guiot de la Garza, Lilia, «El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la Ciudad de México, 1821-1855» en *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre (coord.), México, Instituto Mora, México, 2003, pp. 437-510. Hallewell, Lawrence, «Growth and prosperity in the Mexican publishing industry» en *Boletín de la Sociedad de Estudios latinoamericanos*, no. 17, abril 1973, pp. 35-39. Inclán A. Jorge T., «Índice de los do-

cumentos existentes en la Colección Genaro García de la Latin American Collection de la Universidad de Texas, sobre el general Jesús González Ortega», *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, vol. 5, núm. 5, 1976, pp. 161-216. Mendoza Díaz-Maroto, Francisco, *La pasión por los libros. Un acercamiento a la Bibliofilia*, Espasa, Madrid, 2002, 397p. Mendoza Ruiz, Joe, «La construcción de la ética y el cambio social como tarea pendiente, en la reconstrucción del México posrevolucionario» en *Revista IAPEM*, núm. 93, México, Estado de México, enero-abril 2016, pp. 65-81. Moreno Gamboa, Olivia, «Hacia una tipología de libreros en la Ciudad de México (1770-1778)» en *Estudios de Historia Novohispana*, México, núm. 49, UNAM, enero-junio 2009, pp. 121-146. Moreno Villarreal, Jaime (selección, introducción y traducciones), *De bibliomanía: un expediente*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2006, 388p. N. Andrade, Juan, *El viajero en México. Completa guía de forasteros para 1864. Obra útil a toda clase de personas, formada y arreglada por Juan N. del Valle*, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1864. Novo, Salvador, *Nueva Grandeza Mexicana*, México, CONACULTA, México, 2001. Pérez Mendoza, José María, «Alunas notas de bibliografía mexicana» en *Relaciones*, México, vol. VII, no. 27, COLMICH, verano 1986. Pompa y Pompa, Antonio, *450 años de la imprenta tipográfica en México*, México, Asociación Nacional de Libreros, México, 1988, 114p. Ramos Escandón, Carmen, «Genaro Garcia, historiador feminista de fin de siglo» en *Signos históricos*, México, núm. 5, enero-junio 2001. Rivera Mir, Sebastián, «El expendio de libros de viejo en la ciudad de México (1886-1930). En busca de un lugar entre pájaros, fierros y armas» en *Información, cultura y sociedad*, núm. 36, junio 2017, Universidad de Buenos Aires, pp. 43-64. Tavizón Mondragón, Violeta, *Manuel Pastrana: Guardián del Patrimonio Cultural. Experiencias en Torno al Patrimonio Cultural Zacatecano*, INAH, México, 2014. Zahar Vergara, Juana, *Historia de las librerías en la Ciudad de México*, UNAM, México, 2000, 216p.

Electrónicas

García, Genaro, 1867-1920 *Genaro García's Personal Papers*, The University of Texas at Austin, Texas Archival Resources Online, The Nettie Lee Benson Latin American Collection. Colección Genaro García. Consulta digital en: <https://legacy.lib.utexas.edu/taro/utlac/00021/lac-00021.html#a0,10/11/2020>.

Lee Benson, Nettie, Colección latinoamericana. Consulta digital en: <http://lanic.utexas.edu/project/lucasalaman/doc11-espanol.html>, 0/08/2021.

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Es-*

pañola, 23ª edición, versión 23.4. 2020. Consulta digital en: <https://dle.rae.es/coleccionismo?m=form,25/11/2020>.

Torres Pérez, Carlos Augusto, «Visionarios en la preservación del patrimonio cultural zacatecano [Parte 2: Genaro García Valdés]» en *La Gualdra* (suplemento cultural), *La Jornada Zacatecas*, 31 de agosto 2020. Consulta digital en: <https://ljz.mx/2020/08/31/visionarios-en-la-preservacion-del-patrimonio-cultural-zacatecano-parte-2-genaro-garcia-valdes/>, 10/11/20.

Universidad de Granada, LEXIS, *Diccionario de Biblioteconomía y Documentación*, 2020. Consulta digital en: <https://lexis.ugr.es/es/coleccion>, 25/11/2020.

Alquimia

Tregua

lean Turpy

Aparta el dedo del gatillo
aléjate de la carretera,
suelta el frasco del veneno,
tira la hoja de afeitar en el retrete.

Como hombre entre los hombres,
como te corresponde a ti, perro,
deja que tus heridas supuren lentamente, libres:
no aceptes vendajes ni tinturas; hospitales jamás.

Ni palabras de consuelo, ni recuerdos.
Solo mira pasar el tiempo delante de tus ojos
y no digas nada, no prometas nada:
no pidas perdón por tus ofensas.

Pero sobre todo, no arruines la noche
con arrebatos líricos y atajos vergonzosos.

No te corresponde a ti, miserable,
privarnos de tu lenta agonía
de tu caminar fatigado, a ciegas, tropezando,
no te corresponde a ti, moribundo aún,

firmar el Acta de Defunción con tu nombre
en lo alto de la página, con mayúsculas.

No te corresponde a ti, canalla nuestro,
no te corresponde a ti, querido mío, orinar sobre tu tumba.

Poemas

Adalberto García López

Abróchese el cinturón de seguridad

Para Mirtha Sánchez Beltrán

Llegué de una cifra a otra
en el mismo lapso
Los mismos días, las mismas luces que se intensificaron
en la rue Montalambert y la de Bac
el mismo pájaro caído
que es otro
hace eco de la luz disipada del verano
ella ahí sola imperturbable
miraba el pequeño lente
sin saber el secreto de la sonrisa discreta
más tarde vino el vino de *Les Deux Magots*
pensando en la frase cibernética o el verso robado
que me llevaría al tenaz amarre
la mano apretando ciertas imágenes
del territorio del sueño y la imaginación
mañana hace más de cuarenta años
ponía el punto final del poema
cerraba la salida del viento
yo comienzo la redacción en el centro caliente
en un punto indiferente en el mapa
mientras afuera amarillea el sol los ríos
la tarde en Roma se funde con el recuerdo
de una tarde en el Tíber bebiendo cerveza

más calmo era el clima
un espacio donde se cifraba una vez más la amistad
el candado de los afectos
el mismo amarillo de la paleta de Turner
que pintó el exilio de Ovidio de un amarillo intenso
un amarillo limón que contaminaba el corazón absurdo
del asco y la furia de Augusto
el primer paso en Roma y su último hijo
el consentido
el que nunca se fue
hijo de oro

abandonaba la ciudad eterna
y mis veinticinco años de infancia se destrozaron
como la lluvia en la ventana
un día después de cuarenta años
pasamos la rue de Montalambert y la de Bac
y cuáles signos se juntan o se retrasan o se obstruyen
entre la niebla que suspendía los molinos de Múnich
y fingían ser un lago matutino
cuando el avión desplegaba las alas al aterrizaje
entonces mirar por una ventana era otro signo
porque tras quince horas de reconciliación con la geografía
miraba por la ventana la arquitectura francesa
y aparecía el cielo interrumpido por la Torre Eiffel
para advertirla que mirara por la ventana
con esa graciosa anfitriona
tocada por el asombro de la mirada
se preguntaba él entonces
por qué estos signos distribuyen su presencia
en los rincones donde alcanzamos mirada
ella la única respuesta para él
para mí
la noche cae y caigo en ella
como ciertas veces descansa la luna
en la marea alta

Rosales y paliza

En un pequeño café me llegan las noticias
que la gente platica.
Estoy fumando atrapado en el calor.
En esta esquina descubro otra esquina:
la del pasado donde solo las palomas
observan la geometría evidente de una ciudad y sus pobladores
que invisible, desinteresadamente
se cruza con su vuelo diario.
Desde la alta cúpula de la catedral
miran las palomas,
sigo fumando mientras bebo café.
¿Cuántos pasos y quiénes caminaron estas calles,
quién imaginó con ojos abiertos
los millones de pasos guardados en el eco de la tierra?
Por aquí pasó el sueño español
de las siete ciudades de oro,
Cíbola y Quivira.
Los camiones suenan el claxon.
Nadie parece disfrutar las calles:
la gente se amarra a las mesas
y continúan fumando
y platican la noticia del día.
Alguien me soñará aquí
amarrado a la mesa del café.

No quedará la sospecha
de que sólo veía pasar las palomas
y el cuaderno seguía en blanco.

Páramo granate (fragmentos)

I
Es frío cementerio,
penumbra en la penumbra:
volcánica violencia en sus calles y ríos.
Tiembla la clara noche,
un revólver se anuncia,
nadie mueve los labios,

queda solo el disparo.
Es veloz asesino,
lentísimo verdugo.
Mar que calla sus muertes,
el rumor de las olas trae consigo tus ojos,
testigos de las muertes.
Es frío cementerio,
es cuna de mi voz,
voz primera que tuve.
Es pira disfrazada,
soledad, multitud.
Rojizo atardecer sobre sus venas pardas.
Calles llenas de grietas
y locos indigentes.
La bala donde el perro
orina sin vergüenza,
se olvida del cadáver
y orina en el cadáver.

VI

Cueva de la desgracia,
frágil rompecabezas
donde el rojo, el negro
son más que sangre y noche.
Pervive la paciencia como mala costumbre.
Heredado en el nombre
ya la piedra es pesada,
ya es difícil cantar.
Sea por el arcángel
o por el nuevo cielo
o por una escondida y extraña relación
nos toca arar los cuerpos.
Injusticia o desgracia
la montaña se inclina:
la sombra de la piedra
nos cubre por entero.

Retorta

Tres cuentos

Orlando Ortiz

Deslumbramiento

Comenzó a buscarla porque sintió que le estaba coqueteando. Pero cuando la tuvo frente a él quedó paralizado. No supo qué hacer.

Se le metió por los ojos y sintió que sus pupilas no bastaban para comprender y aprehender tanto esplendor.

Era muy hermosa. Perfecta.

Cerró los ojos. Sus dedos la recorrieron lentamente. La sintió viva, y sintió que esa vida penetraba por sus yemas, le achicaba la sangre y le llenaba de blandas esferas la laringe.

Una como savia nueva rasgó sus esclerosados vasos e hizo resucitar un vigor sepultado por la rutina y el mecánico oficio sin beneficio. Un vigor que le estalló en los párpados cerrados y se la devolvió plena, en un trasfondo de terciopelo endrino.

Comenzaron a rondarlo asomos perversos pero se dijo que no hacían falta. Golpearla, retorcerla, fingir que la asfixiaba no la harían brillar más, ni incrementarían la intensidad de sus percepciones. Tampoco podrían sustituir aquella tersura lábil que llamaba a recorrerla y disfrutarla una y otra vez, sin tregua.

Sintió que debía paladearla. Su lengua le extrajo líquidos aromas y vaporosos sabores. Jugos insospechados bañaron sus pupilas, se le aferraron al paladar y le inundaron la garganta de agri-dulces ansias, de insospechadas sonoridades que gustó con apremio...

Entonces su boca la chupó, la mordió, la gritó para sacarle todos sus ecos y alcances, y se metió en ella para gustarla con todos los sentidos abiertos y dispuestos.

Después la hizo murmullos, balbuceos sutiles y apenas audibles. Ella se dejaba hacer y sus expresiones de gozo y satisfacción eran sinceras. No podría haber fingido lo que él estaba viendo y sintiendo.

Por primera vez en su vida creyó entender las inquietudes de Flaubert.

Era una frase perfecta. La más bella que jamás hubiera escrito. Habían sido décadas de ejerci-

cio, de oficio, de fatigas, afanes y búsqueda, pero finalmente la había logrado. Era suya. Nadie podría disputársela.

Nadie.

Los secretos y las intimidades de aquella hermosa frase le pertenecían por completo.

Quiso gozarla de nuevo.

Lo hizo y no pudo refrenar el impulso de hacerlo otra vez.

Y otra.

Después —aunque sea lugar común decirlo—, al borde del llanto, comenzó a tacharla.

Todo —cualquier palabra, toda oración— desmerecía a su lado.

Siguió tachando.

Nada se veía bien después de ella. Si la dejaba ahí, le habría sido imposible escribir más nada. Hubiera tenido que cambiar de oficio.

Hizo pedacitos el papel y comenzó a borrarla también de su cabeza.

Ayer pude comprobar...

... que tú me fingías, después que me juraste que no lo querías, cantaba José Feliciano y se oía por buena parte del tianguis semanal, escurriendo ríspida la tonada desde los enormes baffles oscuros hacia oídos que soslayaban las fallas naturales en toda copia pirata, pero a buen precio y en general aceptable, dirían algunos en tanto husmeaban en los montones de ropa usada traída del otro lado, o las mujeres haciendo sus compras diarias de verduras, carnes, o aprovechando para entrarle con fe a las garnachas, o apartando con la marchanta que vende en abonos el conjunto que le gustó para llevar a los quinceañeros de su sobrina, o figando a ver si localiza algo bueno, bonito y barato, para la mesita de centro de la sala, o una batería que siempre ha soñado en la cocina, por completo ajena a los tipos que van de un lado a otro del mercado, con la mirada alerta, los dedos prontos y los pies en guardia por si es necesario echarse a correr con el monedero en las manos que esa vez no fueron sutiles o alguien lo vio, Ramón la ve, los ve, la sigue, los sigue, sintiendo la barriga contrahecha y en la boca el gusto a celos rabiosos, después de que sí le creyó, confió en sus juramentos y le dio todo, todo al mismo precio, marchanta, puede levantar lo que le guste, pura calidad de importación, lo mejor es que no hay tanta gente a esa hora y puede seguirlos entre los puestos que hacen de las suyas en las viejas callejuelas del centro con marcas piratas entre comestibles, ferretería y tlapalería y más piratas la película cuando iban al cine y se daban sus buenas fajadas para luego meterse al hotelito de aquí cerca y coger hasta el amanecer diciéndose cosas bonitas, buenas y baratas, buenísimas, señito, como usted las puede ver y yo le ofrezco calidad y precio mejor que en los grandes almacenes, ábreme las venas, quiero desangrarme hasta que me muera de celos y rabia la muy puta y fruta de la mejor, joven, mamey, papaya, piña de lo mejor, más dulce que el cielo la papaya, el mamey caladito para que no le digan y vaya a lo seguro, güerita, pruebe y mire qué plátano el mío y le ofrezco una probadita, no se quede con el antojo, pruébelo y sienta lo que es calidad importación, al mismo hotel van, la muy puta y el que se la tiraba antes que Ramón y había olvidado ya, le dijo, le dice a sus marchantas que está en oferta toda la fruta, pase y pruebe antes que se acabe, señito,

si yo todo lo que has querido yo todo te lo he dado expulsan los baffles que han quedado atrás, apártame esa mano de plátano, aquí se lo guardo ya es suyo ¿y el mamey?, se lo calo, güerita, se lo calo dice el marchante y quiere cumplirle a la clienta pero no encuentra la hoja que usa para rebanar, calar, cortar, péreme tantito pero el correr de la gente morbosa es más fuerte y la curiosidad se precipita hacia la entrada de ese viejo hotel de paso, donde la hoja para calar, cortar, rebanar la vida de ella que se desangra y Ramón hincado a su lado le pregunta por qué te burlas de mí, amorcito mío, aunque ya no se oiga Feliciano, ahora es un acordeón efervescente, un vallenato...

No sé si decírselo

mejor te lo cuento fuera del aire, ¿sí?, porfis, Porfis, ¿te diste cuenta? Se oyó como verso, aunque no siempre, no a todos puedes en verso pero tu nombre, sí, ya sé, que no me desvíe pero es que no ¿cómo te diré?, como que una tiene que, para darme valor, porque lo que te digo que pasó la semana pasada estuvo grueso y todavía me da coraje, ¿me explico?, de plano me malvibró porque, bueno, ya te dije que pronto me caso con Rafis, Rafael, pues, que hasta me pidieron muy formales sus papases y todo y se fijaron fechas y ya está la iglesia apartada, fuimos a las pláticas y ya se corrieron las amonestaciones y todo eso, está listo lo del civil y el salón para la recepción que va a estar súper, te mando la invitación si en serio vas ir, les daría una envidia a mis amigas que uno como tú llegara por ahí de pronto, y lo de que me prometas que sí vas como condición para mandarte la invitación es porque los lugares están contadísimos y sería una lástima que, tú me entiendes, ¿no?, pero sí, ya sé, que no le dé vueltas, bueno, deja te cuento que Rafis, mi Rafis viaja mucho por cosas del trabajo, y hace como quince días fue a no sé dónde aunque yo le dije que no fuera malo, que quería ir a un baile que iba a estar bien chido y desde cuándo teníamos boletos para ir los dos, pero no, que era del trabajo y el trabajo es primero, dijo, como ese que en la primaria nos dicen que lanzó su espada, y se fue sin importarles las ganas que tenía yo de ir, pero de todas maneras fui porque ni modo que se desperdiciaran los dos boletos, y aunque regalé uno yo usé el otro y estuvo padrísimo, pero también allí comenzó la cosa por la que te llamo pa pedirte consejo, y seguro ya te lo imaginaste, pero deja te cuento cómo estuvo todo, porque las cosas iban bien, ni te imaginas, la música, el ambiente, ambientazo, y un chavo que seguro le llamé la atención desde el principio porque no me dejó ni un ratito y yo pa qué te voy a decir que no, si estaba como para comérselo, un bizcochito de a de veras, no te miento, con un trasero macizo y respingado, muy galán, bailaba como ni te imaginas, y en las calmadas me daba unas restregadas que no me quedaban dudas de que la cosa se estaba poniendo dura y ya te imaginarás a lo que me refiero, una no es de palo, digo, sin ofender ni mala intención, porque de veras era un cuero el bizcochito ese, pa que te lo voy a negar y el chiste es que acabamos en el hotel y ni me acordé del otro, no voy a mentirte, con ese bizcocho a un lado y haciéndome cosas que ni me imaginaba, estuvo padrísimo, pa qué más que la verdad, y deja te cuento que me gustó más porque ya cuando nos estábamos vistiendo se me puso chinito el cuero de pensar que me preguntara el teléfono o vaya a pedirme que nos viéramos otra vez, porque hasta allí, ni el nombre nos había-

mos dado, todo había sido así muy natural, como quien dice espontáneo, las puras ganas, o como eso que dicen algunos que se las dan de muy acá, la pura piel, pero deja te cuento que no, me dio un besote de pocas antes de abrir la puerta y no pasó lo que me temía, porque te imaginarás que en ese momento sí se me ocurrió que no iba a decirle ya me voy a casar, no me llames, qué iba a pensar de mí, ¿no? pero la cosa fue cuando salimos al pasillo del hotel, uno de esos hoteles que tú sabes, no te hagas que no sabes de qué te hablo, bien que los has de conocer, uno de esos que solo son para eso pero estaba bien, limpio, y bien, hasta con botellita de champú además del jabón chiquito, pero deja te cuento que salimos del cuarto y qué crees, no, Porfis, nada de eso, no nos encontramos con mi viejo, no, pero deja te cuento que nos vamos topando con otros que también iban saliendo del cuarto y no te imaginas, me dio un coraje tremendo, poco faltó pa que me le fuera encima y le bajara los cachetes con las uñas y le gritara al desgraciado hasta de lo que se iba a morir, me cae, no, deveritas que no, te digo que no era mi Rafis, tampoco mi papá, nel, yo creo que el pobre ya ni se acuerda de estas cosas, ¡era el novio de mi mejor amiga!, y todavía iba besuqueándose con una fulana bien vulgarzota, que ni comparación con mi amiga, que es fina y muy bonita, esta era de plano raspa, o sea que le estaba poniendo el cuerno vilmente a mi mejor amiga, con la que se va a casar también muy pronto, porque ya hasta la tiene pedida formalmente, y deja te cuento que ella, mi amiga, está enamoradísima y lo que es peor, muy ilusionada la pobre, que ni se imagina la fichita con la que se va a casar, un tipejo que le está poniendo el cuerno con una vieja que seguramente acababa de conocer, el desgraciadísimo infiel, pero eso sí no se lo iba a pasar, y pensé en contárselo a mi amiga apenas saliera de allí, le diría ese desgraciado te está poniendo el cuerno, no seas mensa, mándalo a la chi, digo, mándalo a volar, y ni le creas si te dice que son mentiras mías, porque yo lo vi con mis propios ojos, por diosito santo, y no afuera del hotel sino saliendo del cuarto, o sea, eso le iba a decir, pero deja te cuento que me puse a pensar, porque él iba todavía besuqueando a la vieja esa, ni parecía que venían de hacer sus cochinas en el cuarto, iban como noviecitos, muy acaramelados y todo, tú me entiendes, o sea que no había peligro de que él fuera con el chisme a mi Rafis, porque creo que ni me vio por ir fajándole a la vieja esa, pero también estaba canijo decirle a mi mejor amiga lo de que su prometido y casi esposo le ponía el cuerno, porque deja te cuento que mi mejor amiga también es mi cuñada, o sea es hermana de mi Rafis, y esa es mi duda, Porfis, no sé si decírselo, ¿tú qué me aconsejas?

El último verano con Zafiro

Juan Gerardo Aguilar

La obsesión que tenía Edna por encontrar la verga con el peso ideal no era nueva. Y aunque Tomás lo sabía bien, optó por echarlo al costal de la apatía, junto con las demás cosas que hubiese preferido ignorar para siempre sobre su esposa.

Su relación fue lujuria a primera vista. La deseó desde que la vio montada en el mamut del carrusel, en la feria de Pueblosolo. Esa noche, a medida que ella saboreaba su cono doble, despertaron en Tomás las ganas de tenerla para siempre. Igual que el resto de los mirones, solo tenía ojos para aquella lengua que iba y venía con destreza sobre el helado, esculpiendo formas raras de crema y vainilla.

Jamás había sentido eso. Era parte deseo, parte enamoramiento y parte calentura. «Te amo hasta los huevos», le dijo tres meses después, en su noche de bodas, con voz trémula y con palabras mitad movidas por el placer, mitad por la incredulidad. «Dime que también me amas, por favor», suplicó, mientras se aferraba a la perfecta redondez de las caderas de una Edna que al ser embestida por detrás solo pudo soltar por lo bajito un «Sí, lo que tú digas».

En todo Pueblosolo se escucharon los chismes respecto a ese matrimonio. Para las beatas cotorras y una que otra envidiosa era bastante clara la desfachatez de «esa buscona, que aprovechó la oportunidad para casarse con el carnicero, por pura conveniencia y así tapar todas sus puterías».

Los rumores tenían sin cuidado a Edna y no le molestaban en lo más mínimo. Incluso, con el transcurrir de los meses llegó a encontrar cierto nivel de felicidad en la rutina de la vida conyugal. Ayudaba a Tomás en la carnicería y este, enculado hasta el tuétano con ella, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de mantener contenta a su mujer, pero sobre todo, para tenerla siempre a su lado.

Por supuesto que era agradable ver sus nalgas, grandes y redondas, enfundadas en *leggings*. Por supuesto que era una delicia admirar todo eso cuando se agachaba para sacar la carne del refrigerador. Solo que Tomás no era el único aficionado a aquel espectáculo. Si bien la suya no era la única carnicería del lugar, sí era la más próspera, pero sobre todo, la única donde despachaba una mujer como Edna. El pulular de clientes era constante, incluso había quienes acudían diariamente a comprar retazo, molida o algún corte, lo que fuera con tal de verla.

Ante esto, Tomás sentía un ardor que comenzaba en el cogote, continuaba en su bajo vientre y terminaba en unas ganas casi incontrolables de matarlos a cuchilladas. Había tomado la deci-

sión de amarla hasta los huevos, sí, pero eso también implicaba tolerar a la turba de gañanes que orbitaban a Edna. Ahí supo que el miedo a perderla no se comparaba con sus celos. Aprendió a enjaretarse una mueca de falsa ecuanimidad y a echar sus emociones en el costal de la abulia, junto con las cosas que paulatinamente descubría acerca de su esposa en voz de ella misma. Fue así como se enteró de la obsesión y la búsqueda.

Todo inició durante un verano con tía Zafiro. Fue el año en que aceptó alojar a su sobrina por última vez porque cumplía quince años. Lo hizo de mala gana y por mero compromiso. No podía negarse porque estaba en deuda con su hermana mayor y su cuñado, debido al préstamo que le hicieron para que pudiese montar su salón de belleza cuando decidió irse a vivir a Costabrava.

Ese verano fue especialmente caluroso e insoponible. Edna no conocía a nadie de su edad en aquel lugar, así que no quedaba de otra que pasar la mayor parte del tiempo ayudando a tía Zafiro en el salón. Al principio pensó en llamar a sus padres para que fueran por ella. No estaba dispuesta a barrer los mechones de cabello. Sin embargo, a medida que pasaron los días, Edna desarrolló una afición especial, que consistía en escuchar las historias de las clientas, quienes aprovechaban la intimidad del salón de belleza para contar sus aventuras amorosas.

La adolescente ponía atención e imaginaba a los amantes rubios, negros, morenos, peludos o lampiños que se metían entre las piernas de aquellas señoras. Su imaginación recreaba todas las situaciones posibles, las nalgadas, los gemidos, los gritos, las mordidas, las chupadas, las venidas.

—¿Y esta escuincla? —preguntó una de las clientas más asiduas, cohibida por la mirada atenta de Edna.

—Es mi sobrina, pero todavía no le punza la cola, así que no hay problema —respondió Zafiro en medio de una marejada de risas.

Lo que la tía ignoraba era que con esos quince años, las punzadas de su sobrina eran tan intensas

y húmedas que debía cambiarse las pantaletas dos o tres veces diarias. No era en sí la descripción del acto sexual lo que disparaba sus hormonas y la cachondez de Edna, sino esos pequeños detalles que parecían pasar desapercibidos para aquellas mujeres, pero que resultaba cruciales para la chica a la hora de recrear su propia versión de esas historias.

Edna ya había tenido algunos roces y toqueteos con amigos y compañeros de la escuela; sin embargo, escuchar los relatos de las clientas fue realmente revelador. Nada parecía compararse con el placer de recrear en su cabeza las proezas que esos hombres hacían arriba, abajo, por delante y por detrás. Guardaba eso como si fuesen instantáneas mientras barría con desinterés fingido. Más tarde, en la soledad de su cuarto, echaba mano de las postales guardadas y daba vuelo a su deseo, a sus dedos y a su clítoris.

No obstante, hubo una historia que llamó particularmente su atención, un relato que se enquistó en su mente y sería determinante para detonar su obsesión y la búsqueda.

—Te lo juro, Zafiro —relataba una de las clientas más guapas—. La tenía tan grande y gruesa que hasta me dieron ganas de ir por una báscula para saber cuántos gramos o kilos de carne me estaba metiendo.

Edna sintió una punzada que escurrió por su entrepierna. Jamás se había sentido tan caliente. Soltó la escoba, se dirigió al baño y liberó la ansiedad que también hormigueaba en sus pezones. Ahí, en la intimidad de ese espacio, mientras ahogaba sus gemidos mordiendo una toalla, vino la revelación y entendió que solo sería feliz cuando encontrara una verga con el peso ideal. «Debe existir una», dijo para sí, al tiempo aquella obsesión tomaba forma de impulso vital.

Luego del verano, Edna jamás volvió al salón de tía Zafiro. En cambio, dedicó los años siguientes a una búsqueda que se prolongó lo suficiente para comprobar que la mayoría de los hombres eran más lengua que verga, y que la masculinidad era un mazapán que se desmoronaba en cuanto sacaba de su bolsa la báscula portátil.

—¿Por qué lo haces? —preguntó un chico alguna vez.

—No lo entenderías —respondió ella mientras acariciaba la verga con su mano para después meterla en su boca.

Edna también investigaba al respecto. Así pudo averiguar que un pene promedio, con todo y testículos, pesa cerca de ciento cincuenta gramos en estado de flacidez y alrededor de doscientos, en erección. Aunque también leyó acerca de vergas célebres como la de Frank Sinatra o Rasputín, cuyo tamaño superaba por mucho el estándar, lo que también significaba mayor peso. Quizás por esa razón le pareció que el conserje de la preparatoria podría ser buen prospecto.

Todo iba bien. Las cosas estaban dándose con naturalidad. Edna ya había notado el bulto que emergía del pantalón de aquel hombre que le parecía tan viejo y a quien ella no le era indiferente. Sentía atracción por sus manos fuertes, capaces de llevar de un sitio a otro la pila de llantas para educación física y, al mismo tiempo, tan delicadas como para rescatar un canario y ponerlo a salvo de los gatos que mero-deaban los jardines de la preparatoria.

El encuentro tuvo lugar en el séptico. Edna estaba decidida a comprobar si el bulto que veía era lo que imaginaba. Esperó el momento justo para acercarse y acrecentar el interés del conserje en ella. Lo vio aspirar el olor de su perfume: mezcla de cachondez pura, con notas de jazmín, almizcle y canela.

—Me van a correr —dijo él, moviendo la cabeza de un lado a otro nerviosamente—. No me dejan hablar con las alumnas.

—Ya lo sé, pero tú y yo ni siquiera vamos a platicar —soltó ella.

En efecto, era la verga más grande que había visto y probado hasta entonces. Podía sentir y gozar las acometidas del conserje quien, pantalones abajo, se deshacía en un ir y venir, mientras sujetaba con ambas manos las caderas blancas y generosas de la chica, que se movían en círculos para darle una cogida que recordaría durante toda su vida. Luego, tumbado boca arriba sobre el piso, el conserje vio su felicidad

con el rostro de Edna, en tanto que ella se preguntaba si la tranca sobre la que estaba montada era realmente lo que buscaba.

No hubo tiempo para comprobarlo. Fue una maestra persignada quien descubrió la escena que no borraría de su cabeza ningún novenario. Edna sostenía la verga del conserje, como si estuviese ayudándolo a orinar, al tiempo que trataba colocarlo en la báscula gramera que siempre traía consigo.

Aquel hecho le valió a Edna la expulsión de la preparatoria y al conserje el despido. Incluso papá y mamá estuvieron a punto de hacer caso a la recomendación de la psicóloga respecto a internarla en una clínica para la rehabilitación de las emociones.

Finalmente, decidieron que lo mejor era dejar Ciudadmaltrecha. En el fondo, albergaban la esperanza de que el cambio de ambiente influiría para bien en la extraña afición que mostraba su hija a sus dieciocho años. En cierto modo así fue. Edna hizo una pausa en su búsqueda y terminó la preparatoria. También ayudaba a su madre en el negocio de elaboración de conservas que pusieron luego de su llegada a Pueblosolo.

Años después a la muerte de sus padres, Edna siguió con el negocio familiar pero reinició la búsqueda. Al mismo tiempo se volvió experta en la elaboración de salmueras y conservas. Eso le permitía vivir holgadamente y tener tiempo suficiente para seguir buscando. Su clientela se componía de hombres en su gran mayoría. Los chismosos llegaron a afirmar que incluso el mismísimo cura llegó a ser uno de sus clientes asiduos, igual que el maestro de la secundaria y hasta Jonás, el borrachín de Pueblosolo.

De todos ellos, Jonás era el favorito. Tenía una verga grande y gruesa. Edna lo descubrió una noche, por accidente, mientras caminaba por una callejuela a espaldas de la cantina. Lo observó tirado en el piso, junto al contenedor de basura, con la bragueta abierta y una erección formidable asomándose. Avanzó despacio y, a medida que se acercaba, comprobó que, efectivamente, el borrachín era un buen prospecto.

Trató de moverlo picándole las costillas con la punta del zapato, para ver si estaba vivo. A lo que

Jonás respondió con un pedo sonoro y muy largo, como clara señal de que se encontraba en la fase más profunda del sueño etílico. Sin embargo, su tranca seguía parada, con el pequeño ojo rasgado mirando hacia el cielo nocturno de Pueblosolo.

No fue difícil detener un taxi, la verdadera hazaña fue convencer al taxista para que la ayudara a subir al coche a un borracho con la verga de fuera. Al final, tuvo que darle una propina generosa para que también la ayudara a meterlo a su casa.

Como pudo, Edna lo recostó en el tapete de la sala, le desabrochó el pantalón y lo bajó a la altura de las rodillas. Seguía maravillada: la erección estaba tal y como cuando lo encontró. Fue por la báscula a su recámara y rodó a Jonás hasta colocarlo de lado para facilitar las cosas... Doscientos gramos, ni más ni menos.

Volvió a colocarlo boca a arriba, con la tranca aún tiesa. Pensó en montarlo pero el olor que despedía Jonás hizo que se arrepintiera. Optó por masturbarlo y masturbarse. El borrachín pujaba un poco, aunque no lo suficiente para despertar. Edna siguió la faena. A cada rato liberaba un escupitajo sobre la punta roma y brillante de esa verga, para seguir lubricando sin perder el ritmo. Aceleró sus movimientos hasta que se convirtió en una abundante fuente lechosa, que le salpicó la cara y todavía alcanzó a escurrirle por el dorso de la mano, mientras ella alcanzaba un orgasmo que dejó mojada la alfombra.

A la mañana siguiente, Jonás despertó con una cruda espantosa. Definitivamente no había sido buena idea mezclar whisky con Rivotril. Tardó varios minutos en tomar consciencia de que estaba en la sala de una casa extraña. Cuando Edna apareció, él se volvió un caos tratando de decidir entre incorporarse o subirse los pantalones.

—Veintidós centímetros y doscientos gramos —dijo Edna, mientras bebía agua con ralladura de limón de un vaso.

Abrió la cortina de la sala. Una luz blanca y agresiva explotó en los ojos de Jonás, quien calculó que no era una laguna, sino un golfo mental lo que estaba experimentando. ¿Dónde estaba? ¿Qué había

sucedido? Hizo lo que cualquier borracho hace en esos casos: revisarse el culo para ver si no había ningún objeto extraño y luego el resto del cuerpo para comprobar que todos los órganos siguieran dentro.

—¿A poco tienes miedo o vergüenza? —punzó Edna—. Si anoche estabas ahí todo tiradote, con la verga de fuera en la calle. Tranquilo, solo estamos tú y yo. No sé, pero me inspiras confianza.

Se sentó junto a él. El contraluz generaba una transparencia deliciosa en su bata. Detrás de la fina tela de algodón, Jonás podía ver sus tetas redondas, blancas, bien formadas y bien puestas, coronadas por dos pezones color café claro.

Edna le contó todo lo que había sucedido la noche anterior. También le contó lo de su búsqueda. Jonás no podía terminar de entender lo que escuchaba. Pero al cabo de un rato, ambos ya estaban hablando como si se tratase de un par de antiguos conocidos.

—¿No te da miedo que te haga algo? —cuestionó Jonás.

—Solo desconfío de quienes esconden sus vicios —respondió Edna, luego de negar con la cabeza—. Esos sí son peligrosos, para que veas.

Así tuvo origen el *arreglo* entre ambos, que duró hasta que ella se casó.

Si bien Edna dedicaba bastante tiempo a su obsesión, lo cierto es que a veces también se preguntaba cómo sería llevar una vida más o menos normal. Es decir, en caso de encontrar lo que buscaba, ¿qué vendría después? Pensaba cómo sería estar con un solo hombre que fuera capaz de brindarle lujuria, amor y protección.

Motivada más por este pensamiento, aceptó casarse con Tomás luego de tres meses de noviazgo. A final de cuentas, él era bastante bueno en la cama y se veía bastante guapo con su mandil ensangrentado atendiendo en la carnicería. Por eso la misma noche en que se conocieron, Edna decidió mostrarle lo que era capaz de hacer con la lengua y con todo su cuerpo.

De verdad gozaba al coger con su marido. En especial en el negocio, en medio de esa atmósfera cárnica, entre reses y puercos troceados. Había algo

antinatural en ese ambiente que la ponía de más caliente y dispuesta a todo. Por eso ella pensó en la posibilidad de abandonar la búsqueda y estacionarse para siempre con Tomás.

Una noche improvisaron un colchón con bistecs. Jamás había sentido algo igual. Toda esa carne fresca, viscosa y blanda debajo de ella, impidiendo que se lastimara la espalda cada que Tomás arremetía, enredado entre sus piernas. Aquel olor y la sensación, el hecho de estar rodeada por tanta carne hizo que se enamorara de su marido.

Edna estaba contenta con el matrimonio, pero al cabo de dos años, su cabeza no tardó en retomar aquel impulso vital que le desbloqueó los chacras durante la adolescencia. Por eso optó por revelar a Tomás varios aspectos de su vida, poco a poco, hasta que terminó por dejar al descubierto su obsesión.

—¿Y cómo vas a saber si es el que buscas? — preguntó el marido, todavía apendejado por las confesiones de su esposa.

—Lo sabré cuando lo encuentre, pero te prometo que cuando lo halle, dejaré de buscar y seré para ti nada más — consoló ella.

Las obsesiones son cabronas y crecen como hiedra, Edna lo tenía perfectamente claro. Por eso volvió a buscar a Jonás, por una parte para recordar el acuerdo que tenían y, por la otra, para retomar, porque a final de cuentas, cuando ya no tienes nada que ocultar a quien amas, absolutamente todo deja de parecer insuperable.

Ahora más que nunca, Edna estaba convencida de que su paso por este mundo tenía un verdadero propósito. Encontrar la verga con el peso ideal era lo que necesitaba para terminar de abrirle las puertas y las piernas a la felicidad.

Aprendió a desarrollar su búsqueda al mismo tiempo que se entregaba a nuevas experiencias con Tomás en la cama. Su matrimonio era una especie de contrato de complicidad no escrito: él la dejaba hacer lo suyo, en el entendido de que, una vez cumplido su objetivo, dejaría de buscar y sería suya para siempre, porque ella era su vida.

Quizás por eso nadie interpretó la llegada del circo como una señal. Los promocionales llovían desde el alto cielo de Pueblosolo. Era la gira de despedida, las últimas funciones con animales antes de que entrara en vigor la ley que prohibía el empleo de bestias y fieras en actos circenses. Los tigres eran anunciados como el acto principal.

Por supuesto que Edna y Tomás asistieron. Sin embargo, en vez de entrar, y una vez iniciada la función, se las ingeniaron para escabullirse hasta el área de las jaulas de los animales. Ella traía puesto un vestido azul corto y debajo de este, una tanga negra. Como siempre, Tomás se dejó guiar por su esposa, tal y como ocurría cuando se trataba de hacer algo nuevo a la hora de coger.

Los animales del circo, acostumbrados a la presencia humana, se limitaron a dirigirles miradas cansinas. Solo los monos pusieron especial atención en aquella pareja que avanzaba con paso cauteloso, vigilando de vez en vez en derredor suyo.

Llegaron hasta la jaula de los tigres y observaron a los felinos, que permanecían echados como esfinges, de cuando en cuando se relamían los bigotes. Al principio no se inmutaron con la presencia de la pareja. Fue hasta que Edna se recargó en los barrotes cuando llamó la atención de uno de los machos, que abandonó su esquina para acercarse lentamente. Edna se sujetó de los barrotes con los brazos hacia atrás y los codos a la altura de la sien, mientras Tomás, arrodillado, metía la cabeza entre sus piernas y hacía a un lado la tanga para serpentear con su lengua el clítoris de su esposa y saborear las reacciones líquidas de su vagina.

Edna comenzó a gemir y aquella explosión de feromonas fue percibida por el tigre, que se acercó aun más, hasta ubicarse a centímetros los dedos de aquella mujer que se movía muy distinto a sus domadores. La intensidad aumentó, Tomás convirtió su lengua en una saeta que acometía con mayor fuerza y se deslizaba hasta probar el culo de su mujer, mientras los muslos de ella descansaban sobre sus hombros.

De pronto, Edna sintió otra caricia también hú-

meda, pero en los dedos. Contrario a su naturaleza, el tigre no arrancó la mano femenina, sino que comenzó a lamerla. Aquella mezcla de placer, miedo y adrenalina puso más caliente a Edna, quien no tardó en venirse en la boca de Tomás, hasta que ambos cayeron sobre los montones de paja que alimentaban a los caballos, ante la mirada impávida del felino.

Una vez que se recuperaron, Edna y Tomás se alejaron sin percatarse de que eran observados por Jonás y el enano del circo a través de la ventana del remolque de este último. Ambos dejaron de beber para observar a detalle la inesperada sesión de porno en vivo. El enano se trepó a un sillón para tener mejor perspectiva, lo que hizo inevitable dejar al descubierto el efecto de ver aquella escena.

— ¡Ay, cabrón! — soltó Jonás.

— ¿Qué trais? — reculó el enano.

— No pos, sí es cierto eso que dicen de los enanos.

— Ja, ja, ja, ja ¿de que tenemos tres patas?

Jonás asintió, al tiempo que alargaba el brazo para dar un gran trago a la botella de whisky barato. Justo ahí le vino la idea.

— ¿Qué tal la hembrita, eh?

— Uf, hermano, lo que daría yo por tener un mujerón de esos aunque fuera media hora — añoró el enano.

— ¿Ah, sí? — punzó Jonás de nuevo — ¿Y qué darías por pasar una noche entera con ella?

— Si lo tengo... Lo que sea, hasta mi vida.

Jonás explicó al enano el acuerdo que tenía con Edna, que consistía básicamente en ayudarla a conseguir hombres con vergas grandes, a cambio de whisky y Rivotril. También le advirtió lo que ella haría con la báscula. No fue difícil convencer al enano, ni siquiera hizo el intento por pensarlo. El sí llegó más pronto de lo esperado y en la mente borracha de Jonás se dibujaron las tres cajas de licor que el entusiasmado chaparro le prometió como paga.

Al día siguiente, Jonás apareció por la carnicería y buscó el momento oportuno para hablar con Edna.

— ¿Un enano?

— Sí.

— Pero, ¿qué crees que soy? Una cosa es meterme contigo porque ya bañado cambias y no estás tan mal; pero de ahí a meterme con un fenómeno de circo...

— No le saques — Jonás buscó la complicidad en la mirada de Edna —. El chaparro ya te vio con el Tomás junto a la jaula de los tigres. Aparte, ya ves lo que dicen de los enanos. Él está puesto... hasta me contó las porquerías que quiere hacerte.

— Déjame pensarlo.

— Necesito que me digas ya, porque el circo se va mañana.

— ¿Cómo cuáles porquerías te dijo? — preguntó Edna devolviendo la mirada cómplice a Jonás.

Ni bien hubo terminado la jornada en la carnicería, Edna se cambió de ropa ante los ojos agüitados de Tomás. Sabía que era inútil pedirle a su esposa que no lo hiciera. Ahora solo quedaba la esperanza de que lograra pronto su objetivo, porque la situación ya lo tenía al borde del deschavete. Tomás toleraba la búsqueda de Edna y lo que implicaba. Creía que al actuar así no solo la protegía, sino también sanaba algo de su orgullo herido, de su hombría puesta en entredicho por todo Pueblosolo.

Un taxi escupió a Jonás y al enano unas cuadas antes de la casa materna de Edna. El resto del trayecto lo caminaron haciendo pausas para dar tragos a la botella.

— Mejor no — dudó el enano.

— No seas joto — tronó Jonás —. Ya estamos aquí. Te digo que no pasa nada. A lo mejor te ciscas al principio, pero te aseguro que vale la pena.

— Es que no conozco mucho de mujeres. Siempre tengo que pagarles para que cojan conmigo y al ver a este forrazo, pues no me la creo.

— Chaparrito, recuerda la fecha porque hoy será un día grande para ti.

Las palabras se terminaron junto con la botella. Los nudillos de Jonás llamaron a la puerta y esta se abrió. Los dos entraron, dejando que un atardecer raro y turbio cayera sobre Pueblosolo.

Jonás se movía con paso seguro: conocía bien la

casa. Mientras avanzaban, veía de reojo al enano, cuyas pupilas, dilatadas por las emociones encontradas, buscaban alguna señal que le hiciera saber que todo estaba bien.

— Mejor vámonos.

— No seas puto, chaparro. Ya estamos aquí. El trabajo era atravesar esa puerta, lo demás ya está pelado.

Jonás se sentó en el sillón grade de la sala e invitó al enano a que hiciera lo propio. Frente a ellos había una mesa pequeña de centro, con una licorera de cristal cortado y varios vasos encima.

El enano sentía como si trajera los huevos en la garganta. Aquella sala le pareció un espacio insondable. Su corazón bombeaba cabronamente y las ganas que había sentido antes de estar con Edna eran las mismas que ahora le decían que saliera corriendo. La comida a medio digerir protestó en su estómago. Sintió el sabor acre del picante regurgitado. Jonás lo rodeó con el brazo para tranquilizarlo y darle confianza.

— Tranquilo, chaparro. Esto se parece mucho a los experimentos de la escuela, ¿qué no te acuerdas?

— Nunca fui a la escuela.

— Bueno, pues — punzó Jonás, mientras preparaba dos tragos —, ten para que te relajes.

Edna apareció ante ellos. La mezclilla de sus pantalones parecía una segunda piel. Podían verse a la perfección la curvatura de sus caderas, sus piernas. La blusa, roja, holgada y transparente que llevaba puesta revelaba las maravillas que había debajo y la promesa de una noche inolvidable para cualquiera.

El enano apuró su trago. Sintió ganas de vaciar las tripas. Cuando Edna se agachó para servirse un trago, el enano abrió los ojos tanto como su asombro lo permitió y entonces pudo contemplar sin pudor aquellas nalgas perfectas y redondas que estaban a milímetros de él. Ni siquiera la bailarina más buena del circo se parecía a esta mujer. Las curvas de Edna catapultaron su imaginación y volvieron a calentarlo, como cuando la vio coger con Tomás en el área de las jaulas del circo.

Ella se sentó en medio de ambos sin decir palabra. De vez en vez, acariciaba su cabello con las ma-

nos. El enano sintió que brincaba su bragueta. Tenía el pulso disparado.

— Entonces — Edna rompió el silencio —, ¿ya te explicó Jonás de qué se trata?

— A...aalgo así.

— Bien — acotó ella —. Solo espero que sea cierto lo que dicen de ustedes los enanos... Ah, y que cumplas con todas las porquerías que le dijiste a este que me harías.

Jonás se cambió de sillón para ver mejor el espectáculo. Edna, a su vez, se levantó, se quitó el pantalón y se acercó hasta que tuvo el rostro del enano frente a su pubis. Sus dedos hicieron a un lado la tanga y se hundieron en su vagina hasta salir empapados. Edna los frotó en los labios del enano. Después se agachó y le pegó las nalgas en la cara.

La naturaleza y los movimientos de Edna hicieron lo suyo. Aunque también ayudó la mezcla de whisky y Viagra que el enano bebió sin saber. Muy pronto sintió el calor que empezaba en la nuca y terminaba en su entrepierna. Los latidos del corazón no eran nada en comparación con los que sentía en la verga, que cada vez se ponía más dura.

Edna apenas creía lo que estaba viendo. El enano realmente parecía tener una tercera pierna. Le pidió que se parara sobre el sillón y el chaparro, desinhibido por el alcohol, obedeció a la mujer que ya manipulaba su verga para medirla y constatar los treinta y cinco centímetros que le habían caído del cielo.

El enano se dejó hacer. Edna tomó la verga y, antes de meterla en su boca, la comparó con su antebrazo. Eran casi del mismo tamaño. Su mano apenas alcanzaba a rodear el diámetro de aquella maravilla, entonces vino el momento esperado. En cuanto la báscula indicó cuatrocientos gramos, Edna la arrojó y sentó al enano en el sillón y volvió a chupársela.

La sentía deslizándose entre el paladar y la lengua. Intentó meterla toda, hasta casi tocó su epiglotis y contuvo las arcadas que no eran de asco, sino de una felicidad que no cabía en la boca. Acompañaba cada maniobra con un jugueteo de lengua en el frenillo del glande, tal y como había aprendido con los helados.

Al sentarse sobre la verga del enano sintió que la partían en dos. Luego, vinieron las porquerías prometidas, el sudor, la saliva, los gemidos y esa embestida final que le puso sus ojos en blanco. Y así, clavada como mariposa, en la verga de un enano, Edna sintió que por fin adquiriría verdadero significado todo el camino que recorrió desde el último verano con tía Zafiro, tanto que lo dejó venirse dentro, a manera de regalo.

Ni el enano ni Jonás pudieron intuir lo que sucedería luego de que el primero eyaculara en medio de una oleada de gemidos y estertores, todavía con la verga dura debido a la mezcla de sildenafil y alcohol. Lo último que sintieron ambos fue un golpe seco en la cabeza que los sumió en una oscuridad total.

La inconsciencia hace que el tiempo parezca una chiste mal contado, quizás por eso a Jonás le pareció que habían trascurrido años desde que recibió el chingadazo. Quiso sobarse la cabeza, pero descubrió que estaba maniatado y que la sangre escurría por su frente. Gritar tampoco era una opción, debido al calcetín metido en su boca y a la cinta industrial que lo mantenía en su sitio mediante varias vueltas que abarcaban los cachetes y las orejas.

Jonás trató de enfocar la vista lo mejor que pudo y logró ver al enano, amordazado, amarrado boca arriba, sobre la mesa de centro. También vislumbró la verga enorme, todavía erecta, como si se tratara del rascacielos pornográfico en una ciudad a escala.

Ahí estaban Edna y Tomás. Hablaban, pero no alcanzaba a escuchar bien lo que decían, aunque definitivamente tenía que ver con su destino y el del enano. Edna sostenía un frasco largo como los que usaba para elaborar las salmueras. Tomás, a su vez, empuñaba un cuchillo filetero.

De haber salido vivo, Jonás nunca hubiera logrado arrancar de su memoria la imagen de Tomás al momento de castrar al enano, mientras los ojos de este se desorbitaban a causa del dolor y los gritos ahogados por la mordaza. Tampoco hubiese podido olvidar la imagen de Edna con el miembro cercenado, aún lleno de sangre, en las manos para luego meterlo al frasco, mientras su esposo caminaba hacia él dispuesto a degollarlo como borrego.

La mañana siguiente llegó con la misma calma de todas las mañanas en Pueblosolo. Las calles estaban listas para el tráfico habitual y un sol acojonado se negaba a salir por completo. A las afueras, la familia circense levantaba el tenderete para irse. Nadie parecía advertir la ausencia del enano ni la de Jonás. Los chismosos dirían después que los vieron juntos emborrachándose y que seguro se fueron con el circo días después.

Como cada día, Tomás y Edna abrieron la carnicería y se alistaron para recibir a la clientela. La primera en llegar fue la chica encargada del albergue para perros sin dueño, quien no se cansó de agradecer la generosidad del matrimonio, luego de haberles obsequiado varios kilos de carne molida, suficiente para garantizar una semana de alimento nutritivo para los cachorros.

—Ojalá que se les siga cumpliendo todo lo que buscan —agradeció la chica.

—Ojalá que sí —secundó el matrimonio.

Edna sonrió satisfecha. Tomás le devolvió la sonrisa y esperó a que ella entrara primero a la carnicería para poder clavar su mirada en las hermosas nalgas de su esposa.

Destile

Una mirada en la memoria de un pueblo con historias que nacen entre las sábanas

Elena Bernal Medina

¿Quién se imagina que entre las sábanas pueden nacer muchas historias?... Unas que abracen un placentero sueño y otras que sean testigos de deseos carnales, con personas que son profesionales del manejo del cuerpo y conocen milímetro a milímetro lo que pide el cliente o, en el mejor de los casos, lo que necesite en ese momento, siempre y cuando pague su cuota y su cuarto.

En la novela *Aletear de sábanas*, de Javier Báez Zacarías, podremos disfrutar de una narración que va de lo general a lo particular, del pueblo al hotel, al cuarto a la puta, a su culito; del hombre soñador-buscador de tesoros y bandidos, que en el camino se convierte en empresario y aprendiz de padrote, de un pueblo sin chiste, desencantado, que se podría transformar en algarabía, en fiesta, en vida, con la colaboración de la gente del lugar, para metamorfosear una bodega en un espacio propicio para el amor; porque todo comienza y retorna en este pueblo:

Jesús María se alzaba cerca de las faldas del cerro: pueblo polvoso y perdido con ínfulas de gran ciudad. Seis kilómetros al fondo escondido en los recodos del camino, tierra, piedras grandes, mucho

sol que detiene y amedrenta [...] Cuentan que hace mucho era tierra de bandidos, punto medio entre ciudades, oculto a la mirada del viajero, pero sitio definido para el guardián.¹

El autor de *Nunca a Nimí* (Dosfilos editores, 1993), en cada capítulo de esta novela, nos presenta historias que se despliegan y se multiplican como un abanico de posibilidades infinitas, donde caben la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza, las siete pasiones del alma, que la tradición eclesiástica ha fijado como pecados capitales; de ellos, nadie se salva, ni siquiera el padre de la parroquia, el tendero, el periodista, la tortillera, el pueblo entero. En sus actos los practican, los perfeccionan, no se diga la doble moral disfrazada de benevolencia, «todo sea por el bienestar espiritual de los feligreses», como dice el padrecito, por el progreso de un pueblo donde se vale todo por el bien común. Veamos aquí dicha insinuación, motivada por Julio Olalde:

Yo vengo a proponerle, inició Julio su

¹ Javier Báez Zacarías, *Aletear de sábanas*, Ed. Cocodrilos, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2021, p. 9.

negocio, algo referente a la salvación. ¡Ah!, me interesa, dijo Alcacio [...] ¿de qué se trata? Las almas de un pueblo están penando, dijo Olalde, entre el olvido y la gloria, entre la pobreza y la riqueza, y nosotros podríamos darles la pasión. [...] Sí, sí, de eso se trata, dijo animado el cura dando pie, esa es la misión, hacer feliz al prójimo, basta de egoísmo, más vale la vida y la riqueza en común. [...] Es común, siguió Julio, porque sin la participación de varios, usted entre ellos, no podría realizarse el propósito.²

Lo platican Julio Olalde y el cura, mientras que en la cotidianidad del hotel Lepanto, las voces de las prostitutas cobran fuerza al conversar entre ellas, con sus clientes, organizándose como gremio y escuchando la propuesta de su líder, cuando creen que la vida puede ser más generosa si se adueñan del negocio, producto de su cuerpo para convertirse en sus propias empresarias, apoyadas por un «socio». Veamos:

—Hay un loco en el hotel —comenzó el planteamiento de Jolie.

—¡Ay, mamá! —se rió la Bere.

—¡Uy! —dijeron todas tapándose la cara, levantando los pies como si vieran un ratón.

—Es un buscador de oro —informó la que fungía de capitán.

—¿Eeeeh? —abrieron los ojos las loquitas muy abiertos.

—Hace poco me vino con un pico y dijo que traía una misión.

—¡Mmmmm! —se saborearon todas relamiendo.

—Me propuso que entrara en el negocio para hacerme millonaria. [...]

Pero debo irme del pueblo [...] Hay una población encantada no muy lejos. [...] Por lo menos encantadora —hizo Julie la corrección.

—¡Aaaaah! —movieron en asenso las cabezas.

—Dijo el hombre que es un campo ya sembrado y solo hay que recoger.

—¡Oh, oh! —opinaron ascendiendo y descendiendo el tono de voz.

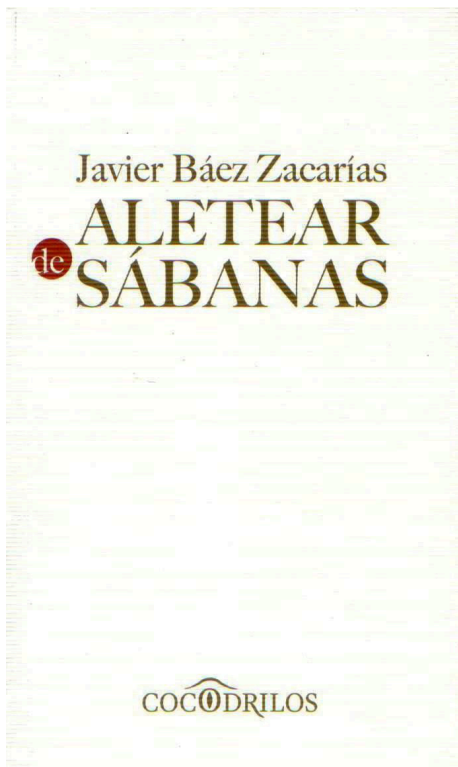
—El negocio que propone se hará en ese poblado; habrá mucho dinero y muchas joyas y relojes de metal precioso y propiedades y vestidos con guantes y sombreros y alimentos y hombres como nunca imaginarán, de regiones distantes; aventureros, políticos y salteadores. [...] No habrá privacidad, no habrá secreto alguno, todos estaremos en pelotas o vestidos de manera natural, acostándonos o comiendo, hagan de cuenta el Edén.³

En esta narración, entre líneas, en el transcurso de la novela, podemos ver cómo los extremos se juntan y se separan hasta formar un espiral infinito, que se transforma en culebra para estrangular a su doble, a su igual, independientemente del sexo, del lugar, la ubicación espacial, el rol social o moral, etcétera, la combinación puede ser Julie o Julio, Jesús María o Villanueva, en las faldas del cerro o la planicie, padre o feligrés; prostituta o sirvienta de sacerdote, así hasta mezclarse y ser uno solo: padre-padrastro-cliente-padrote; bandidos-fantasmas.

En el sueño, en la vigilia, en el deseo de poseer, ¿quién no ha tenido alucinaciones, donde se presente algo o alguien que aparentemente nos incite a lo buscado, sin que esto signifique que sea palpable y exista sólo en nuestra cabeza, como le ocurre a Julio Olalde, quien escucha:

² *Ibidem*, pp. 171-172.

³ *Ibidem*, pp. 153-154.



Javier Báez Zacarías, *Aletear de sábanas*, Ediciones Cocodrilo, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2021

[...] ¿Quieres fruta? Julio se quedó parado en medio del arroyo, trató de recordar las palabras que había pronunciado don Domiro y solo dijo: ¿Dónde estás?, como si ya la conociera, ¡Aquí!, gritó la voz, tras el arbusto, ven, ven, ¿quieres fruta? [...] ¿Cómo te alcanzo?, le preguntó. Solo tienes que venir sin perder tiempo, fue la respuesta. Y Julio empezó caminando para el otro lado, en sentido opuesto al que corría, y era como si no avanzara, como si los pies se le enredaran en la arena, como si hiciera un hoyo con el movimiento de las piernas que lo llevaría al fondo, que lo enredaría mientras ella, la muchacha lo esperaba. ¿Quieres fruta?⁴

Con un lenguaje cinematográfico, Javier Báez nos lleva hasta el lugar de los hechos, donde podremos sentir la temperatura del ambiente, de los personajes de acuerdo a sus actos y a su estado de ánimo, hasta percibir el contraste que se da en relación a ellos mismos con su pequeño gran mundo, el que viven a diario y el que desean a pesar de cualquier circunstancia.

Para entonces, el escritor ya nos ha metido en el juego, en el pueblo, en la ambición. En la historia no hay una definición de tiempo, o está un poco velada; el año podría ser cualquiera, pues sabemos que siempre ha existido el deseo, que en la actualidad se puede prescindir de muchos oficios, menos del oficio más antiguo del mundo; no se diga cuando esta actividad contribuye al progreso de un lugar y viene acompañado de los negocios que se fraguan en las cantinas, en los prostíbulos, en los acuerdos que se dan entre faldas.

⁴ *Ibidem*, pp. 69-70.

Y ahora sí, desde afuera del texto, me miro en Aguascalientes, la ciudad donde habito, la que es reconocida por los fuereños por su gran feria de San Marcos, donde el vino corre en los tapancos, en el jardín, entre la vendimia de comida; entonces puedo visualizar el casino, los gallos, los toros, el santo que se venera entre abril y mayo, en el gran teatro que se monta, para desfogue de muchos y beneficio de unos cuantos. Indiscutiblemente asocio nuestra feria con «La feria del amor», pensada por Julio Olalde; y a Jesús María con Aguascalientes, recordemos algunos antecedentes de su fundación:

Estas tierras, además de ser más áridas que las que habían encontrado en Veracruz y en el Valle de México, estaban habitadas por indígenas que en su mayoría eran nómadas y que pronto se convirtieron en el terror de los todavía mal trazados caminos que conectaban a la Nueva España con esta otra parte del territorio, al cual se le dio el nombre de la Nueva Galicia.

La audiencia de la Nueva Galicia —institución encargada del gobierno y la administración de los nuevos territorios— se asentó en Guadalajara, al tiempo que se descubrían yacimientos de plata en el cerro de la Bufa, donde no tardarían en aparecer las minas de Zacatecas. Estas minas llegaron a ser el motor

económico de la Nueva Galicia y su explotación hizo necesario abrir caminos.

[...] Desde el principio los caminos fueron asaltados por grupos de chichimecas. [...] Por esta razón los españoles establecieron villas. [...] Éstas eran a la vez puestos fortificados y lugares de descanso para los viajeros. De esta manera nació Santa María de los Lagos en 1563 y algunos años más tarde salieron de allí los colonos que fundarían la ciudad de Aguascalientes.⁵

Las ciudades, en la mayoría de las ocasiones, se han constituido por intereses económicos. Es claro que en *Aletear de sábanas*⁶ no se habla de la fundación de un pueblo, Jesús María, pero sí del progreso que podría tener y de su transformación.

Regreso al libro. Cuando leo alguno de sus capítulos, siento que desde el ángulo que lo vea, soy parte de él, de esa memoria que llevan los pueblos a sus espaldas, mientras el viento se hace presente y dispersa la duda de haber formado parte de esa historia.

31 de julio del 2021

⁵ Ilse Díaz Márquez, en Fundación de Aguascalientes: <<https://www.aguascalientes.gob.mx/estado/fundacion.html>>.

⁶ Báez, *op. cit.*, p. 229.

El beso, antología

Mario Munguía

La doctora Beatriz Escalante publica en 2021 una nueva antología: *El beso*, siguiendo la tradición literaria de reunir a diversos escritores, como lo hizo con *Cuentos de amor y deseo* en 2016. Así, *El beso* es un libro de relatos breves de 33 escritores, la mayoría autoras, coordinado por ella. En sus páginas, las autoras y autores narran un primer o un último beso, recordando o volviendo a vivir cada uno ese feliz momento. Su lectura es una sugerencia para quienes gusten de los relatos y les atraiga el tema, recuerden o revivan su primer o último beso.

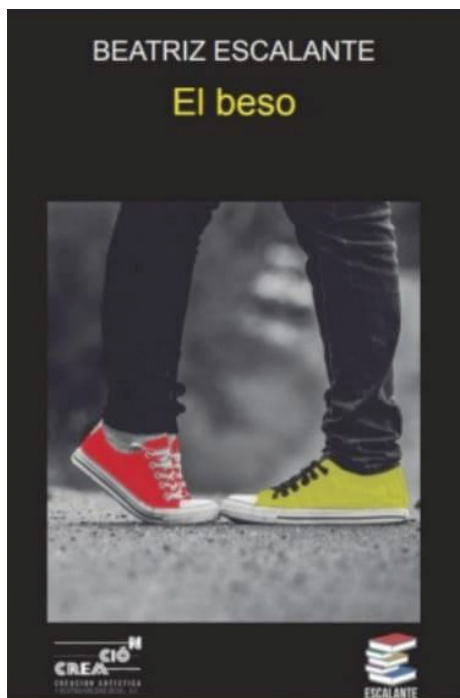
*

Cada historia es una narración breve experimentada o novel, según el autor del relato, cuya experiencia amorosa va más allá de lo escrito literariamente. En el primer beso sus autores expresan alegría, sensualidad, amor, encuentro, desilusión, desconcierto, pasión, entrega, felicidad, seguridad y confianza con la otra y el otro, según la correspondiente relación amorosa de él o de ella. En el último beso, los autores, inevitablemente, sufren la pérdida del ser querido o querida: los en-

vuelve la tristeza, el dolor, el luto, la soledad, el silencio, el desasosiego, la incertidumbre, el desánimo, el miedo y hasta la desolación. Cada relato presenta la vida y el deseo de una mujer o un hombre que anhela ese primer beso o que ambos, temerosos, terminan por dar un último beso al ser amado o amada en la familia, la casa, la escuela, la playa, la provincia, la ciudad desértica y hasta frente al espejo y una noche de tormenta.

*

Les comparto una probadita de los diversos relatos y, sin embargo, la única manera de disfrutar cada historia es leerla completa, pues el beso es único e irrepetible, como lo expresa Trudy Jordán en «El camaleón de tus sentidos». Así, «Una cita con el mar», de Beatriz Escalante, es una belleza, un beso poéticamente relatado con gran maestría literaria. Un «Beso eterno» de Alina Fernández nos lleva al origen del ser en el vientre de la madre. En «Punta cometa», de María Ángel Calderón, Violeta escucha el corazón de Iván en una costa oaxaqueña, en el atardecer de su primer beso. En «Coincidir», de Fernando Castañeda, él besa a Diana un día antes



Beatriz Escalante, *El Beso*, Editorial Escalante, Ciudad de México, 2021

de una huelga universitaria y el final es inesperado. En «Sequía», de Karen Altamirano, se anticipa una ciudad desértica bajo el cambio climático, donde ella y él se besan antes de que la vida acabe mañana. En «Por un beso de tu boca», de Mario Munguía, el beso es un despertar en los brazos de ella.

*

En «Ello, yo y superyo», de Karen Soto, ella se reconoce y acepta con un beso frente al espejo. En «Diva», de Sus de Hoyos, el beso a ella era una última despedida. En «Inolvidable», de Angelo Di Avolo, un beso de ella se vuelve una fantasía a ojos despiertos. En «Bisabuela», de Beatriz Cisneros de la Cabada, el beso de la bisabuela es una bienvenida a la bisnieta. En «Para despedir a Elisa» de Izchel L. Reyes Durán, el beso es una cita con la muerte. En «El beso de leche» de Gabriela Muñoz Cuevas, el beso es un regalo del cielo. En

«Un beso», de Laura Castañeda Salcedo, el beso a la mano del padre es su última caricia. En «La parte eliminada del éxodo», de Beth García, con el beso a su hijo, el Faraón no puede con la muerte. En «Mil besos», de e.emë, el hijo recuerda cómo su madre le cubría el rostro de besos. En «Un beso más», de Abril Pineda, se nos reta a saber qué pasaría si se eliminan los besos.

*

En «Cielo gris», de Paulina González Martínez, el padre le da un beso en la mejilla a la hija. En «Bastó un beso», de Paxux Escalante, se nos habla de un beso que no se olvida. En «Tu beso», de Karla Betancourt, el beso de los dos mueve el mundo. En «No eres mi novia», de Aída Sandoval Montaña, una mujer besa a su amiga a través de la pantalla. En «Pedacito de carne», de Patricia Zambrano Farfán, el beso de la madre le llega a la

hija con un canto y un café sabatino. En «El beso que más duele», de Marcela Trujillo, los besos dan miedo debido al Covid-19. En «El primero: imposible», de Diana Elizabeth Hernández Rodríguez, Judith tropieza y lo besa a él, quien la sostiene en brazos y evita que caiga al suelo. En «El último beso», de Israel Acosta, alguien quiere un beso del que nunca más pueda volver.

En «Kafka y Platón», de Fernanda de Teresa, con un beso no se puede concentrar. En «La noche de coral», de Tamara León, la anfitriona de una fiesta de boda pasea de la mano de un joven que ella imagina besar. En «Gula», de Katherina Garcilazo D., el beso es un suspiro en un recuerdo. En «De los que duelen», de Antonio Santa Cruz Polanco, el beso de la madre es una preferencia a un hijo. En «Monstruos de luz», de Fabiola Ávila, la hija recibe un beso del padre para dormir bajo los rayos de una tormenta. En «Amaneció»,

de Rossana Escalante, el amanecer halla a los dos dándose un beso. En «Besé tu frente», de Guadalupe Tapia, la hija despide con un beso a la madre-abuela y el mundo se suspende. En «Beso, beso, beso», de Ana Biniza Cruz León, ella y Ángel siempre dicen: «beso», para darse afecto. En «Despedida y sal» de Moraima Junco, alguien, a punto de irse en el avión, da vuelta, corre hacia ella y la besa.

*

La doctora Beatriz Escalante es pedagoga, narradora, gramática, traductora y antóloga; prepara ya su próxima antología: *Perros y gatos*, en la cual se incluirá, también, una historia mía. Para adquirir la antología *El beso*, escribe a <editorialescalante.contacto@gmail.com> o envía un mensaje al WhatsApp 55 24 95 42 85 con Karen Soto en Ciudad de México. La antología cuesta 250 pesos más el gasto del envío a domicilio.

Vidas paralelas

José Antonio Sandoval Jasso

(Guadalajara, Jalisco, 1986) es licenciado en Letras y maestro y doctor en Historia por la UAZ. Ha investigado la historia de las traducciones en la Biblioteca Pública de Zacatecas y la historia de la Biblioteca y sus primeros acervos, temas sobre los cuales publicó «Traducciones mexicanas en la Biblioteca Pública de Zacatecas (1831-1850)» en el libro colectivo *Latinoamérica traducida: aproximaciones recientes desde un campo en construcción* (coordinado por Anna Maria D'Amore y Nayelli Castro) (Bonilla Artigas, 2018). Se desempeña como editor para el proyecto que cobija la revista de la Unidad Académica de Letras, *Redoma*.

Manuel R. Montes

(México, 1981) escribe narrativa y ensayo y es baterista profesional. Premio Juan Rulfo para Primera Novela 2007. Premio Nacional Salvador Gallardo Dávalos para Narrativa Joven 2009. Premio Nacional Alfonso Reyes para Ensayo Literario 2014. *Tratado de la Ilusión* (Ediciones Oblicuas, 2021) es su obra publicada más reciente. Beca FONCA para Jóvenes Creadores 2010-2011. Beca FONCA-CONACYT para Estudios en el Extranjero 2014. Estudió literatura en Zacatecas, Puebla y Cincinnati. Profesor asistente de español, literatura y cultura de Latinoamérica y escritura creativa en University of Toledo.

Arely Valdés

(Zacatecas, 1993) es licenciada en Letras por la UAZ. Fue beneficiaria PECDZ en la emisión 2015-2016 en el área de narrativa. Es autora de *Playlist para Extravío* (IZC, 2018). Formó parte del primer diplomado virtual de creación literaria organizado por INBAL y la Coordinación Nacional de Literatura durante 2020. Actualmente cursa la maestría en Arte en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Karen Salazar Mar

(Zacatecas, 1993) es licenciada en Letras por la UAZ; actualmente estudia la maestría en Competencia Lingüística y Literaria por la misma casa de estudios. Ha publicado poemas, ensayos y narrativa en suplementos y revistas culturales como *Punto de Partida*, *Círculo de poesía*, *Crítica*. *Forma y Fondo* NTR, *La Soldadera*, *Tachas*, *El Guardatextos* y *Editorial Fragmento Celeste*. Publicó *Plegaria de la escafandra* (2018, Rey Chanate) y *Poemas Karen Salazar* (2018, Cartonera Mejorana).
karen.samaro5@gmail.com

Víctor Infante Zamora

(Zacatecas, 19 de septiembre de 1978) es licenciado en Letras, con la tesis *La aprehensión de lo inasible: análisis hermenéutico de tres cuentos de Juan José Arreola*. Cursó la maestría en Filosofía e Historia de las Ideas en la Universidad Autónoma de Zacatecas. En 2010 concluyó el máster en Estudios Literarios en la Universidad Complutense de Madrid. De 2015 a 2018 realizó estudios en la licenciatura en Filosofía, modalidad en línea, en la UAZ. Es autor del libro *Aproximaciones* (FONCA|CONACULTA, 2011).

Daniel Medina Flores

es licenciado en Letras y maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas por la UAZ. Docente de secundaria y preparatoria. Fan de la literatura épica y fantasía heroica, además del rock. Divulgador de literatura en YouTube en el canal Daniel Hoffmann; izquierdista y militante del Partido de los Comunistas.

Verónica Alejandra de la Torre Cervantes

(Fresnillo, Zacatecas, 1997) es egresada de la licenciatura en Letras de la Unidad Académica de Letras en la Universidad Autónoma de Zacate-

cas. Colaboró en la revista *La Símbola* con un cuento corto titulado «Bola de cristal». Actualmente, realiza una tesis acerca de la novela de Mariana Enríquez, *Nuestra parte de noche* (2019), en la que estudia los distintos elementos ideológicos y políticos que la novela contiene.

Estefanía Vázquez Gurrola

Mexicana, nacida en Coatzacoalcos, Veracruz. Egresada de la licenciatura en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Actualmente se desempeña en comunicación social e imagen en el Instituto de la Juventud del Estado de Zacatecas. En 2016, dirigió su primer cortometraje, *Vivir Fresnillo*, para la Red Nacional de Polos Audiovisuales. Su segundo cortometraje llegó en 2018, con *Cucurrucucú cantaba*, donde se desempeñó como guionista. Integrante de la Federación Latinoamericana de Semiótica 2019-2020. Escritora del cómic *Horacio, el pug mágico* (Pixelatl 2021).

Aideé A. Rivas

(Zacatecas, Zacatecas, 17 de febrero de 1997) estudió la licenciatura en Letras en la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha colaborado en un par de revistas literarias de la región con cuentos cortos y poemas; recibió una beca por parte de la universidad para hacer un Verano de la Ciencia en la ciudad de Guanajuato, donde realizó una investigación sobre Alejandra Pizarnik y el lugar mítico que representa su infancia. Actualmente escribe para no olvidar.

Edgar A. G. Encina

Es profesor-investigador en la Unidad Académica de Letras de la UAZ. Doctor en Literatura Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Es integrante del Cuerpo Académico

252 «Cultura, Economía y Sociedad en Hispanoamérica» de la UAZ; pertenece al SNI del CONACYT. Sus líneas generales de aplicación de conocimiento son: «cultura impresa: comercialización y consumo» y «cultura gráfica: relatos, discursos, narrativas y poéticas». Es autor, entre otros títulos, de *La fiesta de los libros* (IZC-Ediciones de Media Noche, 2021), *Librerías de viejo en México. Notas y guiños desde La Galera* (UAZ, 2020), *Así leo cuando veo. Una presentación y nueve ensayos que pretextan la música, la fotografía y la literatura* (UAZ-Policromía, 2019) y «La librería, entre el relato literario y los rastros históricos. Rastros, peripecias e inconvenientes para una narración sin conjeturas» en la revista *Biblioteca Universitaria* (UNAM-DGB, 2019).

Jean Turpy

(Iguala, Guerrero, 1957) estudió Filosofía, Periodismo, Historia y Sociología. Editor responsable de numerosos proyectos bibliográficos y hemerográficos independientes y en diversas instituciones culturales. Dirigió la editorial de la Universidad Autónoma de Sinaloa de 1997 a 2001. Ha sido miembro del personal docente de la UAS durante más de tres décadas en disciplinas de Humanidades y Ciencias Sociales. Ha publicado los libros *Escombros* (UAS, 1996), reeditado por Círculo de Poesía en 2019, y *Bosque sin cerezas* (ÆREA|Carménère, 2019).

Adalberto García López

(Culiacán, 1993) es poeta, traductor, ensayista y editor. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Fue Becario Interfaz del programa Los signos en rotación ISSSTE en 2014. Ha publicado poemas, ensayos y traducciones en revistas y periódicos de México, España, Argentina, Colombia, Italia, Grecia e India. Poemas suyos han sido traduci-

dos al inglés, italiano, griego y tamil. Ha participado con lectura de su obra y ponencias de literatura en universidades y foros de México, Cuba e Italia. Actualmente es uno de los editores de la revista electrónica *Círculo de Poesía*.

Orlando Ortiz

(Tampico, Tamaulipas, 19 de enero de 1945-10 de septiembre de 2021). Narrador y ensayista. Estudió Letras Españolas en la UNAM y Lengua y Literaturas Hispánicas en la UAM-I. Fue coordinador de talleres literarios en IPN, INBA, UAP, Programa Cultural de las Fronteras y la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Regional del Conaculta. Autor de los libros: *En caso de duda* (1968), *Cuestión de calibres* (1982), *Secuelas* (1986), *Sólo sé que así fue* (2005), *Jueves de Corpus* (2014), *Ofrenda en el asfalto* (2017), *Relatos del presente* (2020), *En un caballo blanco* (2021).

Juan Gerardo Aguilar

(Zacatecas, 1977) estudió Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Es autor de los libros de relatos *El refugio del hurón* (JUS, 2010) y *Servicio al cuarto* (Pictographia, 2013). Ha publicado cuentos, ensayos y crónicas en varias revistas nacionales. Fue becario del FONCA y del PECDAZ en el área de Letras en la disciplina de cuento.

Elena Bernal Medina

(México D. F.) estudió la licenciatura en Letras Hispánicas (UAA) y la maestría en Enseñanza de la Lengua Materna (UAZ). Fue integrante del Taller Literario Independiente Garúa. Escribe narrativa. Ha sido compiladora de la revista *Gato* y del libro *Memorias del PROARTE*. Editó la novela póstuma *Polvo de espejos* de Francisco Bernal Tiscareño. Desde 2000, trabaja en el Instituto Cultural de Aguascalientes como tallerista de Literatura, coordinadora de diversos programas especiales de Educación Artística. Desde 2017 labora en el Museo Espacio. Forma parte del grupo de teatro Punto y coma.

Mario Munguía

(Jungapeo, Michoacán, 1959). De niño, emigró a Naucalpan, Estado de México. Es licenciado en Filosofía (FES, Acatlán, 1983). Fue profesor de Telesecundaria y Colegio de Bachilleres. Se jubiló en 2015. Escribe poesía, novela, cuento, ensayo, teatro. Narra su historia familiar en la novela *A un paso del cielo* (2018); otros de sus libros son *Relato de un reo inocente (una novelita sobre el 68)* (2018), *Tópicos alrededor de la enseñanza* (2019), *La política y el poder para el bien social. Por una sociedad digna, justa y humana* (2020).

Receptáculo

Convocatoria abierta y permanente para colaborar en *Redoma*



Redoma, revista de la Unidad Académica de Letras, recibe propuestas de colaboraciones para las siguientes secciones:

Ensaye

Para ensayo, lo mismo de rigor académico que de abierta creación

Escancie

Lugar para los egresados de lo que fue Escuela de Humanidades, Facultad de Humanidades y Unidad Académica de Letras. Se reciben trabajos de poesía, narrativa y ensayo

Alambique

Para los alumnos en activo, lo mismo de la Licenciatura en Letras que de la Maestría en Competencia Lingüística y Literaria

Arbitraje

Para el ensayo científico apegado a la convención académica de las humanidades

Alquimia

Para poetas nacionales e internacionales

Retorta

Para los narradores del mundo de la lengua de Cervantes

Destile

Para reseñas sobre libros que abonan a la discusión en torno a la creación y a la crítica literaria, así como a su enseñanza

Las colaboraciones deben enviarse al correo redoma@uaz.edu.mx con el asunto «Propuesta» seguido de la sección a la que se desea inscribir el texto, o mediante la plataforma <https://revistas.uaz.edu.mx/index.php/redoma/about/submissions>.

Requisitos

Las propuestas deberán adjuntar una ficha informativa en Word o PDF con los siguientes datos:

1. Título
2. Sinopsis

Datos del autor

1. Nombre completo
2. Fecha y lugar de nacimiento
3. Correo electrónico
4. Semblanza del autor

Formato de entrega de las propuestas

1. Times New Roman de 12 puntos
2. Márgenes de 2.5 cm por los cuatro lados
3. Interlineado a espacio y medio
4. Párrafo justificado
5. En el caso de que la propuesta incluya imágenes (fotografías, ilustraciones o gráficas), deberán estar incorporadas o insertadas en el texto como referencia y, además, deben enviarse en alta resolución (300 a 400 DPI) en tamaño 960x600 en formato JPG o GIF al correo redoma@uaz.edu.mx.
6. Cuando se incluyan imágenes en los textos, deben incorporarse pies de imagen o pies de foto relacionados con las imágenes mediante algún código alfanumérico para evitar confusiones. Solo se aceptarán imágenes libres de derechos o que pertenezcan al autor del texto.
7. Si se incluyera bibliografía, esta debe aparecer al final del documento en el siguiente orden: autor (iniciando por apellidos), título, editorial, ciudad de edición, año.



SOMOS
ARTE, CIENCIA Y
DESARROLLO
CULTURAL

